LAS TRES RATAS – ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO

I

A las cinco de la mañana, con más de media hora de retraso, la «Bella Vista», cortando de babor el viento sur de la madrugada, disminuyó la marcha y comenzó a girar a la derecha en busca del muelle en el que de ordinario atracaba. Buena y precisa fue la maniobra, a pesar de que algún pasajero novicio se sobresaltase a causa de la brusca inclinación que el viento y la virada, necesaria para atracar en contra de la corriente, imprimieron a la lancha. Pocos minutos después, se hicieron las amarras y empezó el desembarque.

La «Bella Vista» hacía el recorrido desde Daule y se detenía en las más importantes haciendas del tránsito. En esta vez, cargada de suerte que llevaba sumergida la línea de flotación, cosa frecuente cuando era de aprovechar del negocio, una falla del motor la dejó a la deriva, justamente después de haber tocado el último puerto y casi al desembocar al Guayas. Por fortuna, navegaba a favor, así que el retraso no era tanto como maldecía el piloto desde la caseta del timón. Además de los sacos de productos agrícolas –acomodados, con mala estiba, por todos los rincones que era posible utilizar– la «Bella Vista» traía sobre el techo gran número de tarros de leche, y era ésta la carga que preocupaba al piloto, pues el reparto tenía que hacerse antes de la cinco. Sin embargo, no era con insultos como el motor podía arreglarse.

Algunas basuras enredadas en la hélice, la transmisión defectuosa, o cualquier otro daño, lo cierto es que la máquina exhalaba ronquidos y el encendido no se producía. Por fin, sin que el mismo maquinista lo explicara, después de tres o cuatro tentativas jadeantes, un sacudimiento prolongado reinició el compás de la marcha, y la «Bella Vista», no obstante, el viento en contra, ganó rápidamente el puerto.

Cuando ocurrió este pequeño accidente, los pasajeros, puestos de pie, lanzaron preguntas tras preguntas. El piloto respondía, con su voz de instrumento desafinado:

–¡No pasa nada! ¡No se pongan todos de un lado! ¡Maldita sea! ¡Sentarse! ¡Quédense sentados, les digo!

Sólo tres personas permanecieron impasibles. O es que no tenían ninguna prisa en llegar, o es que, en verdad, no experimentaban temor alguno. Eran tres mujeres que no hacían otra cosa que mirarse entre sí cuando los demás pasajeros aturdían con los gritos y comentarios del percance. Ocupaban un pedazo del banco de popa, por lo que recibían el viento de frente. Sus tres caras, entre mechones de pelo agitado y empalidecidas por la luz amarilla, no se alcanzaban a distinguir bien. Una, despabilada con los gritos, levantó las miradas rojas y poco después volvió a cabecear de sueño, como lo venía haciendo casi durante todo el viaje; las otras procuraban arreglarse el pañuelo café claro sobre las cabezas para contener, en lo posible, los cabellos dispersos.

Entre eso de las dos de la mañana, se rompió una congestión de nubes negras y la luna comenzó a salir como de las bocanadas de una erupción. Era una sorprendente luna de fuerte color amarillo, tan grande después de unos minutos que todo el río se cubrió de pedacitos de luces en fuga. Entonces, ambas orillas aparecieron macizas, los árboles más altos se dibujaron como postes sosteniendo hilos metálicos y, de vez en cuando, un golpe de viento o el grito retrasado de un pájaro aún despierto animaban las sombras de la montaña. No es que la montaña se lograra divisar bien. Más bien, se trataba de una vaga impresión de que allí, casi al alcance de la mano, se encontraba. Y se hubiera podido sin alardes, enumerar sus ramazones confusos, sus pequeños claros, su yerba ágil y olorosa.

–Fíjate, ya salió la luna –dijo una de las tres mujeres, apuntando al cielo con toda la mano.

–Ajá –respondió la de su derecha, con tono displicente, mientras que la otra se contentaba con encoger los hombros.

–Dentro de poco habría que empezar el ordeño –insistió.

–¿Para qué quieres acordarte de eso ahora?

–Por gusto. Digo no más.

–¡Oh! Siempre tú, igual… Para lo que ya me importa…

En mucho rato, no se dijeron más. Simplemente, las dos se miraron de reojo, en tanto que la tercera volvía a descolgar su cabeza por el sueño.

La próxima vez que hablaron fue a la vista de Guayaquil. En la última vuelta del río, aparecieron las lejanas luces como salpicaduras de pintura dorada sobre una tela negra.

En la lancha había un apretado y denso silencio, como si todo el mundo se hubiera quedado dormido. Por eso, las palabras tuvieron sonidos extraños, igual que si vinieran del río.

–Mira, mira, allá está Guayaquil.

–¡Cuántas luces! Debe ser muy grande, ¿no?

–Ya lo creo. Como cincuenta veces Daule.

Las pequeñas olitas golpearon de prisa y el zumbido del motor volvió a caer sobre todo como una nube de moscas.

Las luces del puerto se extendieron en una larga mancha por la orilla derecha. Después, se vieron las torres de las iglesias y el ojo iluminado del reloj municipal. Y, por último, desde el cerro Santa Ana hasta los suburbios pantanosos del Sur, se abrió, igual que un abanico alegre, todo el malecón rutilante. Empero, quedaba la impresión vagarosa de una ciudad muerta, de la que hubieran huído los hombres de repente dejando casas y luces abandonadas.

Pero al llegar al muelle, el aspecto de la ciudad fue otro. Los lecheros apresurados, corrían, disputándose
los primeros puestos. El piloto se esforzaba en imponer su oscura voz de borracho. Cruzaban el aire órdenes e insultos. Gritos sin sentido. Exclamaciones obscenas. Empujones aquí y allá. Los marineros se apuraban en la faena. Y nadie callaba. Hasta un perro comenzó a ladrar. Y por las calles, los primeros voceadores de los diarios herían los tímpanos con voces chillonas y abreviadas. Ya se descargaban los tarros de leche. El ruido metálico que producían al chocar permanecía vibrando en el aire mañanero junto al fragor de hierro viejo que venía del rodar de las carretillas. En medio de tal desorden, las tres mujeres se dispusieron a desembarcar, acosadas por los cargadores que solicitaban el equipaje.

–¡El equipaje, señorita! ¡Deme la maleta!

–¡A mí, patrona! ¡A mí!

Tuvieron una pequeña lucha, hasta que una de ellas, la que parecía de mayor edad por el grueso del cuerpo, se impuso con energía, escogió al cargador, discutió largamente el precio y, por fin, le entregó las maletas. Le había pedido diez sucres por llevarlas, pero ella, con acento enérgico, no pasó de los cinco, y así se convinieron.

Apenas se encontraron en la calle, hablaron.

–Has ofrecido pagar de más.

–¿Por qué no hablaste tú entonces? Así es en Guayaquil.

–Así será, pues, me parece carísimo. A este paso, nos fregamos.

–Mejor es que te calles. Tú tienes la culpa de todo y todavía reniegas a cada paso.

–Sí, tienes razón. Es mejor que me calle. Siempre yo tengo la culpa... Claro... Vamos, vamos por tu Guayaquil. Y ten cuidado, que a lo mejor ni te acuerdas por dónde caminamos y nos pueden robar maletas y todo.

–Ni que fuéramos tres idiotas. Allá tú si te lo crees.

No respondió la aludida. Caminaban hacia el norte, por media calle. Seis cuadras después, torcieron a la izquierda, hasta encontrar la calle Vélez, y por ella tomaron al oeste. Adelante, marchaba el cargador, atadas las maletas en la espalda, y, enseguida, las tres atentas y desconfiadas del hombre que las precedía.

Cuando se hallaron en la esquina de Chanduy, volviese el hombre y preguntó:

–¿A dónde, señorita?

–Espérese. Déjeme ver. Allá, en esa casa verde, sí, allí creo que es.

–Buena es la cosa –interrumpió violentamente la que antes había discutido–. Ya lo decía yo… Tanto que has pintado con tu Guayaquil y ni siquiera te acuerdas de la casa de la tía.

–Sigues con la fregatina… hace más de ocho años que estuve aquí y quieres que me sepa todo Guayaquil de memoria. Si no fuera por mí, ¿qué sería de ustedes? Fregar y fregar la paciencia es todo lo que sabes… Y todavía que…

Calló de súbito. Tomó paso decidido y avanzó hacia la casa verde. Era una casa de dos pisos, de madera, al parecer bastante amplia y con sus años de polilla y de lluvia. En el zaguán golpeó hasta cansarse.

–Nadie. Oye, sabía, creo que tenemos que irnos a dormir al muelle… ¿Sabrás regresar hasta allá? Entonces, la que guiaba buscó una piedra y llamó con tanta rudeza que, a la postre, una voz malhumorada preguntó desde adentro:

–¿Quién? ¿Qué quiere a esta hora?

–Buscamos a la señora Aurora Parrales de Fierro.

–La señora está durmiendo. ¿De parte de quién? Le diré más tarde. Regrese.

–Despiértela y dígale que aquí están sus sobrinas, que acaban de llegar de Daule. Ahora mismo, ¿oyó?

Hubo un silencio que pareció de casi diez minutos. Después, se escucharon pasos que bajaban la escalera y, por fin, abrióse el zaguán. En lo alto de la escalera, una mujer, que podía contar sesenta o más años, envuelta en una larga manta, la cabeza amarrada con una especie de pañuelo azul, miraba curiosa hacia la calle.

Inmediatamente, las tres mujeres se lanzaron escaleras arriba, sin responder a los buenos días de la sirvienta, y gritando jubilosas:

–¡Tía Aurora! ¡Tía Aurora! ¡Somos nosotras!

–¡Acabamos de llegar en la «Bella Vista»!

–Un viaje pesadísimo. Casi no más nos vamos a pique.

–No pudimos avisarle, tía. Ni sabe todo lo que nos ha pasado.

–Entren, entren, muchachas. ¿Todavía tan locas como cuando eran chicas? ¿Y se han venido solitas? ¡Qué barbaridad! Cualquiera avisa… Nada cuesta una cartita o un telegrama en último caso… En fin, ya llegaron sanas y salvas… ¿Vienen a pasarse unos días en Guayaquil?

–¡Ay, tía, tenemos mucho que contarle! ¡Si usted supiera!

–Pero, criaturas, ¿qué puede haberles pasado?

–Ni se lo imagina, tía. Es horrible… Sí, cómo no, póngalas usted aquí no más –agregó dirigiéndose al cargador.

Pagó los cinco sucres convenidos. Doña Aurora aprovechó la pausa para volver a preguntar:

–¿Qué les ha pasado? ¿Qué les ha pasado? Me asustas, hija. Pero, oye, Ana Luisa, ¡cómo has crecido! Estás igualita a tu papá: la misma boca, la misma nariz, los mismos ojos... Eugenia... Bueno, a ésta ya no le digo nada: en la cara, poco Parrales, pero por lo demás bonita y brava...como siempre... Tú sí que no has cambiado nada, Carmelina.

–Claro, tía, yo vine ya mujer, ¿se acuerda? Pero a éstas no las ve usted desde hace años, desde que usted estuvo en Daule, antes de que muriera mi papá.

–Cierto, hijita, cierto. Pero cuenten, pues. Realmente, no salgo de mi asombro. Así de repente... Y con lo que dicen... No es para menos... Oye, Angelita, ¿ya trajeron la leche? –preguntó dirigiéndose a la sirvienta.

–Todavía no, señorita.

–Anda a buscarla tú misma y compra más, que no vaya a faltar. Y enseguida, prepara ligero el café, que
estas chicas deben estar con hambre.

Entraron luego al dormitorio de la tía Aurora.

Las tres hermanas se dejaron caer en la cama, suspirando de alivio. Se miraron un segundo. Y Carmelina, la mayor, comenzó a contar...

Carmelina, al parecer, pasaba de los treinta y cinco años. Habíase quitado el gran pañuelo de la cabeza y mientras hablaba arreglábase el cabello tras la nuca o movía las manos como queriendo dar forma a las palabras. Las movía con agilidad, una tras otra, algunas veces al mismo tiempo, las palmas hacia arriba, llevándolas hasta la altura de la frente. Era morena. En el rostro esférico le brillaban los ojos almendrados color café. Las cejas pobladas y rectas, se fruncían a cada énfasis que imprimía a la voz, y las aletas de su nariz, roma y ligeramente respingada, palpitaban como si les faltara aliento. Su boca, grande y carnosa, dejaba al descubierto los dientes, rectos y blancos. Toda su cara parecía pugnar por salirse del marco del cabello negro, cuyas hebras lucían exceso de grasa, por más que no había ondas ni rizos que templar. Y si no hubiera sido por la redondez del rostro, que daba la impresión de abubado, la flacidez de las mejillas y las dos rayas en forma de trapecio que descendían desde los lagrimales hasta cerca de la comisura de los labios, habríase acertado en decir que era una mujer hermosa.

Una a cada lado, las hermanas la miraban, como cazando las palabras que decía. La de su derecha, sobre todo, en actitud de acecho, clavaba sobre ella la fuerza de dos miradas duras, de pequeños ojos brillantes, virilmente arrugadas las cejas, los labios delgados en firme apretura. Esta era más bien la piel blanca y cabellos zambos y castaños. Los pómulos salientes hacían nítida la recta línea de la nariz pequeña y dulce. Y tan sólo en la redondez de la barba y en la ágil movilidad de la boca encontrábase el parecido con la mayor. La última, la de la izquierda, había nacido con el

mismo color moreno de la primera y con la misma redondez en el rostro. Pero la piel era fresca, como de uva recién lavada, los ojos negros y las pestañas sedosas y largas, con una ligera curva al doblarse hacia arriba. Y reía con una boca gruesa y húmeda de campánula roja. Además, no tenía, a cada instante, ese plegar en la frente de las otras.

Carmelina hablaba rápidamente. De vez en vez, una pausa leve afirmaba la energía de sus palabras. Y una que otra pregunta, como dicha en el aire, era respondida por ella misma. En un momento, inclinó la cabeza, tomó el filo del pañuelo que tenía en las rodillas y pareció enjugarse una lágrima.

Mientras tanto, la claridad mañanera se metía suavemente en la alcoba. La tía Aurora se levantó a apagar la luz y la habitación quedó envuelta en la plata joven de las primeras horas del día. Se había hecho un silencio de segundos. Frente a Carmelina, hallábase la mecedora de nogal de la tía. A espaldas de las tres, se abrían las ventanas de barajas sostenidas por fierritos como trampas de ratón. En la pared opuesta, un viejo ropero siglo pasado lucía molduras carcomidas, y en la lateral, la cómoda dejaba ver sobre su blanca piedra de mármol una multitud de retrasos y bambalinas.

Angelita, la criada, entró justamente en ese momento a decir que el desayuno se hallaba listo.

–Vamos al comedor, muchachas –dijo la tía, y salió la primera, seguida por las sobrinas.

Fue entonces cuando Eugenia, la de húmedos ojos firmes, tomó del brazo a su hermana mayor; la detuvo junto al marco de la puerta y le advirtió con los labios apretados:

–Ya sabes que, si dices una sola palabra de eso, te rompo la cara.

Carmelina se sacudió, frunció colérica los labios, echó atrás la cabeza, y siguió a la tía Aurora, sin responder.

El comedor de doña Aurora se encontraba frente a un corredor cubierto por grandes y blancas cortinas de lona para evitar la curiosidad de los vecinos del departamento bajo. En el centro, la mesa de laurel de Puná, rectangular, mostraba cuatro cubiertos y cuatro tazas humeantes. Contra la pared, el aparador atestado de viejos juegos de loza, con un gran florero amarillo en el centro, sin una sola flor. En la esquina derecha, veíase una vitrina con algunos objetos de la buena época, como decía la tía: figuritas de marfil, copas de cristal tallado, un corcho de champagne con una cinta tricolor anudada en el cuello, ceniceros de plata, cucharillas con empuñadura de filigranas y cuatro caballos dorados en actitud de saltar. Del otro lado, un guardafrío y la enorme piedra porosa de destilar agua, encerrada dentro del armazón de madera revestido por tela metálica. Claramente se escuchaba el caer de las gotas en el botijón a medio llenar.

Pero lo más importante del comedor era un retrato al óleo del general Eloy Alfaro colgado de una roseta plateada, justamente sobre el aparador. Mediría su metro por lado y representaba al héroe liberal de cuerpo entero, la bandera ecuatoriana en la mano izquierda, en la derecha la espada, de pie, como un cóndor, sobre un monte, mirando con la cabeza echada hacia

atrás el sol de la libertad que irradiaba, entre amontonamiento de nubes, violentos rayos dorados.

Carmelina había ya reanudado su relato, que interrumpía sólo con los tragos de café con leche, cuando golpearon fuertemente la puerta de calle.

Mientras Angelita bajaba al zaguán, doña Aurora, ligeramente inquieta, dijo:

–Hoy es el día de las sorpresas. ¿Quién tocará la puerta a estas horas? Ya trajeron el pan y el periódico… no sé quién pueda ser…

En ese mismo instante, la tía Aurora se puso de pie. En la puerta del comedor, como si se tratara de una aparición, estaban dos hombres de miradas escudriñadoras.

–Buenos días, señora.

–¿Qué quieren ustedes aquí? ¿Qué es ese atrevimiento de meterse en mi casa? ¿Ah? Hasta adentro, como si esto fuera posada… Y tú. Angelita, ¿cómo es que dejas entrar a cualquiera?

–Se metieron no más, señorita. Yo les dije, pero… Yo no tengo la culpa.

–Bueno, bueno, cállate. Y ustedes, ya se pueden ir largando por donde entraron… Hay que venir con forma decente… ¿Y no podrían siquiera decir qué es lo que desean? Seguramente, se han equivocado.

–Buscamos a la señorita Eugenia Parrales, señora –dijo pausadamente uno de esos dos hombres, vestidos de casimir ajado y lustroso, los nudos de la corbata torcidos, muy ceñidas las cinturas y las puntas de las solapas dobladas. Casi abríase afirmado que llevaban uniforme.

–¿Qué pasa con Eugenia Parrales?

–¿Es usted? –dijo el único que hablaba, dirigiéndose a la que había hecho la pregunta.

–No he dicho eso. Le he preguntado qué desea con ella.

Los dos hombres se miraron, hiciéronse una seña y avanzaron unos pasos.

–Vea, señorita, más vale no perder tiempo. Si es usted la señorita Eugenia Parrales, haga el favor de seguirnos.

–¿Seguirlos? ¿A dónde?

–El señor Intendente de Policía desea hablar con usted enseguida.

–¡Conmigo! ¡Conmigo! –gritó Eugenia sobresaltada, sin poder reprimirse. Estaba pálida, los ojos muy abiertos y tenía ambas manos en el pecho.

–Usted sabe, señorita… Nosotros tenemos que cumplir con órdenes superiores. Haga el favor, señorita.

–¡Atrevidos! ¡Insolentes! ¡En mi casa! ¡No saben ustedes con quién están tratando! Esta es una casa honorable –exclamó doña Aurora.

Carmelina y Ana Luisa no podían decir palabra. Miraban hacia todos lados como buscando una solución. Eugenia apretaba los labios para reprimir las lágrimas. Los segundos pesaban como un infierno en cada cabeza. De repente, Eugenia levantó el rostro y dijo airada:

–Está bien. Vamos a ver al Intendente.

–Pero, hija, ¿te has vuelto loca? ¿Te vas a ir sola con estos hombres? ¡Cómo se te ocurre!

–Yo sé lo que hago, tía Aurora. Más vale así. Este… Bueno… Vamos, estoy lista –terminó, dirigiéndose a ellos.

Levantóse y con paso enérgico salió del comedor. Sólo un instante dejó caer la cabeza y estuvo a punto de llorar a gritos, pero se reanimó, ajustándose a sí misma como una tuerca de acero, arreglóse los cabellos y miró de hito en hito a todos. Le temblaban las aletas de la nariz. Escondió rápidamente las manos al notar que se agitaban y clavó los ojos lo más fuerte que pudo.

–Vamos, ¿qué esperan?

–Yo voy contigo, Eugenia –dijo Ana Luisa.

–Yo también –agregó Carmelina.

–Pero ¡por Dios! ¡Díganme qué pasa! ¡Esto es una locura! ¡En mi casa! ¿Son ustedes pesquisas?

–Somos agentes de investigaciones, señora.

–Pero, ¿qué ha hecho esta criatura, Dios santo? ¿Qué podía hacer? Yo iré a hablar con el Intendente ahora mismo. Díganle que la viuda del doctor Fierro lo arreglará todo. Mi marido también fue Intendente de Policía, y eso en otra época, para que lo sepan, ¡Dios mío! No sé… Es imposible… ¿Me oyen?

–Es inútil, tía. Déjeme ir. No hay otro remedio. Después le explicaré.

Los ojos de Eugenia perdieron su firmeza. Llenos de lágrimas, trataban de mirar de frente, mientras que el labio inferior era constantemente humedecido por la punta de la lengua.

–Señora, no es posible hacer nada en este momento –explicó uno de los investigadores–. Lo sentimos mucho, pero tenemos que cumplir con las órdenes que hemos recibido.

–¡Le va a pesar! ¡Le va a pesar! ¡Lo voy hacer botar del pueblo! ¡Ya verá!

–Por favor, tía –fue todo lo que dijo Eugenia al comenzar a caminar hacia la escalera.

Los dos hombres siguieron. Y atrás, Carmelina y Ana Luisa, llorando, cerraban la marcha. Doña Aurora, desde lo alto de la escalera, había estallado en sollozos y no cesaba de chillar:

–¡Dios mío! ¡Ya no hay garantías! ¡En mi casa! ¡Canallas! ¡Carmelina! ¡Ana Luisa! No abandonen a su hermana… ¡Pobrecita!

En la calle, un agente acercose a Eugenia y, tratando de ser amable, le preguntó:

–¿Desea pedir un automóvil, señorita?

–No. Vamos a pie.

Ya no hablaron. Las tres lloraron despacito al caminar. Debían ser las siete de la mañana. El sol era tenue. Un ligero viento penetraba entre las ropas haciéndolas volar alegremente. Iban juntas. Los agentes, inmediatamente después, en alta voz les indicaban el camino. No era muy lejos. Al llegar a la avenida 9 de Octubre, tomaron a la izquierda. En pocos minutos, llegaron hasta la Plaza del Centenario. Sólo entonces, Eugenia preguntó con ligero temblor en la voz:

–¿A dónde me llevan?

–Aquí no más. A la Oficina de Investigaciones. No tenga cuidado: poco tiempo ha de estar allí.

–¿Dónde es eso?

–Del otro lado de la plaza.

Atravesaron el parque. El viento, ancho, sopló contra ellas. Los rostros, ajados por la mala noche del viaje, cobraron, con el frío, un color plomizo. Sonaban los pasos iguales en el cemento. Al fondo de la calle, los cerros azules cortaban el horizonte plano. Y en lo alto, se deshilaba un grupo de nubes.

La puerta de la Oficina de Investigaciones llegó de repente ante sus ojos como una cosa en la que nunca había pensado. Estaba terriblemente silenciosa. Carmelina y Ana Luisa comenzaron una discusión inagotable para que les permitieran entrar.

–Hermanita, hermanita –musitó Ana Luisa, volviendo el rostro hacia Eugenia–, es que no te podemos dejar.

Le tendió los brazos y se ajustó contra ella. Miró por un instante los ojos neblinosos de Eugenia, Carmelina
continuaba la disputa con los agentes. De súbito, Ana Luisa se desprendió de los brazos de la hermana y gritó, poseída de furia:

–¡No puedo dejarla! ¡No puedo dejarla! ¡Subiré! ¡Subiré de todos modos!

No le respondieron nada. Un silencio helado chocó en su garganta. Permaneció unos segundos con la boca

abierta y las manos tendidas. Luego, bajó el tono de la voz:

–No sean malos…

–Más tarde, señorita, más tarde. Ahora es imposible.

Volvió Ana Luisa a los brazos de Eugenia. Hubieron de desprenderla por fuerza. Entonces. Eugenia, violenta, hinchó su nariz, tomó a su hermana de ambos brazos y le dijo con la voz más dura y amarga que encontró en el pecho:

–Déjame, Ana Luisa. Déjame sola.

Aprovechóse del instante y, sin agregar una palabra, rápidamente cruzó la puerta y empezó a subir. Corría como si se hubiera trastornado. Flotaban sus cabellos como las alas de un pájaro en fuga. Y las rectas líneas de las piernas se movían febriles como los ejes verticales de una máquina. Abajo, las hermanas permanecieron silenciosas, contemplándose con miradas bobas. Cuando se dieron cuenta de que no tenían nada que hacer, iniciaron el retorno. Carmelina marchaba firme y apresurada. Ana Luisa, sollozando, la seguía.

–Mejor no hubiéramos venido nunca de Daule… ¡Tan loca!

–Cállate, Carmelina. ¡Pobre Eugenia!

Se cruzaron las miradas velozmente. Y siguieron caminando por los portales frescos, ya sin prisa igual que si estuvieran contando los estantes que pasaban. Cerca de la casa de la tía Aurora, disminuyeron el andar. Iban ahora, paso a paso, lo más lento que podían. Experimentaban temor de verse con la tía. Las explicaciones, los reparos, la historia que debían narrar.

Escalón por escalón, descansando ambos pies cada dos o tres pasos, treparon las escaleras de esa casa antigua, en cuyo comedor lucía su bravura el viejo luchador del Noventa y Cinco.

Además, ahora, a plena luz, se advertía en el remate de la escalera un busto en loza del general Alfaro, que estaba allí en lugar del Consagrado Corazón de Jesús. Y esto, desde la entrada, daba a conocer que ésa era la casa de una rancia familia liberal.

II

El comandante Antonio Parrales había sido lo que se llama un hombre guapo. Establecido en «La Carmelina», pequeña hacienda ganadera y de algunos sembríos, allá por 1906, luego del combate de «Chasqui», sólo había tornado a hacer armas cuando el desastre final de Yaguachi, y desde

aquella época, ya doblado de años, sin una herida en el cuerpo, arrastraba sus bellos recuerdos entre la huerta de cacao, el caliente corral de sus vacas y el gallardo paso de su potro lucero.

En media hora de caballo apenas, se llegaba a «La Carmelina», desde la villa de Daule. Había adquirido esta hacienda don Antonio a punta de ahorros, según era su decir, y con la generosa ayuda de su jefe, el viejo caudillo liberal. Dos años antes, había casado en Guayaquil, lo que recordaba con cierta vanidad, pues nada menos que el gran don Eloy le sirvió de padrino de bodas. Su hija mayor, Carmelina, vino al mundo en momentos de paz, cuando entre batalla y batalla, tratábase de colocar las primeras bases legales de la doctrina liberal. Siempre recordaba don Antonio estas fechas, tan estrechamente unidas a los acontecimientos familiares. Veía en ellas algo así como símbolos de ventura o de desgracia, y no podía dejar de pensar en que el destino humano tiene mucho que ver con las estrellas y con los grandes hechos de la historia. Y qué bien podía probarlo, cuando, por ejemplo, decía en las tertulias que el nacimiento de Eugenia coincidió con el comienzo de la guerra europea, y que Ana Luisa lanzaba sus primeros llantos mientras en Guayaquil un tremendo incendio destruía el edificio de la Gobernación.

–Todo en este mundo es coordinación –repetía, de cuando en cuando, con lentas y maduras palabras–. Saber cogerse de la rueda y no caerse en las vueltas es todo lo que hay que hacer –agregaba sentencioso, luego de una pausa.

Al golpe de las cuatro, vibrando aún la última campanada desde el portal de la casa de la hacienda, el comandante desmontaba de Lucero y tomaba asiento en el rústico banquito que había hecho colocar a la sombra de ese inmenso árbol de madera. Masticaba el cigarro amargo, escupía, y se quedaba conversando hasta que, por la derecha, asomaban las primeras manchas purpúreas de la tarde. Volvía a montar, abandonaba las riendas sobre el luciente cuello de la bestia y, paso a pasito, dirigíase a la casa, a servirse la merienda, a la cual daba fin hacia el crepúsculo para, con las sombras tiernas, tenderse en la hamaca, lleno de pensamientos suaves que iban surgiendo con la indolente postura que adoptaba.

–¡Cómo no me voy a acordar de Chasqui! –decía con nostalgia–. Chiquitita estaba Carmelina cuando supe que don Eloy se había escapado de Guayaquil, a eso de la medianoche en una canoa, acompañado del entonces coronel Montero. Naturalmente, yo lo seguí. ¡No faltaba más! Desde la hacienda «María Teresa» estuve a su lado. Con él hice la travesía de la montaña de Bulubulo... ¡Qué caminos! Barraganetal, la montaña del río Tigrillo, la entrada a la provincia de Bolívar... De no acabar, de no acabar nunca... En San José de Chimbo supimos la derrota de Bellavista. Y después, amigo, esa tiradita por las gargantas del Chimborazo, hacia el Norte, entre breñas, despeñaderos y con un frío endiablado. El viento nos volvía locos. Era un viento, como decir arrecho. ¡Barajo! Ni poncho ni nada servía. El coñac era como agua... Bueno, en Ambato reposamos. El 13 de enero entramos a Latacunga. El 14, don Eloy asumió el poder supremo... ¡Lindo viejo!

Don Antonio hacía silencio. Arrugaba el entrecejo, daba una larga chupada al cigarro y, poco a poco, levantaba la cabeza, se peinaba las canas con la mano, le brillaban los ojos un poquitín, y continuaba:

–El enemigo estaba fortificado en Chasqui, en las faldas del nudo de Tiopullo. En la madrugada del 15 nos pusimos en camino por el carretero con seiscientos hombres de línea y la de voluntarios que habían llegado de todas partes... Así la gente... –Hacía un ademán con los dedos juntos hacia arriba, moviéndolos ágilmente. Luego, engrosaba la voz y se expresaba con el índice–. Cuatro cañones de tiro rápido nos apuntaban. Y la caballería al pie. Más allá, el Constitución se desplegó en línea de tiradores. ¡Linda mañana, barajo! Los fuegos se rompieron por Cuilche, donde se capturó una avanzada del coronel Larrea. Por Dios, si me parece que estoy viendo a don Eloy: trepando en un cerrito, miraba con los anteojos. ¡Y era bueno para ver de lejos! De repente, tronaron dos cañonazos: el uno pasó por encima; el otro, cayó a los pies. Don Eloy bajó y dio las órdenes. Yo me fui con el coronel Montero, que tenía el mando del Pichincha. El Carchi avanzaba por las pampas de la izquierda. Antes de partir al ataque, don Eloy nos dijo: confío en el valor de ustedes. ¡Media hora de coraje, apuntar al bulto y victoria! Zumbaba la bala, y avanzamos, ¡qué caray!

Don Antonio se animaba. Se ponía de pie, agitando ambos brazos, el índice de la diestra apuntando al horizonte como si viera los caballos enloquecidos piafar y saltar sobre las breñas y el humo fragoso del combate. Todo el parecer de don Antonio era de arrebato.

¡Cómo no se iba a acordar de Chasqui! Si allí mismo el General Alfaro le había dado un abrazo. Porque el comandante Parrales, en alarde heroico, fue el primero en llegar al pie de los cañones. Avanzó al galope, la espada en alto, firme las riendas en la zurda y con sólo un grito entre los labios:

–¡Cargar!

Lo recibió una lluvia de balas. Inclinó la cabeza sobre el pescuezo del caballo y le hundió las espuelas en los ijares. La bestia saltaba como un demonio. A cada cañonazo, temblaba la tierra. Parecía desgarrarse entera. La densa humareda envolvía el campo en explosiones sucesivas y luego se metía por los ojos y las narices. Los fusiles latigueaban. Los francotiradores atacaban con ímpetu increíble. Y cuando apareció en lo más recio de la lucha la figura del caudillo, los infantes y el escuadrón de caballería se convirtieron en fuego huracanado. El comandante Parrales, en una exaltación maravillosa, llegó junto a los cañonazos y lanzó al viento plomizo unas palabras que no se entendieron, mientras las cornetas se quebraban las gargantas contra el frío.

Después de Chasqui, don Antonio quiso descansar. Una hija es una hija, se decía, y hay que mirar por el mañana. Nada mejor que el campo. Además, su niñez había transcurrido en las montañas de Manabí, pues era –lo afirmaba con legítimo orgullo– nada menos que paisano del Viejo Luchador. Ambos habían crecido junto a la tierra y la montaña rijosa. Lo llevaban en la sangre, lo sentían en los rincones más oscuros de sus almas. No podía don Antonio olvidar cómo era de buena amiga la tierra. En cualquier parte, donde se pareciera, donde pudiera abrirla para sembrar o simplemente echarse sobre ella y calentarse

con su vaho tembloroso. Adquirió «La Carmelina», luego de consultas y consejos tomados con amigos enterados, y se vino a vivir, a pulmón ancho, muy cerca de la orilla del Daule, a donde llegaba el perfume de las naranjas y de los mangos.

Habíase hecho la promesa de no volver a combatir, pero ocurrió que, encontrándose en Guayaquil por negocios de la hacienda, asistió al pronunciamiento de Montero. Bebiendo unas copas de aguardiente con viejos compañeros de armas, se le calentó la sangre y se alistó. ¡Con cuánto dolor hablaba del desastre! Procuraba eludirlo, y sólo cuando le resultaba inevitable decía parcas palabras, avaro del relato. Jamás –y lo juraba– en batalla alguna el porcentaje de bajas fue mayor. Prófugo y atormentado, escapó con vida por milagrosa fortuna. Retornó silencioso, con miradas de fatiga, hambriento y sucio. ¡Yaguachi! ¡Qué horror! Lo tenía clavado en el pecho como una pesadilla. Este Montero, este Montero –repetía–, ¿para qué, si don Eloy no lo quería? Recordaba como en sueños a los hombres que murieron a su lado. A los heridos que se ahogaban sin remedio en el río. Se le habían quedado en el corazón... Los recuerdos del saqueo... La embriaguez... Los cantos de victoria... La sangre... Los quejidos... Y después, cuando llegó la noticia del asesinato, cuando supo que su ídolo, su viejo don Eloy, había sido linchado, arrastrado y quemado, cuando le contaron que la turba embravecida lo había hecho pedazos, entonces, adoleció gravemente don Antonio. Estuvo delirante, con malas fiebres en el cuerpo, quién sabe por cuántos días. La mañana que entró en mejoría, se le ablandaron los ojos de llanto y se encerró en el silencio.

Tranquila fue desde aquellos días la existencia de don Antonio. Sus recuerdos, sus vacas y sus caballos llenaban las ambiciones viriles que aún le roían el pecho. El día en que su mujer le dio otra hija, después de tantos años de espera, se consideró hombre feliz. Le puso por nombre Eugenia, por haberlo llevado su madrina de bautizo. Ya Carmelina recibía enseñanza en la escuela del pueblo. Todo era paz en don Antonio. Le caminaba por el rostro una sonrisa imperceptible y se había olvidado de las palabras duras. Horas de horas pasaba tendido en la hamaca, contemplando, de repente, la espada que tenía colocada al sesgo en la pared, sostenida por clavos. Junto a ella, lucía el sombrero manabita con cinta tricolor, un legítimo Montecristi que había llevado en las últimas campañas. Un día, años más tarde, su mujer, al momento en que cruzaba los cuarenta, dio a luz la tercera hija, Ana Luisa, llamada así en memoria de la abuela paterna. Don Antonio rompió todo límite de gozo: realizó el bautizo con derroche de obsequios y en esa noche emborrachó a su costo a toda la peonada. Medio ebrio, levantando en una mano la copa de Mallorca y en la otra una costilla de cerdo, se ponía a gritar de puro gusto:

–¡Viva Alfaro! ¡Viva el partido liberal!

Andaba cerca de los sesenta, pero marchaba tieso, las pocas arrugas y el cabello entrecano delataban su vejez. Aún se permitía largas caminatas a caballo y se le iban los ojos detrás de las mozuelas del pueblo. Malas lenguas había que afirmaban que don Antonio tenía su entretenimiento de dieciocho años a poca distancia de la hacienda. Hasta le hacían alusiones, que él soportaba sonriente y guiñando los ojos con picardía. Y más aún, llegaban a tanto como a decir que, de tiempo en tiempo, don Antonio buscaba renovación.

Al cabo de pocos años, don Antonio enviudó. El médico del pueblo diagnosticó un agudo mal pulmonar. Fue cuestión de cuatro o cinco días, a cuyo fin el corazón se negó a marchar, y doña Carmelina Villacreses, insignificante y virtuosa, pasó a mejor vida. De inmediato, don Antonio encargó el gobierno de la casa a la vieja comadrona que había asistido a los tres partos de la esposa. Él, un poco taciturno, pero entero y con sobra de arrogancia, siguió viviendo sano y fuerte como los curtidos árboles frutales de la finca.

Jamás dejaba de asistir al trabajo. El ojo vigilante conocía el momento preciso de la poda o el instante mejor de la cosecha y el almacenaje. En veces, manejaba con brava mano el hacha contra algún tronco que había de tumbar por su capricho, y lo que es en la curación oportuna de las reses enfermas jamás erró. Sabía de menjurjes raros y de emplastos calientes de boñiga con alquitrán, diestro también para la castración de los animales o para escoger, en ciertas faenas delicadas, la fase más propicia de la luna.

Conversaba como siempre, por las tardes, bajo la sombra del mismo árbol de mangos. Sólo que ahora, sentencioso, de cuando en cuando se quejaba:

–¡Qué tiempos éstos! Se acabaron los hombres… Cuando yo era muchacho, no se aguantaba tanto…

Si era en el pueblo, un corrillo le rodeaba, por oír sus viejas historias de la época heroica. A veces, don Horacio Valladares, el hombre más rico de la villa, le proponía, entre que sí y entre que no, alguna combinación para aumentar los negocios. Don Antonio lo miraba afilando los ojos y respondíale:

–Don Horacio, don Horacio, ¿quién se había de fiar de usted?

–¡Pero don Antonio!

–Ja, ja. Quien no lo conozca que lo compre… Usted a mí no me viene con engañifas… Si le doy la mano, tengo que ponerme a contar los dedos… ¡ja, ja!

–Este don Antonio, este don Antonio… Vea que tiene cosas…

–Como amigo y de lejos, pase. Para negocios, cada uno por su lado, ¿sabe?

Don Horacio lo contemplaba dejando colgar las lonjas del cuello. Fruncía los labios su poquito, chascaba la lengua y terminaba riendo. Más no cejaba en su empeño, agarrándose de cualquier oportunidad para lucir ventajas de grandes negocios ante el rebelde de don Antonio.

Generalmente, era los domingos que se lo veía por el pueblo. Iba de casa en casa, recorriendo las amistades, luciendo el rostro atezado, ancha la sonrisa y un no sé qué de orgullo brillándole en los ojos audaces.

Cuando llevábanlo a buscar en los recuerdos, súbitamente, en veces, le venía el mal humor y hablaba destempladamente:

–¿Qué dicen los jóvenes de ahora? ¡Bah! Maricas... ¡Sinvergüenzas! No sirven para nada. Guitarra y puro, y ya lo tienen todo listo. Ni para mujereros son buenos. ¡Ay, en mi tiempo! Si ahora suena un cohete, ya se ponen pálidos. Lo que es yo recibí el bautismo de sangre cuando era pollo, aunque ya daba caldo. Es que, si no se huele temprano la pólvora, se le coge miedo. Esto también es cierto, sí señor. Por eso fui ternejo y hasta ahora nadie se me ha encocorado en mi delante. Me parece que fuera ayer... Lo siento, lo oigo, lo huelo... Un montón de años... Un montón... Más que los pelos que me quedan... Un montón de años... Se agarran como garrapatas de uno, ¿sabe?, y ya no se puede estar sin ellos... ¿Han oído hablar de Jaramijó? Creo que ni veinte años tenía, pero yo era ya sargento. ¡La de fuego que hubo! ¡Si todo era pura candela, barajo!

Le temblaban los labios a don Antonio. El rostro encendido era todo nueva frescura. Y contaba, contaba con las manos, con los ojos, con el cuerpo hacia adelante...

Justamente, después de la acción de Jaramijó, don Antonio había sido ascendido a oficial. La mar era gruesa y el viento sur se había revuelto anticipándose al aguaje de Navidad. Navegaba el «Pichincha», muy cerca de la costa, al tope un vigía, dos más sobre babor y estribor y otro sobre la toldilla del timón. Cortaba, proa a tierra, las olas en reventazón, cuando de lo alto llegó el aviso. Reconocieron el barco enemigo, el ancla y con luces muertas.

–A pasarlo por ojo –gritó don Eloy al comandante del navío.

Y a barlovento, forzando marcha, rompiendo el frío de la medianoche, cayeron sobre el adversario, primero a cañonazos, luego con toda la masa de la embarcación. Mas el Contramaestre, al rozar de estribor al enemigo, lanzó el anclote, acoderándose de proa. Retozaron como cohetes los fusiles y entre el estruendo y los fogonazos nuevamente la voz tremenda dio la orden:

–¡Al abordaje!

Los machetes relucieron como cintas de la luna hecha pedazos. Uno a diez era el encuentro. El sargento Parrales, las facciones de acero, con la boca en mueca y los ojos apretados en la angustia de la lucha, despejó con su gente una cubierta. El incendio había empezado: el héroe, sin poder maniobrar en el remolque, con su bronca garganta de trópico en tormenta, lo había dispuesto. Mi sargento Parrales –él mismo se llamaba así al contarlo– se batía con las llamas, tan crecido de coraje que sentía su brazo enorme y duro en los tajos. Se quejaba la obra muerta. Entre el viento se escuchaban los gritos de los palos abrasados y de los hombres. El mar iluminado se movía convulsivo. De improviso, a lo lejos, dio presencia otro enemigo. Era el «Santa Lucía» que venía dislocándose en carrera. El «Pichincha» se negó a marchar. Ya el primer barco estaba conquistado, lleno de prisioneros su vientre barrigudo, mientras que veinte hombres se afanaban en apagar el incendio inútil ya. Y el «Pichincha» se iba a perder, con las máquinas paradas. Pero no –decía, enérgico, don Antonio–, perderse sin pelea, no era de nosotros, no era de don Eloy, jamás de los jamases. Él mismo le prendió fuego al entrepuente.

Se ahogaba en tos convulsa don Antonio. Rojo, congestionado, tardaba unos minutos en serenarse. Escupía. Y se ponía nuevamente a meter las manos entre las cabezas de sus oyentes.

–Cuando don Eloy oyó que las máquinas se movieron, se puso como loco. Ordenó picar amarras y lanzarnos sobre el enemigo. Hasta grandote se le veía, a él que era tan bajito. Aquí no más me daba –decía señalándose por debajo de la oreja–. Pero, demonios, que era bravo el viejo. Los curuchupas esquivaron la embestida. Hicieron una estampida y giró el barco, disparando los cañones. Dos o tres veces se acercó y se volvía a largar, echándonos bala. Todas las culebrinas disparaban. Claro, nosotros no teníamos el mismo andar. Allí fue cuando el comandante del barco gritó: ¡Me fregaron, General! Se le había quedado sin gobierno el buque. Pobrecito... yo mismo lo vi, herido en una pierna, en los brazos de don Eloy. Don Eloy lo sostenía, cuando una bala le dio en la cabeza y se la hizo papilla. Si ustedes hubieran estado allí... Yo no soy muy marinero, pero me porté como hombre. No había timoneles: se los habían comido a todos. Pero a don Eloy nadie le ganaba el asunto: rápido, mandó un soldado al timón a sostenerlo firme nada más. Las llamas se acercaban como culebras por las cubiertas. Mar afuera, disparamos por última vez los cañones y nos lanzamos contra la playa. Me acuerdo de todito... tenía la cara tiesa, como si se me fuera a reventar y casi no podía ver nada porque me lloraban los ojos de la candela.

Don Antonio bajaba la voz. Despacio, las palabras ondulaban en el aire y a ratos, silencioso, movía la cabeza levantando las arrugas de la frente.

El «Pichincha» encalló en Jaramijó. Don Eloy, exaltado y diabólico, con la angustia de la asfixia, levantado el gatillo del revólver, mandó ganar la playa y amenazó con la muerte al que no saltara en orden.

Mi sargento Parrales fue de los últimos. Hasta el momento de arrojarse el agua, estuvo cerca del General. Y cuando don Eloy, semiahogado, prendido de las ramas de un árbol medio sumergido, se reanimó en la playa, él, con esos mismos ojos que hoy miraban los solemnes zarapicos volar sobre el estero de la hacienda, lo vio ponerse en pie, gritar ¡viva la Patria! Y alzar los brazos en alarde de energía para entrar, antes del alba, en las selvas calientes de Manabí.

Don Antonio Parrales era todo un hombre. Ni una herida en el cuerpo y el alma austera y sana, transitaba por sus campos, hundido en la placidez de los recuerdos, apenas inclinada la espalda cuando se esforzaba en la marcha.

Era ya mujer Carmelina cuando aconteció la desgracia. Eugenia delgada y arisca como caña brava, tomaba
formas y coquetería. Y Ana andaba por los ocho años, amparando travesuras en el extraordinario cariño con que el padre la mimaba. Antes del almuerzo, a don Antonio le vino la idea de visitar la huerta, obsesionado como estaba por limpiarla y alcanzar más cacao. No eran aún las once de la mañana. Llegó a pie, manejando en la diestra el bejuco plazarte. Sus viejas plantas luchadoras quebraban las hojas secas. Con los brazos iba apartando las ramas que se enlazaban entre las mazorcas, hacia abajo. De vez en vez, se detenía, levantaba la cabeza y con el bejuco daba un golpe seco a la mazorca enferma, haciéndola caer a sus pies. Se inclinaba a momentos, y

en otros permanecía inmóvil, triste, contemplando la huerta enmarañada con su penetrante mirada gris. El chillido de los pájaros alborotaba las copas de los árboles. Los gritos estridentes de los monos saltarines ponían en movimiento la selva abandonada. El sol no penetraba sino en los claros que, de trozo en trozo, dejaba al descubierto la maleza. Y en todo el cuerpo, don Antonio sentía la amarga humedad de savia virgen y ese aliento denso que ascendía de la tierra.

De súbito, don Antonio se detuvo como paralizado. Moviéronse las hojas al pasar veloz una sombra delgada. Se inclinó sobre sí mismo, sentóse en tierra y exclamó:

–¡Equis, rabo de hueso! ¡Me fregó!

Rápidamente, se quitó el zapato y la media del pie derecho. Justo en el tobillo se marcaban los colmillos de la víbora. Don Antonio movió la cabeza. Y sereno por su andar en constante rozadura con la muerte, buscó en los bolsillos la navaja. Apretó los labios. Inclinando, doblada la rodilla, comenzó a raspar los tejidos sin exhalar una queja. Luego tomó la caja de fósforos: uno a uno los fue prendiendo sobre la herida. Pero era inútil: la infección, trepaba ardiente. ¡Qué bien lo sentía en las venas! Trató de llegar a la casa. Abandonó el zapato y cojeando emprendió el regreso. Logró caminar unos minutos. Al salir de la huerta, experimentó náuseas. Los ojos le bailaron por adentro como si los pincharan. Y ya no pudo más. Miró, miró con toda la fuerza que le quedaba, la casa, tendiéndole los brazos para alcanzarla. Dos hilos de sangre manaron de su nariz. Una mancha roja se dibujó en la camisa. Sintió la quemadura en los ojos, desde atrás, desde la misma nuca templada. Pasó por ellos el pañuelo y notó, espantado, que en vez de lágrimas era sangre lo que lloraban. Pero él no quería llorar. Los sintió húmedos, empapados y había pensado que lloraba sin querer. Cruzó los brazos sobre el pecho y los sobó, duros los dedos de angustia: también de los poros estregados brotaron gotas de sangre… Se vio, de repente, sentado. No pudo recordar el momento en que lo había hecho. Tal se había caído. Así, se contempló a sí mismo con las fijas miradas rojas… La lengua comenzó a crecer… Quiso llamar: un ronquido oscuro le respondió de un pecho que no era el suyo, que no podía ser. Entonces, encendida la cabeza en un mareo vertiginoso, se echó sobre su tierra. Acezante, la boca en torcedura, la asfixia lo mataba. Alcanzó con las manos, puñados de hierba. Las apretó hasta exprimirles jugo, triturándolas, agarrándose a ellas. De súbito, sufrió una contracción: como si el pecho se rompiera. Como si estallara la Santa Bárbara de un navío valeroso… Se estiró, los pulgares hacia afuera, y descolgó la cabeza.

Las tres hijas lo encontraron, aún entre sus dedos los manojos de hierba. Tenía manchas violetas en el rostro y en el pecho descubierto. Tieso, como de piedra, aún miraban sus ojos de vidrio hacia los horizontes montuvios. Carmelina se arrojó sobre él, rompiendo en sollozos convulsivos. Hubieron de arrancarla a viva fuerza. Retorcíase como una posesa, desesperada por sentir junto al suyo el cuerpo helado de su padre. Eugenia lloraba sin decir palabra. Y Ana Luisa, con los ojos muy abiertos, preguntó:

–¿Se murió de verdad mi papá?

Como Carmelina continuara con las crisis, Eugenia tuvo que disponer el velorio y el entierro. Pasó la noche junto al cadáver, espantando las moscas, plegada la frente, sin un gesto inútil en sus miembros. Después del entierro, dijo a Carmelina:

–Y ahora, hermana, ¿vas a seguir con tus ataques?

Estas palabras cortaban y eran heladas como un frío nocturno. No esperó respuesta. Marchó hacia el corredor a contemplar el estero. Fijó los ojos en dirección de ese lejano y desconocido Guayaquil donde ahora, mujer completa, se encontraba deshonrada y caída.

En ese atardecer, no sonó la campana de la hacienda y el rústico banquito del inmenso árbol de mangos recibió toda la sombra solitaria.

III

---No te lo puedo explicar... Sé que te quiero porque me tiembla el corazón en tu presencia y me sube por la sangre como una música caliente... Eres como las noches de verano: despejada y luminosa, pero lejana. Y para mirarte, tengo que alzar la cabeza y adelgazar, como el filo de un segundo, el espíritu... Te hablo con los ojos, con las manos trémulas, con mi deseo encendido, quemante como una llaga... Y me duelen los dedos por tocarte...

En la tarde, el inmenso árbol de mangos se iluminaba con millares de faroles. Abajo, el tronco añoso se torcía en tendones y tumores de áspera

presencia. Arriba, sonaban los colores. Verde brillante, amarillo de oro encendido, rojo violento... Eran las hojas que se apretaban como racimos de luces. Los puntos negros de los mangos maduros moteaban el oro y el verde.

–No sé por qué te quiero... Ni sé por qué me gustas... Escuché tu palabra, blanca y gris como los campos... Palabras un poco tristes... La voz de tus ojos bravos me entró en la carne como una cosa pungitiva... ¡Y tú lo sabes! Eres como los pájaros que vuelan en las madrugadas: tienes el mismo viaje en tus alas y hay en tus cabellos el mismo olor tibio de sus plumas...

El viento barría con las hojas caídas. La sombra del árbol fugaba con las horas pausadas del atardecer. Corrían pequeñas nubes en lo alto. El cielo tomó una piel de acero. Ella miraba arriba; él, a su cuerpo. Pasó volando una garza. Ninguno de los dos dijo palabra.

Él mató el silencio con un susurro:

–Y no me respondes. Es mejor tal vez. Tu silencio me viene como una almohada para mis sueños. Pero te quedas lejana, tan lejana... Mira, no necesito de tus palabras para mi diálogo. Sólo que me respondieras desde adentro, de ahí donde pudiera hundir mis manos y colmarlas, colmarlas de tus secretos...

Las yerbas menudas se inclinaban a un lado y una que otra lagartija asomaba nerviosa la cabeza. Arreció el viento. Se pusieron a correr las hojas secas, ágiles volatineras de ese circo, en tanto que una iguana, en un salto mortal espeluznante, se arrojó de un árbol y siguió hacia el estero en un vértigo de fuga.

–Vamos ya. Es tarde.

Ella se puso en pie. El viento la ciñó, modelándola tiernamente. Sobre la cabeza, pasó un revuelto de golondrinas. Había transparencia en el rostro y en la húmeda gracia de las miradas.

–Todavía no. Puedes quedarte un momento más.

–Te repito que es tarde. Hasta mañana.

Alzó los ojos, paseando las miradas por las nubes. Las detuvo en un hueco azul, azul.

–Te acompañaré un trecho.

–Es mejor que vaya sola.

–No veo la razón. Puedo ir contigo.

Le contempló los pies. Inclinó la cabeza sobre el hombro y se mantuvo quieta sin ver nada más que esas botas amarillas. Luego, de firme, respondió:

–Me voy sola, he dicho. Hasta mañana.

Él prendió un cigarrillo y la miró alejarse a paso recto por el único sendero que se abría entre los árboles. Meditó unos segundos, encogió los hombros y echó a andar en dirección opuesta.

Iba lento, la derecha en el bolsillo del pantalón, la izquierda en balance, con el cigarrillo entre los dedos. Llevaba traje de montar: altas polainas de cuero, un doble cinturón de gran hebilla, camisa caqui y en la cabeza el sombrero de paño, terciado con aire descuidado y fino.

Sólo dos meses tenía en el pueblo Ernesto Carbo. Un viejo lío de linderos lo había llevado a solicitar el cargo de jefe Político. Poco después, al terminar unas elecciones de diputados al Congreso Nacional, en que había tomado parte activa trabajando por la lista del gobierno, obtuvo el empleo. Era su oportunidad: poder en mano, sabía que su pleito marcharía de primera. No era un campesino. Lo llevaron a la ciudad pequeño aún, y en ella había crecido, hasta que, hombre casi maduro, se encontraba en el campo para recuperar –según decía– antiguos bienes familiares.

–Listos, mi jefe.

Así lo saluda un policía, que, a poca distancia, lo esperaba con el caballo. Sin responder, montó y se puso a galopar suavemente hacia el pueblo.

Además de sus aficiones políticas, Ernesto Carbo sufría de ciertas inclinaciones literarias. Había compuesto versos cuando cursaba el bachillerato en el «Vicente Rocafuerte», y ahora, sobre todo en trance de conquista, manejaba fácilmente dulces palabras y metáforas amables. Su literatura se vertía en cartas de amor y en el diálogo. Se enorgullecía de llamarse buen lector, aunque sabe Dios las cosas que leía. Pero tenía ligera la lengua para decir cosas bonitas.

¡Y cómo le gustaba la chica! Presentíala fresca y ágil como la cintura del agua. Y admiraba en sus ojos la agresiva bondad de las vidas solitarias. La primera vez que acarició sus manos, le dijo que palpaba entre ellas la palpitante carne de las frutas, y la tarde que apenas si rozó sus labios, una dulce embriaguez de cosa nueva lo aturdió.

Sólo un mes hacía desde que trabó conocimiento con ella. Y no era sin lucha como había de tomarla. Cuando se inclinaba a besarla, huía la muchacha el rostro, en ademán arisco, y le decía:

–Déjame.

No se veían más que en las tardes. Durante la mañana y hasta las cuatro, después del almuerzo, Eugenia se ocupaba de la hacienda. Era Carmelina la que guiaba en el trabajo, la que, como lo repetía con frecuencia, tenía toda la responsabilidad. Eugenia la ayudaba. Llena de ardor en las faenas. La hermana mayor se movía por todas partes, preocupada del mínimo detalle. Ordenaba las cuentas, apuntando los detalles con cuidado. Y, sin embargo, en las noches, no conciliaba el sueño sin esfuerzo, y eso que caía rendida por la fatiga. Lo único que dejaba a cargo del mayordomo era el ordeño de la medianoche, cuando viajaban las linternas sobre el alto janeiro del

potrero. Y si no había luna, sólo esas luces se veían trajinar como cosas del otro mundo en la cerrada lobreguez nocturna.

En las patas delanteras de la vaca ataban al ternero. El peón, entonces, lanzaba un grito, medio lastimero,
medio de orden:

–¡Póooonte!

Con la primera leche extraída, lavaba la ubre llena de tierra, y, luego, el chorro delgado caía sobre el tarro con murmullo espumante.

Pero apenas quebraba el alba, sonando aún en los aires los cantos de los gallos, Carmelina estaba en pie.
Y sola, a veloz paso, contaba los terneros, calculaba la leche, revisaba los trabajos. A eso de las seis y media, regresaba a tomar el café, siempre de esencia pura, con bolón de verde mantecoso y fragante. Entonces, acercábase a la cama de Eugenia a despertarla.

–Déjame tranquila.

–No seas ociosa. Es tarde.

La disputa continuaba unos minutos, al cabo de los cuales, legañosa y enojada, Eugenia se vestía. Ambas regresaban a vigilar los trabajos, que se iniciaban a las siete de la mañana. Se metían por entre las largas hojas ásperas de gramalote y avanzaban hasta el abrevadero, hecho de cercas que penetraban al estero. Allí se ponían a contar las vacas y a distinguirlas por sus nombres:

–Allá está la Piquigua. ¿Te fijas lo gorda que anda ahora que se le cambió de potrero?

–Ahá.

–La Charol de Dulces parece medio coja. Hay que examinarle las patas ahora.

A las once atravesaban la montaña para ir a almorzar. El sol caía a plomo. La algarabía de los pájaros agitaba las altas ramazones y el bochorno de la hora encendía las mejillas húmedas de sudor.

En las tardes, cuando encerraban el ganado, Eugenia, firme en el lomo del caballo, seguía entusiasmada a los vaqueros. Ella también, como los peones, hacía girar el caballo en dos patas, al grito penetrante de:

–¡Vacaaa! ¡Oooooo! ¡Vacaaa! ¡Ahaaaa!

Se trataba de separar a los terneros. Los más pequeños saltaban corriendo hacia las madres. Y éstas, atrás, los llamaban, lastimeras, con la profunda larga voz de sus mugidos. Después, del lado de afuera del corral, permanecían pateando el suelo y vigilantes.

Si montaban juntas, Carmelina pasaba su calvario. Gustaba de andar despacio, sin gran conocimiento del arte que enardecía a Eugenia. Pero ésta le azotaba el caballo y se le cruzaba por delante para hacerlo parar a raya. Carmelina, encolerizada, protestaba:

–¡Animal! ¡Me vas a hacer caer! ¡Oh! ¡Cuidado! ¡Cui…!

Eugenia reía a grandes carcajadas. Castigaba las ancas del animal y salía disparada, abriendo las piernas como un chalán montuvio, ambos brazos en movimiento, los cabellos al aire como la cola de un cometa.

Pero nada complacía más a Eugenia que la pelea de toros. El corazón le saltaba presuroso y le brillaban los ojos. Tomaban campo las bestias y se atacaban. En derredor, las vacas formaban un círculo, mugiendo y contemplando la pelea. Muchas veces, una hembra era la causa. Y si algún peón se proponía terminar con el encuentro, Eugenia, autoritaria, le ordenaba:

–¡Déjalos! ¡Déjalos, te digo!

–Pero, niña, ese animal, fíjese cómo está… Todo y viene la señorita Carmelina…

Carmelina llegaba. Lanzaba a la hermana una mirada de cólera y decía:

–¡Tonta! ¡A separarlos! ¡Ya, ya mismo! ¡Ese toro está sangrando! ¡Habráse visto la majadería! ¿No te he dicho, zanguango, que no dejes pelear a toros?

–Es que la niña Eugenia, pues…

–¡Qué niña Eugenia! Aquí la única que manda soy yo, ¿entiendes?

Eugenia, con una sonrisilla retozona entre los labios, encogía los hombros y se ponía a andar. A los lados del camino, se abrían las campanas rojas y violetas. Las orquídeas dulces, con los pétalos suaves como alas de mariposa o estilizadas en la forma de una paloma, se balanceaban despacio, con vaivén acompasado. Y la parásita, erecta y firme, se erguía, verde en el tallo, roja arriba al convertirse en flor, entre cuyos pétalos se veían, como nuevas flores, multitud de puntos blancos. La brisa entraba entre las flores y al llegar desde los árboles o desde las hierbas menudas de la tierra expandía en el camino un perfume agridulce y voluptuoso que tornaba los pulmones ligeros y mozos. Por eso tal vez. Eugenia sentía ganas de cantar. Levantaba la voz delgada con cualquier aire montuvio. Y así, cantando y riendo, iba a encontrarse con Ernesto, llena de sol y de alegría.

Cierto día, Carmelina, severa la voz, la reprendió:

–¿En qué te hayas tú con el jefe Político?

–¿Y a ti qué te importa?

–Cuidado, Eugenia, no te metas en camisa de once varas.

–La que no tiene que meterse en nada eres tú. Insolente.

–Desde que murió mi papá, cada día estás más insolente. Ojalá que no te pese. Esas son las novelas que lees, esas ridiculeces que encargas a Guayaquil, como si no hubiera cosa mejor en qué gastar la plata… Llenándose la cabeza de chifladuras la muy tonta…

–¿Tú las pagas, Carmelina? ¿Ah? Dime, ¿tú las pagas?

Y cuando los veía juntos, estallaba en cólera. Contemplaba a Ernesto Carbo rabiosa sin responderle el saludo muchas veces. Tenía, luego, que encontrar a algún peón o a la sirvienta para retarla y gritarle media hora seguida, hasta conseguir un poco de calma.

Sin embargo, todo marchaba muy bien. Pero ocurrió que se presentó la peste en el ganado. Ya eran las tres quienes trabajaban. Desde la muerte de don Antonio, los años habían caído sin dejarse sentir y mucho antes de que se presentara Ernesto Carbo en el pueblo, Ana Luisa se había convertido en una mujercita. Sus menesteres eran escasos y aún se le permitía dormir hasta las ocho. Fue Ana Luisa quien corrió con la noticia a alarmar a Carmelina. Había visto a una vaca con la mancha. No se lo explicaba, pero le llamó la atención.

–¡No puede ser! ¡No se me hubiera escapado a mí! –repuso Carmelina.

Pero era verdad. El mal bobo atacó a los terneros. El primero en morir fue arrojado al estero. La vaca madre lloró a la orilla toda la noche, con su mugido monótono, cansado. Carmelina creyó volverse loca. El mal se contagiaba día a día. Disminuyó la producción de leche. Se emplearon remedios caseros, pero ninguno dio buenos resultados. Iba Carmelina de casa en casa, de vecino en vecino, por las calles del pueblo, consultando y pidiendo parecer. Uno le dijo:

–Tiene que encargar vacunas a Guayaquil. Yo lo voy a hacer porque todo mismo se va a contagiar.

La situación era más seria de lo que al primer momento se imaginó Carmelina. Faltaron los sucres para los jornales. Y como la huerta de cacao estaba abandonada desde la muerte de don Antonio, sólo caían mazorcas enfermas. Hubo que despedir peones. ¿Con qué dinero salvar la finca? ¿Cómo comprar vacunas caras si ni siquiera había con qué limpiar los potreros? Trató de vender algunas reses, pero no tuvo compradores: en su ganado había empezado la peste y más pronto que ésta corrió la noticia por los alrededores. Era para desesperarse, y Carmelina se hallaba justamente en el límite de la desesperación.

Eugenia también sostenía su lucha. Pero no se alarmaba tanto. No experimentaba temores graves. Su lucha la llevaba, mejor adentro, en los sentimientos que despertaban las palabras de Ernesto Carbo. Sabía que amaba a ese hombre moreno, de varonil talante. Y, sin embargo, gozaba con negarse. No se lo explicaba: eran cosas que le salían del fondo del alma. Sus sentimientos le nacían complicados, difíciles, siempre en trance de beligerancia. Se alabeaba por dentro, como un madero húmedo, y al final, sin una conclusión, un sabor de agrura la estremecía.

–No te quiero –le mentía.

Le hablaba como esquivándolo. Ardía en llamas por dentro, pero no se lo dejaba asomar a los ojos. Como las bestias, huía por instinto. Y hasta llegaba a injuriarlo.

Y ocurrió que las cosas se violentaron, cierta tarde que platicaban al pie del árbol de mangos. Ernesto, sin poder contenerse, al sentirla enmurallada contra él, le había dicho:

–¡Mientes! ¡Es una necedad lo que me dices!

Se le había partido la voz de la dureza. Los ojos le relampaguearon de orgullo viril.

–Tú me quieres, me quieres, aunque lo niegues. ¡Y mientes! ¡Farsante! ¡Puro teatro!

Esperó, altivo, cruel, espigado hacia atrás. Eugenia, colérica, se mordió los labios, tragó su propia rabia y le gritó:

–¡Vete! Te desprecio…

Mas cuando Ernesto, sin responderle, tan sólo encogiendo los hombros, se marchaba, lo llamó:

–He sido una tonta. ¿Quieres olvidarlo?

Él, sin decirle una palabra, la rodeó con sus brazos y apretó sus labios en los suyos.

Esa misma noche, Eugenia se entregó. A la clorótica luz de los cocuyos y entre el mágico bisbisar de la montaña, ella pudo decir las palabras más dulces que había tenido escondidas en el corazón.

Después, en vano intentaba rebelarse. Sus arrebatos de cólera eran instantáneos. No podía evitarlos: le surgían de su naturaleza como las malas yerbas en el campo. No eran caprichos: le venían de lo hondo, de aguas profundas y agitadas. Sólo que en pocos minutos decaía su voz y sentía la profunda atadura que la sometía. Y éste era su placer.

Cuando ella le contó a Ernesto la ruina del ganado, le aconsejó acudir al hombre más rico del pueblo. Él se ofrecía para preparar el terreno. Eugenia convenció a Carmelina. Y una mañana, ambas se dirigieron a la casa de don Horacio Valladares. Lo encontraron en la hamaca, ventilándose con un viejo abanico de cocina
el ancho rostro moreno, perlado de sudor. Apenas si se incorporó a saludar. Volvió a echarse, apretó los ojillos y preguntó:

–¿En qué puedo servirlas, mis niñas?

Era un hombre corpulento. Fuertemente moreno, enseñaba una cara de labios entreabiertos, por alguna

dificultad al respirar, cejas tupidas y escaso cabello. Llevaba el cinturón desabrochado sobre el enorme vientre y la camisa arremangada hasta más arriba del codo. Le explicaron el objeto de su visita. Don Horacio se limitó a decir:

–Me estoy acordando de don Antonio. Buen amigo, buen amigo… ¡Je, je! Las cosas que me decía… Fregado era su papá… Ya sabía yo, ya sabía yo que negocios manejados por mujeres se van al diablo… lo recuerdo, lo recuerdo mucho.

–Sí, don Horacio, nosotras sabemos que usted fue muy amigo de mi papá y por eso venimos a molestarlo.

–¡Je, je! Muy amigo, amigo… ¡La de cosas que me decía! Lo recuerdo, lo recuerdo…

Eugenia insistió. Hacía rato que no se concretaba nada. Entonces, don Horacio, moviendo la cabeza dijo:

–En estos tiempos… En estos tiempos…

Le salía la voz de adentro, como de ventrílocuo. Hizo una mueca, movió la cabeza de arriba abajo, detuvo un instante el ir y venir del abanico y luego se rascó la sotabarba descuidada, por la que no se pasaba la navaja, pues el sudor continuo le hubiera cocinado la piel, de llevarla afeitada.

–Serán pocos meses. Es cuestión de salvar el ganado que queda.

–Muy difícil, muy difícil, mis niñas.

–Usted puede, don Horacio.

–Eso dice la gente, la mala gente, de larga lengua… Ahora la plata anda a caballo… Un sucre vale tres.

–Si usted no nos ayuda, ¿qué podemos hacer?

–Muy difícil, mis niñas, vuelvo a repetir.

–Hágalo por la amistad, por la vieja amistad con mi papá.

–En eso estaba pensando… ¡Ah, don Antonio!... No sé, no sé… ¿Y cuánto es lo que necesitan, mis niñas?

–Hemos calculado que con cinco mil sucres salimos del apuro.

Don Horacio abrió los ojos, incorporándose un poco en la hamaca, dejó descolgado el grueso labio inferior y exclamó:

–Ajá… Ajá… ¡Mucha plata!

–Pero fíjese, don Horacio, que tenemos que comprar algunos toros, limpiar los potreros, traer vacunas desde Guayaquil, hacer un desmonte… ¡Una porción de cosas, don Horacio!

–La sumita es respetable. Muy difícil, mis niñas. Habrá que ver, habrá que ver... Vénganse mañana por aquí a ver si consigo la platita. Sin compromiso, ¿ah? Voy a hacer mis gestiones... Tal vez consiga por allí, porque lo que es yo no tengo una peseta ni de las antiguas. ¡En estos tiempos!

Al día siguiente, cerraron el trato. Se estipuló el préstamo a seis meses de plazo, con una posible renovación a seis meses más, siempre que se abonase el cincuenta por ciento de la deuda, más los intereses. Don Horacio, asegurando que había tenido que conseguir el dinero de un conocido pagando altos intereses, pidió el diez por ciento mensual, pero accedió a rebajar hasta el ocho, en vista de las largas discusiones que sostuvo con Carmelina y Eugenia, quienes emplearon todos los medios a su alcance para convencerlo. Hasta lloraron para ablandarlo.

–Cuatrocientos sucres mensuales, Carmelina... ¿Cómo vamos a hacer para pagar esos intereses? –preguntó Eugenia, ya en la casa.

–Habrá que trabajar más. Yo misma haré el ordeño de las doce de la noche. Ana Luisa tendrá que dormir menos. Venderemos algunos novillos. En fin, Dios verá. Es lo único que nos queda por hacer.

–Tienes razón. Hay que tener coraje.

–Eso es, Eugenia. Si mi papá viviera, otra cosa sería. Celebraron a poco la escritura de hipoteca de la finca, garantía indispensable para el préstamo, y febrilmente se pusieron a trabajar.

Con el aguaje de Semana Santa sufrieron un atraso. Se desbordó el estero en la madrugada del sábado de Gloria. Corrían las aguas desorbitadas. Se ahogaron muchos animales. El suave meandro que seguía el estero al dar la vuelta frente a la casa se desbarató en unos segundos. Los árboles pequeños navegaban en torbellino. Se destruyó el poco sembrío que restaba. Entraba el agua en la hacienda en grandes y sucesivos enviones. El ganado mugía. Y los caballos, despavoridos, rompían con los cascos el vidrio de las pozas al trepar por los alcores empapados por la lluvia. El ruido empezó mucho antes del alba. El relincho de los potros y el alborotar de las gallinas dieron el aviso. Despiertas, las hermanas, vieron cómo las aguas subían. Aguas negras y brujas.

La correntada serpenteaba buscando las hendiduras. En veces, se detenía unos minutos, hasta que rompía el obstáculo con un sonido ancho y violento. Y luego continuaba la carrera en largas lenguas extendidas. Aguas negras y brujas... Toda la noche... Al amanecer, aún bramaba. Y el viento, medio loco, golpeaba entre los árboles como para desgajarlos.

En la mañana amainó. La inundación había alcanzado los portales de la casa. Tuvieron que bajar en canoas.

Las tres, unidas, apretadas, con el bogador en popa, iban mirando, mirando...

Cuando bajaron las aguas, sin poder transitar por el pantano, no hacían más que contemplar la tristeza del lodo oscuro. Lloraron, pero no las abandonó el

valor. Ni al enterarse de que algunos animales morían presos en la tembladera se acobardaron. El ganado que había logrado trepar a las lomas fue traído y la peste, después de unos días, comenzó a ceder con los remedios.

Empero, no pudieron pagar. Y un buen día sucedió algo tremendamente vulgar: las herederas de don Antonio Parrales fueron ejecutadas por la deuda. Perdida la hacienda, Carmelina se entregó a la desesperación. Sólo Eugenia mantuvo la serenidad, arisca y orgullosa.

–Ya veremos –era todo lo que se le ocurría.

–Y de paso, el aguaje. Estamos de malas.

–Sin aguaje nos hubiera pasado lo mismo. Los intereses, esos malditos intereses…

Poco tiempo después, Carmelina se enfrentó a Eugenia:

–¿No sabes una cosa? Tienes que saberlo: el sinvergüencita de tu novio ha estado de acuerdo con don Horacio para despojarnos de todo.

¡Mientes, perra!

Y pretendió alcanzarla de un bofetón. Pero luego se debilitó atormentada por la sospecha. Ernesto se había
alejado. Tal vez era cierto. Carmelina no pudo ofrecer prueba alguna. Dijo que lo pensaba por ciertos detalles, que no explicó. En el pueblo –y esto la volvía loca–, las malas lenguas se encargaban de pregonarlo. Nadie ignoraba la estrecha amistad de don Horacio con el jefe Político. Recordó que era él quien la había instado a recurrir a don Horacio. Y no dijo nada. Sólo una noche le brotó del pecho esta exclamación:

¡Me la pagará el canalla!

Y nada más, después. Una firme apretura en los labios y tantas cosas que no podía decir.

No quedaba más, según afirmaba Eugenia, que el viaje a Guayaquil, en busca del hospedaje de la tía Aurora. Luchó con Carmelina. A diario discutía sobre la conveniencia del viaje. Carmelina quería vender algunos muebles y poner una tienda de comestibles. Eugenia triunfó. Vendieron algunas prendas familiares, menos los retratos del general Alfaro, que obsequiaron a la vieja y fiel comadrona. Por última vez, las miradas de las tres hermanas contemplaron la antigua casa en que habían nacido. Quedaba olvidada para siempre, con sus grandes corredores con toldas, parada en los palos del duro guayacán, con las enormes habitaciones desoladas y la clara azotea recibiendo el mismo sol de las mañanas.

La tarde de la partida, casi al caer la noche, Eugenia se perdió por el pueblo. Acechó por la casa de don Horacio. Convencida de que se hallaba fuera, penetró a la casa. A la cocinera le dijo que traía un negocio muy urgente y que fuera a llamarlo. Entonces, ágil, empezó a buscar. Abrió los cajones de las cómodas, buscó en la mesa de noche, en los muebles del comedor, en

las repisas de la despensa, en todas partes. No había luz prendida aún. Se envolvía entre las sombras y andaba de puntillas sin saber por qué. La respiración veloz, los ojos encendidos, las manos febriles, registraba por todos los rincones. Parecía que la casa hallábase dormida. Por entre los cajones semiabiertos salían cucarachas. Le temblaban los labios. Movía la cabeza como si tuviera un resorte. Una idea la salvó; a rápidos pasos se dirigió a la cama, quitó las sábanas y se puso a palpar en el colchón: allí, en la cabecera, junto a las tablas, encontró lo que buscaba. Fue al comedor por un cuchillo. Cortó la tela y acarició en sus manos el envoltorio de las joyas. Luego, en habiéndolo ocultado en el seno, puso orden y se sentó. Por la ventana, miró el río, cargado de fruta en sus orillas, sobresalir en la penumbra violeta. Aspiró el aire y se arregló el cabello. La cocinera hizo temblar los escalones al subir.

–Dice don Horacio que lo espere un ratito, que ya nomás vuelve –dijo a Eugenia.

–Imposible esperarlo más. Tengo mucho que hacer. Hágame el favor de decirle en mi nombre que mañana en la mañana vendré. Es muy importante.

Y salió lentamente, el ceño arrugado como cuando se enojaba de puro amor.

Aún tenía algún tiempo por delante. Esperaba que don Horacio no reparase en el hurto hasta no haberse marchado. En las noches, don Horacio acostumbraba jugar a las cartas y a la hora de acostarse ya estaría embarcada. Pero no atinaba a estar en reposo. Caminaba de uno a otro extremo del portal de la tienda del pueblo adonde habían pedido la comida para esperar la lancha. Estregábase las manos. De minuto en minuto miraba hacia atrás, igual que si sintiera el respirar de una sombra en las espaldas. Le corría, de vez en vez, un calofrío por la nuca. Era entonces cuando el torrente de sangre se paraba y una intensa palidez cubría su rostro. Cerró el pañuelo sobre la cabeza como para esconderse. Carmelina le preguntó:

–¿Qué te pasa? ¿A dónde has estado metida?

–No tengo nada. Frío.

–Pero, ¿qué te has hecho? ¿Habrás estado con el canalla ése?

–¡Bah!

Ana Luisa parlaba, novelera por el viaje. Para ella no tenía gran importancia el desastre sufrido. En Guayaquil había puesto el pensamiento y sentíase alegre. ¡Dejar de ser montuvia!

A las ocho, el viento comenzó a silbar. El cielo estaba alto, y las estrellas, claras. A lo lejos, la montaña lanzaba voces cautas y los árboles se doblaban gimiendo. Saltó una estrella de repente. Eugenia recogió la cabeza y pensó, pensó muy hondo, en que no la pillaran y en que todo fuera bien. La suerte salta con las estrellas y hay que aprovechar para pedir… Poco rato después se desató el ventarrón de verano. Se escuchaba un ruido parecido al que oyeron cuando la inundación meses atrás. Carmelina se encogió. El río

menudeaba de pequeñas olas y llegaba a golpear, con ritmo desigual, los palos del muelle. La noche, sin luna aún, recogía, de rato en rato, una sombra pausada que cruzaba hacia el muelle, agachada de frío.

Se escuchó el motor de la lancha. Al curvar el río, aparecieron las luces de proa. Las tres hermanas fueron las primeras en embarcar. Tal vez demoró el traslado de la carga media hora. Tal vez fue menos. Jadeó la máquina. Intentó arrancar, hasta que el ruido fue parejo. La orilla se alejó, se alejó… Un macizo de sombras quedó atrás como sacos gigantescos de carbón.

Eugenia suspiró confortada. Le encantó el sonar de la máquina, el chirriante sonido de las cadenas del timón, el pequeño balance… Era como si le besaran, como si le hablaran despacito en las orejas… Se animó. Tenía, después de todo, que saberlo Carmelina. Habló con voz murmullante, entre dientes.

–¡Qué locura! –exclamó la hermana, cuando se lo dijo–. Nos vamos a fregar… ¿Cómo se te ha ocurrido
esta barbaridad?

–Él nos robó…

–Fue un negocio.

–Fue un robo. No le hace falta. Piénsalo, Carmelina.

–No, Eugenia, no puedo pensar como tú… como tus novelas… Eres una ladrona, una…

–¿Quieres hacerme el favor de no decirme una palabra más? Creí que por fin comprenderías alguna vez. Yo sé lo que hago…

Esto fue apenas partieron… Hicieron silencio luego, que sólo fue roto una que otra vez. No tenían palabras que decirse y llevaban el corazón tan apretado que al menor esfuerzo se trizaría como el cristal.

Tal vez ya no lo quiero –pensaba Eugenia–, pero qué bonitas cosas me decía. Aún me suenan en los oídos, y voy a tener que taparlos, así fuera con sangre, a puñetazos, para no escucharlas más.

Se quedó mirando la noche. Se quedó mirando las aguas negras. Y vio que todo era igual, hasta las manos
temblorosas y humilladas.

IV

Guayaquil, en las horas tempranas, tiene la apariencia de un juguete. Casitas de todos colores, mal pintadas por la mano torpe de un niño, pequeños tranvías, poca gente por las esquinas, el brillo de un asfalto nuevito, y aquel negro de alta cabeza que retorna a su albergue empujando la carreta vacía de tortillas calientes.

Ha comenzado el chisme en la cocina. La candela y el cuento abrazan las mejillas. Y por un zaguán entreabierto, la joven sirvienta de la casa grande platica, muy coqueta, con el panadero. Adosado a un estante, un chiquillo periodiquero aprende lecciones de amor. La calle alongada se pierde hasta el río, sola, solita como los suspiros. Sopla un viento cauto. El tendero de la esquina abre las puertas de su tienda. El aire, delgado y húmedo, entra por los resquicios de las puertas y las ventanas y un menudo polvo de sol suspende figuras diminutas.

Transitar a estas horas es como moverse por los parajes íntimos, por los paseos cuotidianos. Se va ligero. La aventura de un anhelo cualquiera viaja desenvuelta y libre. Y la voz de las comadres respetables suena pasito con el mismo rumor de las primeras moscas.

Pero en cada casa se hace una vida distinta. Cada quien hincha sus pequeñas pasiones a punto de estallar. En unas, el diálogo es apacible. En otras, la violencia se asoma por los ojos. Y en las más, el dolor fabrica su propia atmósfera gris. Así en aquella casa antigua, pintada de verde, el techo de zinc brillante, los portales con huecos en el cemento. Por más que su historia fuese gloriosa, rechinaban ligeramente las tablas del piso y las paredes no se mostraban del todo firmes. La voz, la prieta voz indignada de la señora Aurora resonaba de puerta en puerta:

–¡Qué horror! ¡Qué deshonra!

Y las muchachas, que habían caminado, sin sentirlo, por la clara ciudad de juguete, la escuchaban atormentadas. Ana Luisa sacó fuerzas y anotó:

–Pero, tía, fíjese por qué fue lo que hizo. ¡Pobre Eugenia! Ese viejo nos había robado... Era una manera de pagarse. Claro que no estuvo bien hecho, pero...

–Cállate, tonta –interrumpió, violenta, Carmelina–. Eso, en cualquier parte, se llama robo, y tu hermana es
una ladrona, ni más ni menos. Vergüenza te debería dar defenderla... Todo ha sido por andar en las sinvergüencerías con el jefe Político... ¡Quién sabe todo lo que ha pasado!

–¡Qué me cuentas, hija! ¿A tanto ha descendido Eugenia?

–Claro, tía. Si todos los días se salía dizque a pasear con el Ernesto Carbo, con ese bandido, que seguramente estuvo de acuerdo con don Horacio... Y

lo que es yo no podía decirle una palabra, porque se ponía furiosa. Tiene el peor carácter que he visto. No sé a quién habrá salido así.

–Sí, porque lo que es mi hermano era muy bueno y su mujer también. ¡Qué desgracia! Pero hay que hacer algo. Me iré a hablar con el Gobernador.

–Las alhajas están intactas y se pueden devolver. A lo mejor, ya se las han quitado a Eugenia. Ni tiempo ha tenido para esconderlas: debe todavía llevarlas en el seno.

–Habrá que ver lo que dice el Gobernador. Tal vez así la pongan en libertad. Todavía es muy temprano. A las diez iré, porque antes, imposible encontrarlo. ¿Me acompañarás, Carmelina?

–Si usted lo quiere, tía, con mucho gusto.

Ana Luisa, con tono resuelto, dijo a la tía:

–Yo voy a regresar a la Pesquisa hasta conseguir que me dejen entrar. Quiero acompañar a Eugenia. A lo mejor, ya llegó el jefe.

–Haces muy bien, hija. Acompaña a tu hermana. Felizmente, no te conocen en Guayaquil todavía.

–Lo que es yo no puedo ir. Tengo que ir con mi tía a ver al Gobernador –razonó Carmelina.

Ana Luisa, sin añadir palabra, se compuso el peinado y salió, al aire los cabellos oscuros, moviéndose a prisa por las calles. Larga media hora tuvo que esperar cuando llegó. Luego le avisaron que el secretario había llegado. Solicitó hablar con él. Subió. Aún tuvo diez minutos de espera frente a la puerta del despacho. Al entrar, una cabeza se alzó del escritorio y una voz indiferente preguntó:

–¿En qué puedo servirla, señorita?

Expuso Ana Luisa sus deseos, con temblorosa palabra, clavando las grandes miradas húmedas en el rostro del secretario.

–Creo que no hay inconveniente. Puede usted pasar a verla. Desde luego, su hermana se encuentra con todas las consideraciones debidas. Sabemos quién es. Oiga usted –ordenó, dirigiéndose a un agente–, conduzca a esta señorita adonde la detenida señorita Parrales. Siga no más –terminó, inclinando la cabeza ante Ana Luisa.

Eugenia se hallaba en una habitación de la planta alta, entre cuatro paredes sin pintar, sentada en una silla. Tenía las miradas fijas en el suelo. Los ojos secos no miraban: estaban detenidos en un punto muerto como bolas de cristal. Al notar la presencia de la hermana, respiró fuertemente y se lanzó en sus brazos.

–¡Eugenia! ¡Pobrecita! Estáte tranquila… A las diez va la tía Aurora a hablar con el Gobernador. Carmelina

se lo contó.

–Ya no me importa. Carmelina… Estaba loca por contárselo. ¡Qué me importa! Tenía que saberlo. Yo lo hice por todas… ¡Qué sé yo!

–No hagas caso, hermanita.

–Te digo que ya no me importa nada. ¿No ves que no lloro? A veces me pregunto para qué he nacido. No sé… Desde que me enamoré, me he vuelto una tonta. Nome puedo explicar a mí misma. ¿Me creerás si te digo que siento rabia por todo? ¡Ah! Y un despecho terrible, un desaliento que me ahoga y me deja como idiota… Es como en esas novelas que leía y que hacían rabiar a Carmelina… Tú no las conoces. Y es tan cierto todo…

–Ten valor, Eugenia. Todo pasará.

–Sí, todo pasará… ¡Pero yo siempre seré la ladrona, la mala, la corrompida! Apenas eres mujer, Ana Luisa. Si algún día puedes largarte, hazlo, déjanos. Eso te puede salvar. ¿Te has puesto a pensar lo que nos queda? A mí no me importa, pero tú…

–Por Dios, Eugenia, no hables así. Es cosa del momento…

Ana Luisa lloraba. Eugenia dedicó sus fuerzas a darle consuelo. Le tomó las manos, abrigándolas entre las suyas y ya no dijo nada más.

Un agente entró. Hizo una seña con la cabeza, indicando la puerta:

–El jefe la llama. Vamos.

–Yo voy con ella, ¿no?

–Si quiere… Nada me han dicho, pero como la han dejado entrar acá… Sí, es mejor que vaya también.

Eugenia apretó las manos de su hermana, se arregló los cabellos y salieron ambas. En cuanto las vio entrar, el jefe de investigaciones despidió a las personas que se hallaban en su oficina, las invitó a sentar, dio uno o dos pasos, retornó al escritorio y habló:

–Bien, señorita Parrales… ¿Es usted, no?

–Sí, señor.

Tomó un telegrama del escritorio, lo leyó. El interrogatorio comenzó con voz afable.

–Vamos a ver, cuénteme usted lo que ha ocurrido. Usted es su hermana, ¿no? –preguntó a Ana Luisa.

–Sí, señor, yo vine porque quería acompañar a…

–Muy bien, muy bien. Mi secretario sabe lo que hace. Es mucho mejor que usted esté presente… Estas cosas casi nunca se hacen solas… Los

antecedentes no indican nada... Una incomunicación hubiera perjudicado... Bien está, señorita. Bueno, comience usted, ¿qué ha ocurrido?

–¿Acaso no lo sabe usted? –respondió Eugenia.

–Abreviaremos, entonces. Aquí tengo este telegrama de Daule. Lo recibimos en la madrugada, pero no alcanzamos a la lancha... Es una denuncia en regla y urgente...Por intermedio de las autoridades del pueblo... ¿Por qué hizo usted eso?

Eugenia, sin responder, extrajo de su seno, el envoltorio de las joyas y lo dejó encima del escritorio.

–Ajá. Las devuelve usted, ¿no? ¿Se confiesa, entonces culpable?

Llamó con el timbre y ordenó, en presencia de las Parrales, se hiciera un inventario. Terminada la diligencia,
después de pocos minutos, volvió a quedarse solo con ellas.

–Todo está muy bien, pero la devolución de los objetos... extraviados... no entraña necesariamente la falta
de sanción... Es útil conocer antecedentes... Es curioso, muy curioso... Tiene usted que hablar.

–No tengo nada que decir, señor.

–¡Sí, señor! ¡Sí, señor! Yo se lo diré a usted todo... Yo se lo diré. Usted no es malo, ¿verdad? Eugenia no es una ladrona, no lo crea usted... Nunca... Fue don Horacio el que nos robó. ¡Se lo juro! Perdimos la hacienda, perdimos la casa... ¡Las tres solitas, señor!

El llanto cortó sus palabras. Las manos juntas en el pecho, la cabeza de lado, una gran agitación comenzó a ahogarla. Había en su presencia tormentosa y delicada a un tiempo el pungitivo dolor de los niños mal tratados.

El jefe trató de calmar a Ana Luisa. Poco a poco, conoció todos los detalles de las relaciones de las Parrales
con don Horacio. De súbito, puesta de pie, Eugenia, con ademán violento, habló:

–Y ahora, ¿por qué razón yo soy la culpable? ¿Acaso él no nos quitó todo? El interés que cobró nos arruinó. Dígame, pues, dígame usted si es legal eso... ¿Por qué razón va a ser legal? ¿Ah? Sin un hombre que nos apoyara... ¡Y para qué sirven también! ¡Canallas!

–Le ruego compostura, señorita. Ese interés no debió figurar en las escrituras... Si todo se halla en orden, debidamente legalizado, yo no tengo nada que hacer. Es la ley. No está en mis atribuciones. Son cosas del poder judicial. Busque usted un abogado.

–¡Ah, sí!, ¿no? La ley... La ley para don Horacio y para mí la policía. ¿Por qué? Porque don Horacio es un cínico y tiene bastante plata. ¿De dónde voy a sacar para pagar un abogado? Dígame, contésteme.

Agitaba las manos como dos cosas rotas que saltaran en pedazos.

–Le ruego, señorita, que se calme. Le repito que yo no tengo nada que ver con esos asuntos. Hágame el favor de comprender.

–Claro que comprendo. ¡Mentira! ¡Todo es una gran mentira! La ley, la policía... ¡A mí qué me importa! ¡Haga lo que quiera! ¡Hágalo! ¡Hágalo ya mismo!

Eugenia estaba de pie. Le brotaban las palabras en síncope. Las mandíbulas apretadas, la nariz hinchada,
el busto palpitante.

Sonó el teléfono. Eugenia enmudeció, permaneciendo con los labios trémulos, pálida, la frente contraída, hermosa y tensa como una cuerda.

–Buenos días, señor Gobernador –dijo el jefe.

–No, no hay ningún sumario incoado todavía.

–Cómo no, señor Gobernador. Le remito el inventario en el acto.

–Ya lo ve, señorita –dijo, volviéndose a Eugenia, después de cerrar la comunicación–, cómo las cosas tienen su arreglo sin necesidad de violencias. Creo que su libertad no se hará esperar. El señor Gobernador se interesa. Entiendo que va a telegrafiar de urgencia a Daule. Sírvanse regresar a donde estaban. Le avisaré, señorita.

Y en efecto, la diligencia de la tía Aurora había producido sus resultados. En dos o tres horas todo se arregló. Don Horacio, notificado de la recuperación de las alhajas, manifestó telegráficamente que no insistía en la denuncia, que daba por retirada, y así, Eugenia fue libertada a solicitud del Gobernador.

No en vano doña Aurora Parrales viuda de Fierro, pertenecía a una ilustre familia de la época heroica. Su marido había prestado servicios a la Patria y cuando fue intendente de policía, en administraciones del general Alfaro, procedió en todo momento como un radical de pura cepa. Esto tenía que saberlo el Gobernador, pero doña Aurora se lo recordó. Y después de todo, eran faltas de una juventud atolondrada. No había para qué hundir a la chica para siempre. ¿No era así? Pero cuando ejerció el poder de su influencia fue en el momento en que Carmelina expuso la triste situación económica en que había quedado la familia, después de la muerte de don Antonio y de la pérdida de la finca. Se recordaron algunas escenas de la vida del comandante Parrales. Este nombre no era nuevo: el Gobernador tuvo frases de elogio para su vida de soldado por la santa causa de la libertad y del sufragio universal. Y es así que preguntó:

–¿Y el montepío?

–No tenemos nada, señor Gobernador.

–¡No es posible! ¿Existe la hoja de servicios del comandante?

Claro que existía, pero tres mujeres, tres muchachas –como acentuaba Carmelina–, ¡qué entendían de eso y cómo se iban a ocupar de reclamaciones y solicitudes desde el campo! Todo se hallaba en orden y muy bien guardado. Carmelina habló entusiasta. La tía Aurora insinuó las gestiones. Y el Gobernador convino en que era necesario iniciar diligencias, sobre todo ahora, en vísperas, apenas a veinte días, de reunirse el Congreso. Habría que hacer la solicitud y enviar el escalafón de servicios. No sería difícil. Él prometía interesarse. Las hijas de un luchador del Noventa y Cinco no podían quedar desamparadas. Era obligación del Estado. La Ley lo decía. No cabía duda de ello.

–Desamparadas, no –argumentó doña Aurora–, porque están en mi casa y no les faltará un bocado de comida, señor Gobernador.

–Excúseme, no quise decir precisamente eso. Trataba de…

Ya en casa, no dijeron nada a Eugenia. Doña Aurora la vio llegar y se encerró con ella en la alcoba. Empezó a hablar. Eugenia, la cabeza inclinada, no respondía. Escuchaba la rápida palabra de su tía. Le herían los oídos voces duras y reproches severos. Había deshonrado el apellido… Envuelta en fango… ¡La familia! ¿Qué diría la gente si lo supiera? ¡Qué asco! ¡Qué desvergüenza!

–Y ni siquiera has tenido presente la memoria de tus padres. Te has conducido como una prostituta. Lo sé todo. Te has portado peor que una chola cualquiera… Sin fijarte, sin importarte, mejor dicho, en que no eras dueña de tus actos... Que tienes una tía y dos hermanas, una de ellas casi una niña… ¡Qué ejemplo para esa criatura! ¿A dónde te enseñaron esa conducta? ¡Hipócrita! Me da vergüenza ser tu tía y si pudiera te lavaría con algo para quitarte la mancha que te has echado encima. ¿Es que no te das cuenta de lo que has hecho? ¿No tienes nada que decir? Claro, ahora agachas la cabeza y te callas, pero Dios sabe lo que estarás pensando… ¡Cuánta hipocresía! Me da asco tocarte: me ensuciaría.

Y salió dando un portazo. A la hora del almuerzo, no fue llamada a la mesa. Ana Luisa fue impedida de ver a su hermana. Carmelina atisbaba por las hendijas, retrasándose en llegar al comedor. La tía ordenó a la sirvienta que, cuando terminaran ellas de almorzar, llevara la comida a Eugenia.

–Lo que es en mucho tiempo no se sienta a mi mesa –terminó, al levantarse y salir del comedor.

Eugenia no lloraba ya. Mordíase los labios y ajustaba las manos sudorosas. Salió, buscando el baño y se encerró en él. Pesábale extraordinariamente la cabeza. Miraba a todos lados como esperando un golpe. Se contempló en el espejo, desencajada, con las profundas ojeras casi rojas lanzándole los ojos hacia dentro, entre los párpados hinchados. Se pasó las manos por los cabellos. Las sintió heladas. Un estremecimiento la sacudió por la espalda. Trató de pensar algo concreto: no pudo. Divagaba… Las ideas viajaban por su cerebro con tal velocidad que le resultaba imposible atraparlas. ¡Ni una sola! Una grave sensación de cansancio la invadió. Cerró los ojos: vio manos rojas amenazantes que se tendían hacia su garganta… Temblorosa, los abrió, inmensos, redondos y los fijó en el espejo. Alzó las manos hacia el

cuello, la cabeza hacia atrás, y lo acarició lentamente… ¡Qué hielo en la piel! ¡Y cuánto ardor en los ojos! Deseó gritar, pero no lo hizo. Acaso no pudo. Pensó en que lo que sentía era definitivo. Apoyada con ambas manos en el lavabo, se sentó en el pequeño banco que había. Movía la cabeza en cortos movimientos. Tenía miedo de
mirarse y no quería volver a cerrar los ojos. Sintió diluirse, extenuarse, abrirse las coyunturas de sus huesos… Si pudiera pensar, si pudiera concretar alguna cosa… Densas nubes pasaron por sus miradas bobas. De repente, las fijó en la repisa… Un frasco estaba allí. Decía «láudano» y más abajo «veneno». Se levantó como si una mano la hubiera empujado, de un solo golpe. Lo tomó con ambas manos, trocó los labios en una mueca y tragó lo que restaba del contenido.

En el salón, la tía Aurora conversaba ágilmente con Carmelina. Ana Luisa se hallaba presente, pero ni hablaba ni era tomada en cuenta en la charla.

–Ya lo ves, Carmelina. Creo que Eugenia escarmentará, después de lo que ha pasado y las cosas que le he dicho. Era mi deber. Y ahora, hay que mirar adelante. Por algo somos quienes somos. El Gobernador se ha portado a las mil maravillas, como un perfecto caballero. ¿Te fijaste en lo que dijo sobre las hijas de un luchador del Noventa y Cinco? ¡Jay!

–Claro que me fijé. Me sentí orgullosa. No hay como el liberalismo. Una familia como la nuestra no puede quedar así. Los que lucharon por la conquista de la libertad por lo menos tienen, a Dios gracias, sus pequeñas recompensas… ¿Qué fuera de nosotras si no? ¿Y qué sería del país en manos de los conservadores? Felizmente, hubo un Alfaro y hubo hombres como papá que estuvieron a su lado, hombres valientes como ahora no los hay. La humanidad ha progresado y sigue progresando porque, porque… así tiene que ser… Yo lo he leído, tía. No hablo de memoria: libertad y democracia son las bases para la felicidad de los pueblos…

–Muy bien hablas, hija. Me parece estar oyendo a tu padre y a mi difunto marido. Como tú sabes, era doctor, ¡y qué doctor! Había que ver los pleitos que ganaba. Por eso tengo mi casa y mis cositas… Bueno, pero ahora no hay que decir una sola palabra de lo ocurrido. Una familia como la nuestra no puede andar de boca en boca. Y a todo esto, ¿qué será de Eugenia? Se encerró en el baño, me parece, y hasta ahora no sale. Anda a ver, Carmelina.

Hízolo así Carmelina, pero no respondieron a sus llamadas. Entonces, doña Aurora se levantó, acompañada de Ana Luisa, y las tres golpearon en la puerta del baño. Era inútil. Comenzaron a sospechar que algo malo había ocurrido. Sin embargo, Carmelina, asida de una esperanza, dijo:

–De puro fregada es que no ha de querer abrir.

–¡Eugenia! Es tu tía. ¡Abre! ¡Abre inmediatamente!

Tuvo que recurrir al carpintero. Lo mandó llamar y ordenó descerrajar la puerta. La tía Aurora exhaló un grito. Las hermanas quedaron sin fuerza para nada, intensamente pálidas, inmóviles. En el piso, Eugenia se retorcía, apretadas las mandíbulas y clavadas las uñas en la palma de las manos. Un ronquido borbotante salía de sus labios entre la baba amarga. Doña Aurora

se inclinó a recogerla. Junto a Eugenia, vio el frasco vacío. Pidió ayuda para conducirla al lecho. Angelita fue por el doctor. Y las tres mujeres principiaron a lamentarse y a llamar a Eugenia, que no podía responder.

–¡No te vayas, hermanita, no te vayas! – lloraba Ana Luisa de rodillas ante el lecho.

Carmelina, angustiada, le acariciaba las manos. Gruesas lágrimas rodaban de sus ojos. Y doña Aurora se dedicó a preparar vomitivos y lavados.

Eugenia se retorcía. Llevaba las manos al vientre, recogía las piernas, y ese ronquido, acezante y bárbaro, se apresuraba desde lo más hondo de su garganta. Tenía la boca abierta, la cabeza hacia atrás, el cabello sobre la frente inundada en frío sudor.

El doctor llegó por fin. Era el médico de doña Aurora, hombre joven, que vivía en la misma calle. Comenzó a trabajar. Vino advertido, trayendo lo necesario. Le introdujo por la boca unas mangueras. Sudoroso, no omitía esfuerzos por salvarla. Acosado a preguntas procuraba no responder.

–Cómo no, cómo no… Esperemos… Más agua… Pronto…

Doña Aurora mostrole el frasco.

–Es el láudano que tomo yo por gotas. Usted mismo me lo recetó, doctor…

–Bueno, bueno, más agua caliente… Apúrese.

Controlaba el pulso. Puso una inyección de adrenalina con calcio. A momentos, parecía que Eugenia se aliviaba. Cuando empezó el vómito, todos creyeron que moría. Después, cayó en sopor. Y cuando abrió los ojos, quizás vio que sobre los suyos estaban fijos los del médico. Acaso llegaron a sus oídos delicadas palabras. Volvió a cerrar los ojos. Sería porque había entrado en un sueño amable del que no quería salir.

V

Eugenia se hallaba convaleciente aún. El médico la visitaba todas las mañanas, conversaba con ella algunos minutos y cierto día le habló de problemas esenciales. Sentado junto a su cabecera, cruzados los brazos sobre el pecho, apenas inclinado, mirándola con la misma lentitud con que decía sus palabras, las dejaba caer, serias y graves sobre Eugenia, que entrecerraba los ojos. Así lo veía mejor, y las cosas que decía se transformaban en figuras y las entendía bien. La voz del médico era tenue, pausada, baja, con ciertas ondulaciones varoniles que la hacían ascender como una espiral de humo. El rostro moreno y cenceño, los ojos pardos y alta frente, su presencia caía en la enferma como gotas de lluvia en la tostadura de las pampas secas. Y lo escuchaba con su cuerpo entero, abierta a sus palabras semicerrando los ojos para que nada se mezclara a lo que de él venía.

Todo eso lo sabía ya. Pero no había entendido como ahora. Sentía nuevo calor en los tejidos, y en el corazón la urgencia de vivir. Cuando él se

marchó, torturó las ideas, impaciente, ardiendo en combustión maravillosa. La hora de vivir le había llegado. Tenía que empezar. Y empezaría, claro que sí, con esa bravura que llevaba en la sangre y le asomaba a los ojos.

Transcurría despacio el día, y en tanto que las horas envejecían, su fe tomaba altura. Sonreía en veces, volando la imaginación, en tránsito alegre, por calles sin polvo y rutas de aire tierno. Pero generalmente permanecía seria, reflexiva, atenta a las voces ocultas que le abrían el pecho en surcos de siembra.

A las siete y media de la noche, sirvieron la comida. Eugenia se vistió con rapidez, mientras doña Aurora, Carmelina y Ana Luisa se hallaban en el comedor. Pensó dejar una carta, mas no lo hizo. Tomó sus ropas y sin vacilar un minuto se adueñó de una pequeña maleta de la tía, que había visto en su alcoba. Metió todo en ella. Luego dejó la maleta que había traído de Daule, demasiado grande para llevarla, en el mismo sitio del que había tomado la pequeña y musitó: «así no dirán que me la he robado».

Después salió.

Las calles de Guayaquil estaban intactas para ella. No dudó. Empezó a andar de prisa, como si llevara ruta señalada. Lo primero que debía hacer era alojarse. Una tras otra, pasaban las calles en sombras. Apenas se divisabanlos colores de las casas de madera. De vez en cuando, levantábase un edificio de cemento, iluminado y fuerte. Iba animosa, con aire desenvuelto, sintiendo ya entre sus manos ese calor de vida firme de que le habían hablado en la mañana. Empero, ante el primer zaguán que resolvió cruzar, se detuvo. Sabía que era duro, pero también comprendía que debía hacerlo. Encogió los hombros y subió. El ritmo de su sangre se tornó violento. Era como un palpitar alocado en todas sus venas y un ligero ahogo junto al corazón: igual que cuando la fiebre comenzaba a invadirla. Antes de llamar arriba, se frotó las manos y alzó las miradas buscando una esperanza. Llamó. Su voz no era segura, pero pudo decir que deseaba hablar con la señora de la casa. Y cuando le preguntaron lo que deseaba, con voz opaca respondió:

–Estoy buscando un empleo, señora. Acabo de llegar del campo y…

–Lo siento. No necesito a nadie.

Descendió, mas no vencida. Anduvo otro poco. Volvió a subir. ¿Cuántas veces lo hizo? En alguna casa, mientras bajaba, alcanzó a oír este comentario:

–Demasiado blanca y muy bien puesta para sirvienta. No tiene facha.

Y en otra vez:

–Esta pájara debe ser de alto vuelo. La boca pintada y todo… Ni que estuviéramos locas.

Y en todas partes:

–No… No necesitamos… Lo siento mucho… No tenemos nada que ofrecerle… Imposible, no hay nada para usted… Tengo todo el servicio completo… No… ¿Buscando empleo? ¿A esta hora? ¡No! No… No… No…

Le dolían las piernas, el cansancio lo llevaba hasta en los poros del cuerpo y el desaliento le doblaba la cabeza. No tenía idea de la hora, pero pensaba en que ya debería haber transcurrido toda la noche… ¿Por qué, entonces, aún era oscuro? Los zaguanes ya estaban cerrados. Los transeúntes eran escasos. Las luces de los focos parecían muertas y mientras más andaba encontraba más silencio frente a ella. Dos o tres veces, le hablaron:

–¿Qué hace, linda, a estas horas?

–¿La acompaño, mi hijita?

Entonces apuraba el paso. No lograba saber cómo aún caminaba. Andar, andar, andar… Se le antojaba que tenía las piernas de madera: las sentía duras y hasta en el sonido de los tacones contra el pavimento le parecía escuchar el golpe de un palo contra las piedras. De súbito, se tambaleó. Recobró fuerzas y pretendió seguir. Cambió la maleta de mano. Seguir, seguir… Adelante. ¿O atrás? Se detuvo. Miró a todos lados. Se le venían encima las casas, pero antes de caer retornaban a sus sitios. Y quedaban como grandes manchas, macizas, torvas, inmensas… Será algún temblor… Será sólo que está muy oscuro… Será que yo estoy loca… No sé lo que será, pero ya no puedo más, no puedo… Cerró los ojos. Lentamente, se fue dejando caer en la vereda. Sentada, pareció aliviarse. Pretendió ponerse en pie, creyéndose con fuerzas restauradas, pero las piernas se negaron: como si se hubiesen dormido, y cuánto le dolían. No lo volvió a intentar. Frente a ella, una chingana abierta se envolvía en humo y en música elástica. Los gritos de unos negros grandotes, el canto lento y de aullidos, el sonar monótono y selvático de la marimba. Las hembras movían las caderas, con los codos pegados a la cintura, afuera las manos en abanico. Los hombres, pañuelo al aire unos, otros con los brazos caídos, bailaban buscando a las mujeres. Las buscaban con los ojos, con las manos, con las rodillas temblorosas, con las cabezas desgajadas, con los labios resecos.

¡Aaaaáaay! ¡Aaaaáaaa!

Bom… Bom-bom… Bom-bom… ¡Aaaaáaay!

Marimba esmeraldeña. Marimba negra y verde, ondulante como una serpiente sayama. Sonaba el bombo enorme. Sonaban los gritos ululantes como en la selva de Esmeraldas. Sonaban los ayes perezosos de un placer lento y bárbaro. El tambor le golpeaba en la cabeza. Sí, allí, en la mitad del cráneo… Bom… Bom… Y los gritos de lamento dentro de los oídos… ¡Aaaáaay! Y la danza sensual y húmeda en los ojos… Como una rueda, como una rueda que va y viene… Curvas en el humo, curvas en la música, en los cuerpos ceñidos, en el sudor a grajo, en las manos torcidas, en ese bombo, en ese bombo… Y dale que dale que dale… Bom… Bom… Bom…

Se cubrió los ojos con las manos. Los negros agigantados le hacían contorsiones lúbricas, perversas. Igual que el humo se torcían… Y los ojos en blanco la clavaban… Y las risas fuertes, calientes, babosas la abrasaban en una llama que sonaba con ayes lastimeros… Miró, como cegada: las

luces le cayeron a millares… Había desviado las miradas, y ahora la sorprendían los ojos rojos… Se doblaron los postes. Las luces de los focos pequeñitos dejaban rayas coloradas como cintas en el aire. Un laberinto de color la mareó. Le sonó en los oídos un choque de vidrios rotos. En ese mismo instante, las luces se convirtieron en dedos: todos, a un tiempo, iluminados y nudosos, se tendieron a ella. Lloró, gritó, pidió… Pero sin voz.

De súbito, se sintió tocada y se sobresaltó. Levantó muy lentamente la cabeza, metida entre los hombros, y escuchó:

–¿Qué haces aquí, nena? ¿Qué te pasa?

Un hombre joven, de buena apariencia, le hablaba.

–Vamos. Ando en automóvil. Te dejaré en tu casa.

Ella no respondió. Mirábalo sin verlo bien, fijamente, imaginándose que no era nadie sino una sombra que le hablaba. Él la tomó de un brazo. La ayudó a ponerse en pie. Dio unos pasos torpes.

–¡Qué buena mona tienes! ¿Dónde te has emborrachado así?

Entraron al automóvil.

–Espera. Has dejado esa maleta. ¿De dónde diablos vienes con maleta? Bueno, vamos, ¿a dónde te dejo? ¿O quieres… venirte conmigo?

Eugenia rompió a llorar con ruido.

–¡Demonios! Has tenido juma llorona… Vamos, déjate de cosas, chica. Eres guapa, muchacha. De gana te pones fea llorando. Bueno, ¿en qué quedamos? No te voy a rogar. Si me dices adónde, te dejaré en tu casa. Y si no, si lo quieres, te quedas conmigo. Mañana será otro día, linda.

Como ella no respondiera, se impacientó:

–Pero habla de una vez. ¿Adónde vives?

–No sé –alcanzó a decir Eugenia.

–¿No sabes? ¡Hola! Oye, ¿qué es lo que te pasa? ¿Quién eres? Por lo menos, tienes una cara nueva… No te he visto nunca… Es raro… Mira, que para no conocerte yo, se necesita… ¿Quieres venirte conmigo?

–Lléveme donde quiera –fue todo lo que dijo. Y lo había dicho repentinamente lúcida, tranquila, segura de sus palabras.

Ya él no dijo nada. Eugenia volvió a sumirse en el silencio. De nuevo se sintió mareada y echó la cabeza hacia atrás, contra los cojines. El indicó al chofer la dirección. Al llegar, pagó el servicio, ayudó a descender a Eugenia, y entraron ambos a un departamento de planta baja.

–Mira, yo no vivo precisamente aquí, pero vengo con frecuencia. Ahora vendré más, ya lo creo… Algunas noches duermo por aquí… Ahora dormiré

más noches, o no dormiré, es lo mismo… En otras… Bueno, por hoy creo que la pasaremos bien. Te tomarás una taza de café para que te pase un poco la mona… Después, veremos…

Hablaban en un saloncito con tres butacas y un sofá, mesa en el centro, y una lámpara roja sobre ella. La siguiente habitación se alcanzaba a distinguir entera: era el dormitorio: el lecho muy bajo –cama turca, explicó él, mostrándosela con el dedo–, almohadones de colores fuertes, el velador, otras butacas. Más allá le explicó que se hallaba el cuarto de baño y una pequeña cocina.

–Te voy a hacer el café. Es cuestión de calentar un poco de agua. Tengo reverbero eléctrico: en un ratito estará.

–Mejor que no. Gracias.

–¿No quieres café? ¿Qué quieres?

–Nada.

–Pues, entonces, ya puedes acostarte.

Eugenia permanecía en pie, indecisa, mirándolo, sin atreverse a nada. Él dio luz al bombillo del techo y la contempló. Acercose despacio, tomó su cara en ambas manos, pensó un segundo.

–Oye, tú no estás borracha… Me he equivocado. ¿De dónde diablos sales?

Sin esperar respuesta, se retiró. Sentose en la cama y continuó contemplándola. Una leve sonrisa apareció en sus labios. Volvió a su lado. Retornó con ella al dormitorio. La tomó en brazos y la besó.

Al día siguiente, cuando él despertó junto a Eugenia, en tono seguro y fuerte, de amo, le dijo:

–Bueno, creo que debemos presentarnos… Yo me llamo Carlos Álvarez, no trabajo en nada, vivo de lo que puedo y como puedo, pero siempre bien, tengo suerte con las mujeres bonitas y me gusta el trago. ¿Y tú?

Eugenia no habló.

–Por lo menos, dime tu nombre.

–Me llamo Eugenia.

–No ha de ser tan a secas.

–Eugenia… Eugenia Parrales.

–Bueno, algo es algo. ¿Dónde vives? ¿De dónde has llegado? Porque lo que es tú, no eres de aquí. No me equivoco.

–Te ruego que no me preguntes nada. Después.

Carlos Álvarez encogió los hombros. Se puso en pie y marchó al baño. Ella pudo verlo bien, apreciar su cara angulosa, su pequeño y fino bigote, el cabello encrespado, los ojos rasgados, el mentón redondo y suave. Seguía echada, cuando él retornó del baño. Vistiose Carlos en su presencia, luciéndole las anchas espaldas y el tórax atlético. Antes de salir, estirando el labio inferior, le dijo:

–Creo que vas a quedarte aquí por lo pronto… Te dejo. A pesar de que no te conozco, pero me inspira confianza… Por lo menos, si te largas, deja todo bien cerrado. Toma. Estoy casi limpio hoy: allí van cinco sucres. Haz con ellos lo que puedas. No volveré hasta la noche. Traeré alguna cosa fría. Yo sé que hago mal con esto, pero lo que no sé es qué hacer contigo… Me gustas… Después veremos.

No lo quería. Se entregaba sumisa, sin protesta, cerrando los ojos por no verlo. Cierto que a él no le importa mucho, pero un día la miró de mala gana y le dijo, en tono despectivo:

–Eres muy rara. ¡Oh, no! A las mujeres les encanta que les digan raras… No es eso. Eres medio histérica… Una histérica fría… Tiene gracia. ¡Ja! ¡Ja! ¿No te gusto yo? ¿No te complazco?

–Así soy –le respondió.

–Bueno, bueno, es lo que contestan siempre. Con todo… Eres capaz de interesar… Tú, muchacha, puedes ir lejos si es que te resuelves a reír un poco y no poner cara romántica todo el tiempo. Eso se hace de vez en cuando, en el momento interesante, en el instante psicológico… Hay que variar, hija.

Diez días habían transcurrido. Pasaba sola, hasta las noches en que llegaba Carlos Álvarez. Hacía sus compras en una tienda situada a dos cuadras. Ella misma preparaba la comida. En las mañanas, hacía la limpieza y el café. Después, se pasaba las horas tendida en la cama, pensando, sin un minuto de auténtico reposo. Carlos la enseñaba a beber. Y ella sin gustarle aún, bebía fuertemente. Así se acostaba siempre: en la inconsciencia de la embriaguez. Y en las mañanas, hinchada, ojerosa, la lengua amarga, experimentaba el deseo de libertarse, de encontrar una salida, la necesidad física de reventar por algún lado. Una tarde se resolvió por lo menos a dar un paseo. Sus pensamientos habían viajado por distancias inmensas. Se vio cerca de las auroras, se vio arrugada de años, se vio en las faldas de su padre, el heroico comandante Parrales. Se vio a sí misma pasar como una luz fugitiva por todas las existencias que la rodeaban. Terminó riendo nerviosamente. Luego le llegó la resolución de súbito: se arregló lo mejor que pudo y se echó a la calle.

Se orientaba preguntando para regresar, después de su paseo, cuando un automóvil se detuvo frente a ella. Desconoció al médico. Eugenia, paralizada, lo miró con los ojos miedosos.

–¡Eugenia! ¡Eugenia! ¡Cuánto gusto! Venga, suba, daremos una vuelta.

Encendida la cara, sin acertar a decir nada, subió.

–Vamos, cuénteme, ¿qué ha sido de su vida? La han buscado como locas sus hermanas y su tía. Hasta han dado parte a la policía, pero ya sabe usted en qué quedan siempre esas cosas... En fin, dígame algo. Oh, no, perdóneme –agregó inmediatamente, observándola–, no me diga nada. Yo soy quien tiene que contarle muchas cosas, muchas cosas interesantes...

–¿Ha pasado algo?

–Le digo que mucho. Justamente, ayer... Ayer y hoy: dos días de sorpresas... Así ocurre... Ni se lo imagina. Tonterías, pero que se han hecho graves. Imagínese que Carmelina ha tenido un disgusto formidable con doña Aurora. No sé si debo... Usted lo sabrá. Pero, sobre todo, es conveniente, necesario, que usted misma busque una solución... para usted. ¿Sabe que Carmelina y Ana Luisa ya no viven con su tía?

–¿No me diga? ¿Y cómo ha sido eso? ¡No puedo creerlo!

–Bueno, un disgusto... Cosas de esta vida... Doña Aurora ya tiene sus años. Ya lo sabrá usted.

–No, por favor. Hágame el favor de contarme. Se lo exijo.

–Mire, Eugenia, le anticipo que yo no creo una palabra. Resulta que el vecindario ha hablado no sé qué cosas de Carmelina, mejor dicho, de las muchachas que la tía Aurora tenía en casa. Chismecillos... Cosas bajas... Doña Aurora se indignó. Pidió a sus hermanas que no salieran solas a la calle, que se acostaran temprano, que apagaran las luces a las nueve y media... Y Carmelina, que tiene su carácter, protestó... La tía le echó en cara el hospedaje... En fin, no recuerdo detalles... Entiendo que se han dicho velaverde. Según afirma, doña Aurora ha sido ofendida en el alma. La tía Aurora, como la mejor solución, salió a la calle y tomó en arriendo un departamento pequeño, que ha pagado por tres meses, lo amobló un poco con algunos muebles viejos que tenía en una bodega y... nada, que Carmelina y Ana Luisa se han ido a vivir allá. Creo que es por el Salado. Ha habido llanto, pataletas y lo demás.

–¿Pero cómo van a poder vivir?

–Este es el problema. Carmelina dice que ya sabe dónde encontrar trabajo inmediato: en un taller de costura. Afirma que pagará a doña Aurora el valor del arriendo y que ella se hará cargo de todo. Además, confía en el montepío. Es valiente, Carmelina. Por lo menos, lo dice. Lo que es yo pienso que todo puede arreglarse después. Pero bueno, ¿no piensa usted, Eugenia, ir a vivir con sus hermanas?

–Nunca.

–No quiero preguntarle lo que le ha ocurrido. Si es usted feliz, está bien.

–No sé si soy feliz, pero no quiero ver a nadie de mi familia. Usted comprende...

–Claro, Eugenia, comprendo. La felicidad consiste en inventársela para uno.

Eugenia lo miró sin hablar. Caía la noche. Ninguno de los dos quería despedirse. Continuaron hablando de esas pequeñas cosas con las cuales Eugenia construía su mundo. Después de un momento de silencio, de búsqueda en sus pensamientos, Eugenia le pidió que la dejara. Hizo detener el automóvil a algunas cuadras del departamento en que vivía. Se tendieron las manos. Él pronunció por dos veces seguidas un «hasta pronto». Ella se despidió silenciosa, grata, reconciliada un poco con la vida que llamaba, en veces, insoportable.

Al entrar, Carlos Álvarez la esperaba.

–¿De dónde vienes? Hoy casualmente que vengo a comer contigo y a invitarte unos tragos, no te encuentro y no hay ni un plato de sopa que tomar en esta casa… Vamos, dime, ¿a dónde has estado metida?

–Paseando.

–¡Mientes!

La tomó de los hombros, clavándole las miradas en el rostro. Se encolerizó.

–¿Me has oído? ¿Sí? Responde: ¿a dónde has estado? Tienes que responderme. De mí no te burlas, ¿entiendes? ¿Te crees que lo hago porque me importa mucho? No es eso: puedes estar con todos los hombres que te dé la gana, pero me lo tienes que decir, ¿oyes? ¿Con quién has estado hoy?

–Con nadie.

–¡Te repito que mientes, Eugenia! No me acabes de calentar, porque te va a pesar.

–No seas necio. Te digo que no he estado con nadie. Déjame tranquila.

–Tengo derecho a preguntarte y tu deber es contestarme y decirme la verdad. Hasta has estado comiendo de mi plata. Dí-me-lo… ¡Dime! O me dices o te…

La tenía asida por las muñecas. Ajustábalas brutalmente hasta producir dolor.

–Capaz eres. No te creo tan canalla.

–¿Canalla, dices? Bien dicho, imbécil. Es lo que necesitas. Es lo que hace falta a todas las mujeres como tú. ¡Palo! ¡Toma! ¡Toma!

La abofeteó en ambos lados de la cara. Eugenia cortó la respiración, hizo los brazos atrás y tendió la cabeza. Después, sin una lágrima, temblorosa, agitada, con un tic inevitable en los labios, tomó su cartera para salir.

–Espera. Así no te vas a ir… Trae acá esa cartera.

Se la arrebató, abriola y extrajo de ella unos sucres y la coqueta que un día le había regalado.

–Ahora, sí, vete, desgraciada. Te cogí muerta de hambre... Como una rata de medianoche... No te vas a llevar nada de lo mío. Allí tienes tu ropa, tus cuatro trapos: llévalos para que te cubras tus inmundicias. Te irás como te encontré, ¿sabes? ¡Nada de lo mío! ¡Nada! ¡Ni la mitad de un centavo! Anda a morirte de hambre. Anda a acostarte con los choferes: te pagarán un sucre o te harán perro muerto. ¡Rata! ¡Rata sucia! ¡Lárgate a ver si te reciben en un burdel!

VI

No es aquélla la misma ciudad. No son las mismas rayas blancas de las calles ni los colores de las casitas de juguete. Ni la luz es tan clara ni la voz se va elevando con la misma tesitura delgada. Los altos tacos resonantes no trajinan por aquí. No vuela con la brisa, que es otra, la muselina ligera de los trajes.

Tiene Guayaquil un collar de amarillo sordo, roto en el frente por el río, que le aprieta la garganta. Se mueven ajustadas las mantas negras y las faldas largas de color ceniza. Y las zarazas coloradas avetadas en blanco, relucen almidón sobre los cuerpos jóvenes. El ancho pantalón campanudo de los zambos apenas si se agita rozando el polvo. Y en las tardes, las guitarras afinan quejidos varoniles.

Las casas cañizas jamás están derechas. Las chinganas se abren con olor a frituras. Y las malas palabras corren libres por las calles empolvadas o lodosas. Tras una puerta de carbón, se prepara el bebistrajo infalible para los males de amor. El bisbiseo se sale por las hendijas con una entonación de alta estatura. Las paredes, empapeladas con revistas gráficas, no esconden secretos al vecino. No hay un solo par de ojos que no miren de firme y que no platiquen al mirar.

En una de esas callejuelas que forman la espalda de las avenidas, y que, en torno, toman a la ciudad por el cuello, encontrábase el departamento en que ahora vivían Carmelina y Ana Luisa. Era una sola casita, cuyas paredes de madera y zinc estaban pintadas en gris sucio. Por ese lado de la calle no había otra construcción: junto al pequeño edificio, seguía la cerca de caña del solar, y más allá, hacia el oeste, divisábase la Estación del Ferrocarril a la Costa. Venía, desde los manglares del Estero Salado, con la baja marea, la pestilencia del lodo podrido. Algunas cuadras al este, se iniciaba el pavimento, pero el tranvía pasaba muy cerca y los inconvenientes del invierno podían subsanarse bastante bien. Además, para la época de los grandes aguaceros, un sendero guijoso defendía de los lodazales. Y por suerte, había luz eléctrica en todas las habitaciones.

Durante los diez o doce primeros días, todo transcurrió normalmente. Carmelina salía a la calle a las siete de la mañana, minutos antes con frecuencia, y llegaba al taller a entregarse a la costura hasta las once. Retornaba después del almuerzo, a la una, y volvía a casa después de sonadas las seis de la tarde. El trabajo lo había conseguido, según lo esperaba, de inmediato, sirviéndose del nombre de la tía, antigua conocida de la patrona. Pero ese horario, sólo duró tres días: al cuarto, gestionó trabajo extraordinario y lo obtuvo. No requería estar más en la casa, que Ana Luisa tenía muy limpia, dándose tiempo para la cocina y los demás menesteres domésticos, incluso el lavado de ropa.

Era la patrona una de esas mujeres que llaman de sangre ligera. Alta y gorda, la cara blanqueada por líquidos de factura desconocida, caminaba de uno a otro sitio, vigilando las puntadas y dando órdenes con la voz de campanilla dulce que se gastaba. Hasta una docena de operarias había. Se confeccionaba allí vestidos, sombreros y también ropa interior, así se tratase de cosas finas. En las ventanas, un letrero indicaba: Taller de Modas, y, más abajo, en letras algo pequeñas, se leía Tarjelia Antepara, modista.

Doña Tarjelia contaba ya muchos años en el negocio, del que se ufanaba cuando decía a alguna cliente:

–Yo le hice el vestido de novia a la señorita fulana.

Verdad o mentira, allá se las entendía doña Tarjelia. Y era de verla en los afanes de tomar medidas y sugerir modelos, moviendo su grasa con extraordinaria agilidad, tan hábil cortadora como parlanchina, maestra en los chismes de sociedad y otros manejos inherentes a su oficio.

–¿Sabía que se desbarató el matrimonio del doctor Palacios? ¿No? Pues así me lo han asegurado… dicen
que…

Afinaba la voz en descenso y dejaba, como quien no quiere, caer la confidencia en los oídos curiosos de la parroquiana.

El taller, sito en la calle Luque, esquina de Boyacá, estaba instalado en un departamento bajo, con dos ventanas voladas de rejas verdes y contaba con tres piezas a toda luz para el trabajo. Las habitaciones interiores eran, como decía, particulares y vivía en ellas con la única compañía de una chica de doce o trece años, que había criado para su servicio. En cuanto a la comida, llegábale en portaviandas de un hotel, pues aquello de cocinar no rezaba entre las artes de doña Tarjelia.

De la mañana a la tarde sonaban las máquinas sin descanso, cose que cose, a rítmica velocidad, vibrantes, apuradas, con algo de esa ternura doméstica con que, en las noches de vela, las madres hacen los uniformes para el colegio. Daban los hilos vertiginosas vueltas en los carretes maravillosos, se movían las tijeras de vez en vez, abriendo los picos de gallaretas y las telas se extendían vírgenes y fragantes. En un pequeño espacio, se hacía la costura a mano y los bordados. Aquí se imponía el silencio: los dedos ágiles y los ojos agudos y enrojecidos llenaban el espacio, igual que millones de menudos trozos de vida libre. Los cuerpos desaparecían como difuminados en planos remotos. Y de repente, como un milagro, aparecían las finas camisas de legítima seda, los cuellos espumantes, los adornos para sombreros, el microscópico punto de ojo, las vaporosas curvas de los hombros de pliegues.

El trabajo se pagaba a destajo. Este fue el origen de los apuros de Carmelina, puesta en el primer día a pegar botones. Obtuvo un sucre y veinte centavos. Al día siguiente, insistió en que tenía un montón de años cosiendo, que no sabría de cortes nuevos, pero que, desde pequeña, se había entendido con las tijeras y la aguja, aunque fuera en el campo. Lo

demás, ese sistema de tanto alzado, que doña Tarjelia no perdonaba, le era oneroso. Y entonces pidió trabajo extraordinario.

–Pero hay operarias antiguas y hábiles.

–Sí, señora, pero yo también llegaré a ser muy hábil y ninguna tiene las necesidades que tengo yo. Ya le he contado.

–Bien, haremos la prueba. Quédese desde hoy.

Con lo que su salario ascendió hasta tres sucres y en veces hasta tres cincuenta. Como no seguían las reglas del sábado inglés, sólo el domingo era el día malo, pero Carmelina llevó trabajo a casa y aunque lo hacía despacio, a grandes reposos, entraban a su presupuesto algunos centavos más.

Uno de aquellos días, terminaban de comer, listas para acostarse, cuando golpearon la puerta.

–Anda a ver, Ana Luisa. Debe ser una equivocación. A estas horas…

En la puerta, Ana Luisa lanzó un grito:

–¡Eugenia! ¿Tú? Entra, hermanita. Pase, pase, doctor. ¡Creí que no te iba a volver a ver más en la vida! ¡Entra!

Carmelina se adelantó. Abrazó a Eugenia, mientras le decía:

–Pero, ¿qué ha sido de tu vida? Dimos parte hasta a la policía. ¡Qué barbaridad! Cuéntanos…

Ana Luisa, los ojos húmedos, no dejaba las manos de Eugenia.

–¿Te imaginas que yo me iba a quedar con la tía, después de todo lo que me dijo y de lo que yo había pasado? Tenía que irme… –respondió Eugenia.

–Pero, ¿a dónde has estado metida, criatura?

–No tanto como criatura. Carmelina. He trabajado.

Miró al médico y calló.

–¿Ha trabajado? ¿En qué?

–¿Quieres saberlo? Pues bien, ¡de sirvienta!

–¡Cómo! ¿Tú? ¡Pero qué horror! Eugenia, Eugenia, tú eres loca… ¿Qué te propones en tu vida?

–Ahora no sé. Antes, me proponía comer… Pero eso es cuenta mía. Si no te gusta…

–Calma, que no hay motivo alguno para alarmarse. No es ninguna vergüenza –intervino el doctor–. Ha estado trabajando, efectivamente, de

sirvienta, y yo no veo nada de malo en ello… Eugenia estaba desesperada… El trabajo es siempre el trabajo. Ya pasó: eso es todo.

Eugenia y el médico se miraron. Ella con gratitud: él riendo de satisfacción. Lo había buscado en su casa cuando la echó Carlos Álvarez y simplemente le había pedido que la llevara donde sus hermanas.

–Bueno –dijo Carmelina–, supongo que habrás salido de ese empleíto y que vendrás a quedarte. Donde comen dos, comen tres.

–Te equivocas. Yo trabajaré. No vengo de caridad. Ya tú me conoces, Carmelina. He venido porque me encontré con el doctor, que es tan bueno con nosotras, y él me contó lo de la pelea con la tía Aurora. Entonces, resolví venirme a vivir con ustedes. Entre tres, siempre será más fácil.

–Naturalmente, yo mismo se lo aconsejé a Eugenia –agregó el médico.

Se dijeron pocas palabras más, despidióse el doctor, Ana Luisa cedió la mitad de su cama hasta el día siguiente en que pondrían en ejecución ciertos planes de utilizar la madera de unos cajones, y pasaron, así, la primera noche, comentando, antes del sueño, el disgusto con doña Aurora.

En la mañana, Eugenia conoció mejor la casa. La pequeña escalera, de cuatro escalones, conducía a la primera pieza, en la que se veían dos sillones viejos de esterilla. Una mampara de vidrios rotos daba acceso a la segunda habitación, que no tenía más que dos camas, la una de fierro, de alta corona para el toldo, y la otra hecha de madera, a pocos centímetros del suelo, y una silla. Venía luego un angosto corredor, en cuyo centro veíase una puerta que ocultaba el baño de ducha, con piso de hoja de lata y el servicio, excusado. Más al fondo, al terminarse el corredor, un reducidísimo espacio, con una mesa sin pintar en el centro, tres sillas, otra mesa contra la pared que hacía servicio de aparador, y un poco más al fin, la cocina. Cada cuarto tenía, aunque sin pantalla, su bombillo de luz eléctrica y se podía vivir en ellos. La mugre de las paredes había desaparecido en partes, gracias a los esfuerzos de Ana Luisa, y una que otra tabla del piso mostraba los huecos de la polilla o las quemadas de cigarrillo de los anteriores inquilinos.

Cuando Carmelina se disponía a salir. Eugenia, ya vestida, le dijo:

–Voy contigo.

–Te he dicho que voy al taller, al trabajo.

–Justamente por eso, Carmelina. Espero que también haya trabajado para mí.

–¿Para ti, Eugenia? Ni lo pienses… Tú nunca has sido una gran costurera que digamos. Además, no hay una sola vacante.

–¿Y quieres decirme cómo fue que tú conseguiste?

–Doña Tarjelia conoce a la tía Aurora y le hice creer que la tía me había indicado. Y, sobre todo, hay que tomar en cuenta que llegué en el momento oportuno, cuando habían despedido a una por inútil.

–Espléndido, Carmelina, a lo mejor hoy han botado a otra.

–No seas necia, Eugenia. Ese no es trabajo para ti.

–¿Lo crees así? Yo no. ¿Qué te parece?

Carmelina no tuvo más remedio que acceder. Mientras discutía, Eugenia se empolvaba la cara y se ponía rojo en los labios. Diose un último toque a los cabellos y se encontró en la calle.

–Doña Tarjelia –comenzó diciendo Carmelina en cuanto llegaron–, ésta es mi hermana Eugenia... Se ha empeñado en venir, por más que ya le ha dicho que no hay trabajo. No es mi culpa. Doña Tarjelia.

–Señora Tarjelia, cuánto gusto de conocerla... ya mi tía Aurora me había hablado mucho y muy bien de usted, y tenía tantas ganas de tratarla personalmente... Estoy a sus órdenes –insinuó.

Doña Tarjelia la contempló a sus anchas. La vio, dulce y tierna, con la cabeza inclinada, sonriente, ofreciéndose... Sus miradas viajaban desde los pies a la cabeza de Eugenia. Sonrió satisfecha y, con el mejor tono de voz que pudo hallar, le dijo:

–Muy bien, muy bien... Así están las cosas hoy día: hay que trabajar. Si quiere, puede quedarse desde este momento. Entre. Espéreme en esa silla. Después de un ratito le daré instrucciones.

Carmelina contemplaba la escena con la boca entreabierta. No dijo una palabra. Marchó a su puesto y empezó a trabajar. En cambio, Eugenia se sentía feliz.

Giraron para ella los carretes. Enhebró las agujas de más finos ojos. Se adormeció con el rumor silencioso de las máquinas. Quedó marcado en su dedo la señal profunda del dedal. Metió las manos, con placer, en la intacta fragancia de las telas nuevas. Y sus pies se movían, ya sin esfuerzo, en los pedales engrasados. Rítmicos, veloces, apurados, como las ruedas, como los carretes maravillosos, como los dedos ágiles, como los hilos que caminaban en zig-zag nerviosos y apretados.

Un día entre tantos, doña Tarjelia llamó a Eugenia:

–No se vaya todavía... Espérese un momentito... Tengo un trabajito para usted, un trabajito especial... Hágame el favor de quedarse... Un trabajito especial.

Y movía el redondo índice en el aire, mientras guiñaba un ojo, costumbre que tenía con el buen humor que con tanta frecuencia le salía de las carnes regordetas.

Carmelina, fastidiada, se marchó. Eugenia esperó cerca de una hora. De vez en vez, rauda, como llevando los pies en volandas, acercábase doña Tarjelia y le recomendaba, muy amablemente, paciencia.

Entre las siete de la noche, cuando la última obrera había salido, entró un mozo, con fino traje de hilo blanco encima y el cabello lustroso de lociones de alto precio.

–Doña Tarjelia, buenas tardes. Vengo por el vestido de mi hermana.

–Ay, señor Zavala, ni sabe la mala noticia que le tengo… Ha sido imposible para hoy. Hágame el favor de disculpar, pero mañana sin falta estará listo. Precisamente, la señorita tenía ahora que hacer algunos detalles para el vestido. ¿No se conocen? El señor Vicente Zavala…

Vicente Zavala se pasó la mano por el cabello y se acercó a saludar a Eugenia. Decíanse las frases acostumbradas en estos casos, cuando fueron interrumpidos por doña Tarjelia:

–Me perdonan un momentito… Vuelvo enseguida… A la chica que tengo no la puedo dejar sola, porque para perezosa se las vale… Voy adentro a ver qué está haciendo. Zavala, entonces, se apartó de Eugenia y dijo:

–Antes tenemos algo que arreglar, señora Tarjelia. Eso de la cuenta, usted sabe…

–No se preocupe. En fin… Oiga, don Vicente –le dijo en voz baja–, y es de buena familia la muchacha…

Movió la cabeza lentamente, con aire abacial, y se alejó a pasitos menudos por el corredor.

Como doña Tarjelia tardase en volver, Vicente Zavala desenvolvió, como un maestro, su delicada conversación de hombre de mundo. Terminó invitándola a comer, lo que rehusó Eugenia, sin negarse a que la condujera en automóvil a la casa. Al verla llegar así, Carmelina lanzó todas las preguntas posibles sin obtener nada de Eugenia, que se limitó a responder:

–Mira, Carmelina, soy tan mujer como tú y sé lo que hago. No te inquietes tanto por mí.

Sacó un cigarrillo de su cartera y lo prendió. Hizo la boca en forma de pito para exhalar el humo. Aspiraba
ávidamente. Carmelina, sorprendida, le habló de que las señoritas estimables no fuman, a lo que Eugenia, sonriendo, sólo repuso:

–Estaba que me moría de ganas. Mucho tiempo no he fumado… No tenía un real… ¿Quieres?

Después, a Ana Luisa le contó la verdad sobre Vicente Zavala. No había nada de malo. Claro que él habíale galanteado, pero ella comprendía que deseaba divertirse un poco, y eso era todo. Pronto, Zavala se aburriría y allí quedarían las cosas.

Pero no fue así como quedaron las cosas. A la tarde siguiente, Zavala volvió al taller. Y ahora, presentando a Carmelina, repitió su invitación a comer, con la amable ayuda de doña Tarjelia, que se esforzaba en hacer resaltar los méritos de un caballero como don Vicente.

Aceptaron y resolvieron buscar a Ana Luisa. En la calle, un amigo esperaba. Era Francisco Pereira, empleado cesante de la administración pública, quien pasaba sus ratos olvidando preocupaciones en compañía de Vicente Zavala, su viejo amigo.

Se sirvieron la comida en un restaurante de barrio, cuyo propietario, un chino, había, ostentosamente, colocado a colores iluminados, en la entrada, unas grandes letras de su país, y, en las cartas del menú, bautizado con nombres extraños los platos del día con el consiguiente recargo de los precios. Instalados en un saloncito reservado, Vicente Zavala dirigía la conversación, con alegres ocurrencias y dulces miradas para Eugenia. Carmelina, con aire distinguido, creyó del caso dar a saber quién era y de qué familia procedía. Habló de su padre, el valeroso teniente del Viejo Luchador, de las sagradas glorias familiares y de esos tiempos maravillosos que pasaron para no volver.

–Me alegro y la felicito, Carmelina. Yo soy liberal –dijo Zavala.

–Por eso tiene un buen empleo –anotó sonriente Francisco Pereira–. Lo que es yo…

–No vuelvas, Francisco, a las discusiones sin otro motivo que tu resentimiento.

–Bien sabes que no es así. Yo estoy sin empleo porque no soy liberal. Es decir, por no serlo me cancelaron. Afirmar esto no es discutir, me parece.

–¿Y qué es usted? –preguntó Carmelina.

–Socialista.

–¡Ay! Por la facha no lo parece… Siempre he sabido que los socialistas andan mal vestidos y sucios… Pero, oiga, aquí no cabe el socialismo.

–Exacto, es lo que digo –se aprovechó Zavala–. Fíjese usted en la historia de este país, en su futuro, en su nacionalidad. Si los marxistas fueran sinceros, convendrían en que la etapa histórica y económica ecuatoriana no puede acomodarse a reformas exóticas.

–Nunca te he dicho lo contrario. Pero es que tampoco hay tal liberalismo. Nosotros, de haberlo, lo apoyaríamos. Es una farsa, Vicente, y tú lo sabes. Revolución democrática no se ha hecho nunca en el país.

–¿Y Eloy Alfaro? –apuntó, los ojos vivos, Carmelina.

–Alfaro fue un caudillo, fue el luchador, pero sus reformas no llegaron al pueblo, no fueron continuadas, la realidad no se transformó radicalmente… Alfaro peleó… Los demás no hicieron más que hablar, y hablando se han pasado cuarenta años… Discursos, frases, romanticismo roñoso, palabritas

y, en el fondo, un profundo desprecio por las clases populares. Esta es la verdad.

–No digas tonterías. Allí está la reforma legislativa de Plaza, que es todo un monumento.

Francisco echó atrás la cabeza y miró de hito en hito a su amigo. Esbozó una sonrisa.

–¡Qué reformas! Con Alfaro mismo empezaron… Recuerda sólo el Congreso de 1905. ¿Para qué sirven reformas de ley, sin aplicación ninguna a la realidad? Es la mayor insinceridad que conozco. La ley, la ley, una gran celestina para no hacer nada. Los privilegios han seguido, las leyes se han escrito en el aire sin consulta alguna con la verdad ecuatoriana. El indio y el montuvio continúan esclavos, bestias productoras, sin capacidad de consumo. Aún heredan las deudas y se venden como objetos. ¿Es esto la ley? ¿Liberalismo eso? Eso se llama disolución de un partido que no ha cumplido sus programas. En el fondo, los liberales son tan reaccionarios como los conservadores, sus enemigos ultramontanos. Simplemente, se han disputado el poder por el poder en sí. La prueba es que no hay un solo liberal de los que mandan, hombres del club, y de iglesia casi siempre, que no tenga sus simpatías y decisión por el fascismo. ¿Quieres más contradicción?

–Ve, Francisco dejemos esto. Supongo que no es muy entretenido para las damas. Ha habido errores, es cierto, pero no es todo como tú lo pintas. Ya surgirá algún liberal que pueda arreglar, poner orden, administrar…

–Ojalá. Y que haga doctrina, carne de verdad. Si ese liberal llegara, Vicente, yo no tendría razón de volver a culpar al partido, pero todo lo que he dicho es la verdad y el pasado no se borra fácilmente… Bueno, mira, sírveme un poco de vino. Dame, hombre, de tu vino liberal. Eso es. Me has hecho hablar tanto, que tengo seca la garganta. Ni tú ni yo, después de todo, vamos a componer esto…

Ana Luisa escuchaba atenta las palabras de Francisco. Y cuando terminó la comida, ya en el automóvil en el que paseaban, dejó que sus manos fueran acariciadas por ese joven discutidor y agresivo. Eugenia rechazaba a Vicente, que muy cerca de sus oídos le hablaba como un enamorado. Y Carmelina, recta y seca, pensaba en que todo se hallaba revuelto y en desorden por culpa de las ideas que habían venido de Rusia.

Poco más de la medianoche sería cuando quedaron encasa las hermanas. Se comprometieron al despedirse, para encontrarse después de pocos días. Luego, entraron silenciosas, cada una rumiando sus problemas. Se desnudaron a oscuras. Un breve «hasta mañana» las separó totalmente. Y entonces, libres, sin la atadura de las cosas triviales, sus cabezas se perdieron entre las rutas inverosímiles.

Carmelina tenía los ojos abiertos y las manos en el pecho. Y lo acariciaba con las maneras sabias de un mendigo… Un ligero temblor en los labios le llegaba al corazón como una súplica. El marco de la puerta se delineó entre las sombras. Lo miraba sin saber por qué… Poder escapar por algún sitio, poder libertarse, poder encontrar una salida… Debía tener los ojos

nublados, pero no quería cerrarlos. Tal vez adentro de los ojos le asaltarían, como antes, las formas extrañas de la pesadilla. Y volverían a martirizarla las manos largas, los vórtices oscuros, las bocas sangrantes, los instrumentos puntiagudos y bárbaros… O si no, tendría en su delante el cadáver de su padre con los ojos vacíos clavados en su pecho…

Creyó que el marco de la puerta se movía. Si en todo hay vida, sólo en mí se ha parado, se dijo sin palabras. Y entonces, violentamente, se echó de bruces. Las manos engarfiadas ajustaron la almohada y allí, como en un cráneo blando, clavó la boca sin dejarla exhalar ni un ronquido.

Estaban sentados frente a frente. Hacía varios minutos que no decían nada. El silencio pesaba como una viga sobre la nuca. Por decir algo, Vicente repitió las mismas palabras.

–¿Por qué tardará tanto Eugenia?

–Quién sabe. Es medio alocada. Usted la conoce.

–Me dijo que a las diez estaría aquí. ¿Está usted segura que salió con Ana Luisa?

–Sí. Fueron a comprar lo que usted le había encargado para el paseo. Ella misma se empeñó.

Vicente Zavala miró su reloj.

–Van a ser las once de la mañana. Estamos perdiendo lo mejor.

–Lo siento mucho. Así es el carácter de ella: nada le importa: es incorregible.

–Dice que me quiere cuando está de buen humor. Y en otros ratos, se comporta como si yo la aburriera… Como usted dice, su carácter es muy fuerte, algo extraño.

–Lo compadezco, Vicente. No hay comprensión. Es que siempre se le ponen ideas muy raras.

–Así es.

–Por desgracia…

–A veces, no sé qué hacer. Pienso que mejor sería terminar con esto. Es amargarse la vida a diario. No hay ninguna amistad entre Eugenia y yo, ni ella hace nada por acercarse a mí. Es muy desagradable.

–Pero, ¿qué quiere que yo le diga, Vicente? Usted lo ha querido… Lo entiendo muy bien. Ella tiene juventud… Pero no sólo en el cuerpo se halla todo… En cambio, fíjese, nosotros somos amigos, nada más que amigos, y nos entendemos maravillosamente. Tenemos hasta las mismas ideas. Yo no tengo más que mirarlo, y ya sé su pensamiento, siempre franco y exacto.

–Evidente, Carmelina. Somos buenos amigos. Sólo que yo soy alegre, y usted anda siempre como enferma,
triste…

Carmelina bajó los ojos. Le temblaron las pestañas. Luego los fijó en Vicente.

–¿Cómo puede ser de otra manera? Usted es inteligente… Usted comprende… Me siento abandonada, como un trasto viejo… Y no soy tan vieja, Vicente, no soy tan vieja… Tengo tanta amargura en el alma, que no puedo ocultarlo.

–Hay que sobreponerse.

–Lo sé.

Volvieron a callar. Vicente Zavala contemplaba la calle. Carmelina lo miraba. De pronto, suspiró fuertemente y se mordió los labios. Estaba pálida. Vicente se acercó.

–¿Qué le pasa Carmelina?

Inquieto, le tomó una mano. Carmelina sintió que su vieja angustia se apretaba en la garganta. Rompió a llorar. No era sólo en el alma: el pecho, lo sabía bien, le temblaba y le dolía. Se arrebató de súbito y llevó la mano varonil a los labios. La besó repetidamente, fuera de sí, empapándola con lágrimas.

–Carmelina, por favor, cálmese…

Vicente retiró las manos.

–Perdóneme, Vicente, perdóneme… Es que no puedo… No está en mí. Yo… Usted ve lo que soy… Insignificante… Y de repente siento que me desbarato… Como un terremoto… No sé… Nadie… Ni una mirada, ni una mirada para mí…

Los sollozos le impidieron seguir. Hasta que fulminante, acezando como un animal perseguido, con voz ronca, cerrando los ojos, se lo dijo:

–¡Lo quiero, Vicente! ¡Lo amo! Siempre esperando… Llegó usted… Me parece que hace muchos años… Tanto tiempo junto a Eugenia, y yo… ¡Yo! El campo, el trabajo, la hacienda, el taller, toda la vida lo mismo… Ni un hombre en mi vida. Y no se puede… Ni siquiera pienso en la muerte, porque me da miedo, un miedo tremendo de morirme… ¡Quiero vivir! Sentir que todos los días hay una siembra en mi corazón y que no soy seca y amarilla como las sábanas… Saber que mis labios tienen sabor a mujer… Saber que mis manos son tibias… Saber que a mis oídos llegan palabras nuevas y frescas… ¡Hasta los animales, Vicente! ¡Hasta los animales!

Se detuvo. Él, en silencio, la miraba. Carmelina desvió los ojos contra las paredes.

–¡Sea bueno, Vicente! Usted lo es, usted lo es. Lléveme… Lo he soñado tantas veces… A pesar del frío de la noche, a pesar del miedo de quedarme muerta de repente… ¿Sabe usted lo que me pasa en las noches? Se me va pegando la oscuridad a mi cuerpo y llego a sentirla sobre mí como la piel resbalosa y húmeda de un pescado sin escamas. Entonces, no me puedo mover. Me lleno de frío. Tiemblo. Me entra por la boca un soplo helado y ni siquiera puedo encoger las piernas… Toda estirada… Es como si cada noche me muriera… Le juro que es horrible… Y si me duermo, me asaltan las pesadillas. Por eso tengo los ojos hinchados. Por eso me levanto apenas amanece a buscar en la mañana el calor de las cosas vivas… Creo que me estoy volviendo loca… Pienso que pude nacer hombre y, si esto fuera mucho, habría sido mejor una vida de perro, de pájaro, de árbol… Mis

mejores horas las paso en el trabajo. ¡Y yo tengo que coser los vestidos de las novias! ¡Con estas manos! ¡Con estas manos, Vicente! ¿No es verdad que no son muy feas mis manos?

Calló nuevamente. Se contempló las manos abiertas, delgadas, huesudas. El sol entraba derecho y las encendía de luz. Después, las estrujó como un trapo recién lavado... Vicente, despacio, le dijo:

–Carmelina, hay que tener calma... Lo que usted me ha dicho me deja desconcertado... Es tremendo... Es
necesario que...

Hizo silencio y miró hacia la calle. Velozmente, le advirtió:

–Viene Eugenia. Pronto, entre usted a arreglarse. Que no note nada. Por favor, Carmelina, dese prisa.

Ella se alejó sin decir una palabra. Eugenia y Ana Luisa entraron a la sala, alegres, conversando a gritos y diciendo que se habían tardado porque las tiendas estaban cerradas por ser domingo y habían tenido que caminar una barbaridad. En pocos minutos, todo se halló listo. Vicente fue a llamar de un teléfono vecino a Francisco Pereira, que debía venir con el automóvil. Y partieron al campo.

Almorzaron bajo un árbol, sobre el agua turbia, al borde de un barranco. El automóvil había entrado hasta el ramblizo, ahora seco, que dejara la última avenida del invierno. Se veía pequeñito, abajo, ladeado, brillante al sol. Carmelina arrojaba piedras al agua y contaba los círculos sin hablar. Vicente discutía con Eugenia del mal humor que de repente acusaba. Y Ana Luisa, con Francisco Pereira, hicieron un aparte y no se ocuparon de nada. Ardían las ramas secas bajo la olla azul. El humo ascendía liviano a perderse entre las altas ramazones. Y desde arriba, desde el filo de esa tierra colorada, se advertía titilar en el fondo del agua las pequeñas micas de la restinga. En veces, el efecto se perdía con las piedras que arrojaba Carmelina. Tuvieron deseos de mojarse los pies. Descendieron y tomaron fotografías con el agua a la rodilla.

Por la noche, volvieron a encontrarse para comer. Buscaron un sitio con música y bailaron.

Carmelina no quitaba los ojos de Vicente, dedicado a la bebida. Eugenia lo seguía sin reparo, bebiendo licores fuertes y fumando. Entre el humo y el alcohol, olvidaba las cosas pasadas: un calor nuevo y fuerte la invadía y ese calor –lo sabía muy bien– era la vida que un día pretendió quitarse. Se rió. Y luego, echando atrás la cabeza, se dirigió a Vicente:

–Oye, mi hijito, ¿no sabes que yo quise matarme?

–¿Qué dices?

–Lo que oyes. ¡Qué imbécil fui! Me tragué un poco de veneno. ¿Te imaginas cómo sería eso? ¡Ja, ja! Pero no te vayas a creer que fue por un hombre. Hubiera sido el colmo de la idiotez. Ustedes no merecen tanto. Todos, principiando por ti, son unos canallas...

–Has bebido demasiado.

–¿Sí? ¿Y eso qué? ¡Ja, ja! ¡Tiene gracia! Dame otra copa. Así, llénala bien, mi hijo… Y después, ya sabes, mi vida… Bailemos, ¿quieres?

A las dos de la madrugada, irrumpió un tropel de hombres. Cantaban y pedían algo que cenar. Tomaron asiento al frente. Sonaban las palmas de las manos, gritaban a toda voz, y uno de ellos, con andar vacilante, se acercó a la mesa de Zavala, diciendo alegremente:

–Voy a bailar. Para eso hay mujeres.

De pronto, se detuvo frente a frente a Eugenia, abiertas las piernas, las manos en los bolsillos. Se rió anchamente y se puso a gritar:

–¿Qué haces tú aquí? ¡Rata! ¿Estas son tus hermanas? ¿Las buenas hermanitas formales? ¡Las tres ratas
juntas! ¡A ver! ¡A ver, compañeros! ¡Vengan a bailar con las tres ratas! ¡Yo se las presento! ¡Yo!

Vicente y Francisco se levantaron a castigar al insolente. Pero Eugenia, pálida, mordidos los labios, intervino, tomándolos del brazo.

–Por nada de este mundo, Vicente. No quiero, ¿entiendes? No quiero. Deja a este desgraciado. Vámonos.

Y luchó hasta que logró salir con todos a la calle. De la puerta, volvió la cabeza, airada, los ojos agudos, y desapareció.

Se habrían alegrado mucho con la noticia de no haber ocurrido tantas cosas malas en los días pasados. El Congreso Nacional acababa de votar la suma de ciento ochenta sucres mensuales como montepío para las herederas del comandante Parrales. Lo habían leído en los diarios, nada menos que en segunda página. Todo estaba listo. El decreto había sido sancionado por el Ejecutivo y se le daba la publicación de ley. Ana Luisa, que era la primera que ordinariamente tomaba el periódico para luego dedicarse a la preparación del desayuno, fue la que entró a la alcoba diciendo entusiasmada y con el diario en la mano:

–¿No saben? ¡Aquí está! ¡Ya salió la cosa! ¡Nos han dado ciento ochenta sucres mensuales! Hay que ir ahora mismo donde el Gobernador a darle las gracias y a preguntar cómo se hace para cobrar. Lean, lean… No, mejor, oigan, que les voy a leer…

Ni Carmelina ni Eugenia tuvieron demasiadas palabras de júbilo. Sobre todo, Carmelina permaneció silenciosa. Al cabo de unos minutos, dijo:

–Yo iré en la mañana. Pediré permiso a doña Tarjelia. Vistámonos, Eugenia, que se nos hace tarde.

Pocos días después, con el cobro de la primera pensión, se hicieron vestidos nuevos y Eugenia se trabajó un sombrero a la moda, por cuyo modelo suspiraba desde que lo vio en la cabeza de una dama distinguida, en el

taller de doña Tarjelia Antepara. Lo llevaba con gracia, plano y sobre la frente, marcando aún más las delgadas líneas del rostro y esa recta nariz que acentuaba la agudeza bravía de los ojos. Entre la comisura de los labios se le había prendido una leve sonrisa, y sabía, algo dulce y algo tirana, ladear la cabeza como en las pinturas.

De las tres hermanas, sólo Ana Luisa vivía contenta. Carmelina y Eugenia rumiaban en silencio sus penas.

La primera, desengañada y rencorosa, no quería hablar de nada. Eugenia, ofendida, se perdía en conjeturas de su destino. Desde aquel domingo del paseo campestre, Vicente Zavala no había vuelto más. A los tres días, Eugenia recibió una nota, que decía:

«Sería inútil entrar en explicaciones. Para ti y para mí es mejor terminar esta historia. Me queda en los labios un sabor de aventura y un poco de gratitud por tu preferencia. Pero ya nos sobran las palabras. Cualquier día amanecerá para nosotros de nueva manera. Adiós, Eugenia».

Eugenia no comentó. Sólo, al enseñar la nota a Ana Luisa, expresó:

–Está bien. Lo esperaba.

Carmelina comprendía la razón del alejamiento de Vicente. Sus angustias no le dejaban reposo. A veces, se decía por consolarse que la causa había sido el encuentro con ese insolente que las había insultado... Por culpa de Eugenia. Si sentía un poco de odio, rezaba. Pero no podía evitarlo: le venían las malas ideas como un aluvión incontenible, con malestar físico, con apreturas amargas en el corazón.

En cambio, Ana Luisa, feliz, seguía sus amores con Francisco Pereira. No se veían al comienzo en presencia de las hermanas, pero ellas lo sabían. Se encontraban en la calle. Nada había mejor para Ana Luisa que escucharlo. Se prendía de sus palabras como de juguetes bonitos, imaginándose que las veía, que las podía palpar.

–Me encantas cuando me hablas, Francisco.

–Y tú, cuando callas. El silencio en ti es grave y dulce como el de las playas solitarias: sólo el viento, sólo el agua rompiéndose en estrellas menudas y un grito inmenso que no se escucha nunca porque es siempre el mismo, sin comienzos y sin ruidos.

–Te quiero.

–Ya lo sé. Yo también te quiero. Y todavía, cuando algún día ya no me quieras, cuando el tiempo que he pasado a tu lado me parezca la medida de lo increíble, yo seguiré queriendo tu recuerdo y buscaré, en mis sueños, el agua mansa de tus ojos.

–Eso no pasará nunca, Francisco.

–Tal vez. Lo perdurable no radica en tu amor a mí sino en ti misma. Lo aprehendí entre mis dedos y no puedo soltarlo. Viajaré con él por todas las

rutas, y mi corazón, sin nunca más una soledad, hecho racimo o canto, andará más que los caminos no descubiertos y llegará más lejos que el paso de las cosas desconocidas.

No había momento de positivo dolor para Ana Luisa. Ahora, en las noches en que no se veía con Francisco, leía los libros que él le daba y después ya podía responder a sus palabras. Y cuando vislumbró que la verdad era tan ancha como los sueños, creció firme a buscarla y olvidó las cegueras de su vida.

El acontecimiento más grave que ocurrió por aquella época fue el fallecimiento de la tía Aurora. Se murió de repente, con alguna dolencia del corazón. Las tres hermanas, apenas lo supieron, visitaron la casa y pasaron en ella la noche del velorio. No experimentaron más emoción que la que inevitablemente se produce en presencia de la muerte. Doña Aurora, en el salón, tenía la cara de cera y parecía dormir. Ambas manos en el pecho sostenían un crucifijo de marfil sobre las ropas negras. Las llamas de las velas caían sobre su rostro. Brillaba un poco la seda del vestido. A primera vista, se tenía la seguridad de que el ataúd era en exceso grande para su cuerpo. Pero luego, como no se le veían los pies, se llegaba a suponer que se trataba de una falsa idea y que era cuestión de que se estirara un poquito y podría tocar el borde. Sólo que doña Aurora ya no podía estirarse más, y entonces las reflexiones que ocasionaba su muerte se limitaban de por sí. De vez en cuando, Carmelina se acercaba con las tijeras a cortar las mechas de las velas y la esperma derramada. De soslayo, miraba hacia el cadáver y tornaba a sentarse en su delante. No podía desprenderle los ojos. Sufría la impresión de que, si dejaba de mirarla, la tía Aurora se iba a sentar, y escucharía su voz, su vieja voz arrugada. Aquella con la que relataba las épocas de gloria, la carrera de su marido, los pleitos que ganaba como gran abogado que era, el empleo de Intendente de Policía en tiempos del General Alfaro, cuando había que salir a batirse en media calle en el barullo del cierrapuertas. Ella misma, varonil, le ceñía el sable cuando era menester. Porque el doctor Fierro se había hecho otorgar un grado militar que sólo usaba cuando era Intendente. Doña Aurora conversaba de estas cosas con palabras llenas de pausas reflexivas, sentenciosa, grave, los ojillos brillantes de orgullo... Carmelina sentía miedo de que de pronto sonaran esas palabras en el salón. Y miraba al cadáver sin desviar los ojos un instante. Eugenia y Ana Luisa, un poco más lejos, sentían la fatiga de la postura inmóvil. Susurrando, Eugenia dijo a su hermana:

–Es como si todos nos hubiéramos muerto.

Después del entierro, ninguna de las tres se atrevía a decir lo que pensaba. Sólo transcurridas algunas horas, Eugenia tuvo el valor de hacerlo:

–Bueno, estamos que nos pica la lengua y no decimos nada. ¿Qué habrá de la herencia de la tía Aurora?

–No sé. Pero ya nos avisarán.

–Habrá que buscar a su abogado.

–Me parece. En estas alturas, no podemos quedarnos así no más...

–¿Cuánto tendría la tía?

–¡Quién lo va a saber! Por lo menos, le quedaba la casa y alguna otra cosa. Tal vez tendría sus papeles de valor… Ya lo sabremos pronto.

Sin embargo, doña Aurora no les dejó un centavo. No se lo pudieron explicar. Su pequeña fortuna quedó ligada a obras de beneficencia. A ellas, las desconocía completamente. Eugenia, mordaz, se burló:

–Ahora sólo nos queda ponernos a buscar marido…

–¿Matrimonio? ¡Qué esperanza!

Se desataron en comentarios por el hecho inaudito. La memoria de doña Aurora fue profanada por algunos días, pues lo menos que la llamaban era injusta y avara.

Y como no había nada que lo impidiese, las tres hermanas continuaron saliendo con amigos. Carmelina decía hacerlo con desgano, pero se acostumbró a ello. Experimentaba como una fuga a sus preocupaciones. Y en el fondo, le renacían esperanzas. Acaso algún día encontraría a un hombre bueno, maduro, capaz de darle felicidad. Nadie podía imaginarse el tesoro de bondad y de abnegación con que ella lo mimaría… Ana Luisa invitaba a Francisco, quien ya se atrevía a juntar con Eugenia, aunque ninguna responsabilidad le legaba por la ausencia de Vicente Zavala. Y si Ana Luisa alguna vez se divertía sin él, en compañía de otros amigos, Francisco no veía nada de malo en ello. Para Eugenia, las noches de alegría eran de entusiasmo extraordinario. Y nunca le faltaron guapos amantes con quienes disputar.

Ya en el Guayaquil de la jarana eran famosas las tres hermanas. El mote con que Carlos Álvarez las había señalado corrió de boca en boca. Era frecuente, después de las comidas abundantes, escuchar este corto diálogo:

–¿Qué hacemos ahora?

–Vamos a buscar a las tres ratas.

Y las tres ratas –aseguraban– eran de lo mejor para la farra.

Sólo Carmelina no hacía comentarios después de las fiestas. Eugenia se las pasaba recordando todos los detalles, riéndose, criticando, en alegre plática con Ana Luisa. Ya no trabajaba en el taller. La única que tenía resistencia física bastante para seguir trabajando, no obstante, las noches de jarana, era Carmelina. Además, tenían lo necesario con el jornal de Carmelina, la pensión de montepío, y para trapos abundaban los regalos de los amigos.

–Nosotras –decía Carmelina con frecuencia– tenemos montepío porque mi padre peleó el Noventa y Cinco.
Somos de una familia liberal.

–Por eso son tan demócratas– comentaba alguno queriendo ser gracioso.

–Todo cambia su poco. Pero en el fondo somos las mismas. ¿Qué fuera del país y de nosotras sin la doctrina liberal?

En estas palabras, Carmelina encontraba su placer.

VIII

Ya no soñaba en las noches calurosas, tejiendo a punta de deseos, esas cosas maravillosas de su carne. Ya no permanecía en el balcón, las luces apagadas, mirando la lluvia empañar los focos de la calle y envolverlo todo como en un polvo de magia. El viento le rozaba la cara y las sombras caminaban elásticas, lentas, vaporosas. Caía el agua directamente en sus oídos. Ella, entonces, inventaba canciones ocultas. No. Ahora era distinto. Se dejaba caer con todo el peso muerto de sus brazos. Las ideas le llegaban con dificultad. Cuando se incorporaba, le dolían las articulaciones y se perdía luego tras de la puerta de la alcoba a sostener su nueva lucha con el miedo.

Sobre todo, esa noche no juntó los ojos. En la madrugada, prendió la vela que tenía sobre la silla, en la que dejaba la ropa al desnudarse. Despertó a Ana Luisa:

–Oye, oye, ¿sabes qué hora es?

–¿Cómo quieres que sepa? ¿Para qué me despiertas?

–No sé. Eugenia no llega todavía y son las cuatro y media de la mañana.

–¿Y eso te llama la atención?

–Es que… Tú sabes que pueden haber pasado cosas malas… Desde que ese hombre llegó…

–No te preocupes. Duerme.

–¿Dormir? ¿Dormir? Imposible, Ana Luisa. Me ahogo. Temo algo muy grave: el corazón se me quiere salir por la boca. Tengo que prender la luz, tengo que prender la luz, ¿entiendes? Sin luz no puedo estar ni un minuto más. Es

absurdo. Es perfectamente idiota. No sé para qué hay necesidad de dormir sin luz. ¿Por qué razón?

–Pareces una chica.

–¡Cállate! Chica… Estoy cansada de oírte decir eso… No te permitiré ni una palabra al respecto… Ni una sola… Ni la mitad de una… ¿Es por decirme vieja, so majadera? Todavía no soy tan vieja. Yo trabajo, yo me friego todo el día. ¿Qué sería de ustedes sin mí? ¿Ah? Claro, ya sé que te burlas de mí con Eugenia. La vieja, la jamona, la solterona… Como ustedes parecen papel de moscas para los hombres, yo debo ser una idiota.

–Bien sabes que yo no. Y si Eugenia lo hace, es porque sufre. Tú no la comprendes. No sirves más que para estar echando a la cara que trabajas. ¿Yo no trabajo también? ¿Quién cocina? ¿Quién lava? ¡Ya me tienes harta con eso!

–No te hagas la ingenua tú también… ¿Crees que yo soy una criatura? La niña virtuosa, ¡bah! Si tanto quieres a Pereira, no deberías salir con amigos. Para lo que te importa Pereira. Es la compañía de Eugenia la que te pone así. Pero, ¿por qué demonios no vendrá Eugenia todavía?

–Bueno, no hablemos más. Déjame dormir.

–Dormir… Duerme tú, si puedes. Yo no tengo sueño. Me duelen los ojos cuando los cierro… Y tengo miedo. ¿Oyes? ¿Tú nunca tienes miedo en las noches? Estoy segura de que, si ahora cierro los ojos y me duermo, no me despertaré nunca más, nunca más… Tengo frío… Es como si ya mismo… Pero no, no quiero decirlo, no debo decirlo… Mejor es que me calle. No debes, Ana Luisa, ser tan indiferente. Yo no puedo morirme todavía… A ustedes mismas les haría falta. ¿Ah? ¿Verdad que sí?

–Pero, ¿quién habla de morirse?

–Nadie, nadie, yo no he dicho ninguna palabra. Nada. Te digo que nada. Es por gusto… Pero déjame la luz prendida. No te levantes a apagarla. No la quiero apagar. No la quiero apagar por nada… ¡No me discutas, Ana Luisa!

–Pero si yo no te estoy discutiendo.

–Déjame con mis ideas. Son mías… No tienes por qué meterte en lo que no te importa… Eso sí que no te lo permito. Son mis ideas y me da la gana de tenerlas.

–Ay, Carmelina, ya vuelves con tus cosas. Yo no te digo nada. Lo único que te pido es que me dejes tranquila.

–Si nada te hago, si nada te digo. ¡No puedo callarme! ¡No puedo callarme! ¡No puedo!

Carmelina lanzó un grito tremendo. Comenzó a temblar con las manos enlazadas en el pecho, torciendo los dedos y moviendo ágilmente la boca como si le ardiera.

En ese momento, entró Eugenia. Llegó paso a paso, detúvose en la puerta de la alcoba y miró con ojos redondos a las hermanas.

–¡Eugenia! ¿De dónde sales?

No respondió. Se le cayeron los brazos y lentamente se fue escurriendo por el marco de la puerta hasta caer al suelo con un golpe seco.

Cuando aquellos asuntos de litigio familiar fueron liquidados satisfactoriamente, Ernesto Carbo renunció a la Jefatura Política de Daule y vino a establecerse de nuevo en Guayaquil. No tenía mayores cosas de qué ocuparse. Mejorada notablemente su renta, era del caso descansar, se decía. Por cierto, que continuó asistiendo a las sesiones políticas que, de vez en vez, se celebraban en una junta liberal radical de barrio. Lucía allí sus dotes oratorias, preparándose para futuros acontecimientos que no dudaba habían de producirse. Dos o tres noches por semana, comía con amigos y se iba de picos pardos. Una cana al aire, y ya contaba con algunas en la cabeza. Cierta noche, en plena jarana, se encontró con Eugenia. Se acercó a saludarla.

–Eugenia, cuánto gusto de verte.

–¿Tú aquí, Ernesto, tú aquí?

–Sí yo, el mismo. Quiero hablarte.

–¿Tienes todavía algo que decirme?

–Siempre tengo algo que decirte a ti, Eugenia. Pero, vamos, antes, ¿cómo has estado? ¿Bien? Me alegro, Eugenia, me alegro inmensamente. ¿Podemos hablar?

Eugenia vaciló un instante. Luego, con palabras lentas, respondió:

–Estoy a tus órdenes.

–Gracias. Despídete de tus amigos. Será mejor que salgamos.

Así lo hizo Eugenia. Afuera ya, ocuparon un automóvil. En los primeros momentos, no se dijeron nada. Ernesto rompió el silencio.

–Te fuiste sin decirme adiós.

–No hacía falta.

–Tal vez para ti. Para mí, fue muy distinto.

–No seas farsante.

–No lo soy. Fuiste mía porque me quisiste y te quise. Tal vez ya no nos queremos. No lo sé bien. Pero te puedo asegurar que he experimentado una gran alegría de verte.

–Me has dicho que viniera contigo porque querías hablarme. Todavía espero oír lo que tengas que decirme.

–Tengo tantas cosas que decirte, Eugenia… Tú sabes… No hay ninguna prisa… Tu actitud conmigo es injusta… Tan alejada, tan… ¿Fumas?

Se acercó a darle fuego. Le iluminó el rostro y le fijó las miradas como solía hacerlo en el pueblo. Despacio, movió el fósforo entre los dedos, se reclinó en los cojines del automóvil y continuó:

–Las cosas han cambiado, Eugenia. Mi situación es casi brillante. Perdona que te hable así: ¿quieres pasar unos días conmigo? Tal vez nos quedemos juntos para siempre.

–Debes haberte vuelto loco.

–¿Vienes?

–Nunca.

Ernesto se juntó más a Eugenia. Tomó su mano, acariciándola dulcemente. Ella se dejó hacer. Le habló suave, como en las tardes montuvias al pie del viejo árbol de mangos. Le recordó el sabor de la hierba húmeda y el olor a nidos de pájaros que guardaba en los cabellos. Volvió a pasar por los caminos rojos, por el filo del abrevadero de las bestias, contemplando el vuelo de las garzas sobre los dilatados potreros… Sin darse cuenta en qué momento, Eugenia sintió sus labios apretados en los de él. Se doblegó mansamente.

–Me quieres, Eugenia, me quieres.

–No sé.

–Sí, me quieres. Tienes el mismo sabor en tu boca, y ése es tu amor.

–Te vas a reír, pero lo que tengo es sabor a trago.

–¿Has bebido?

–Naturalmente.

–¿Quieres hacerlo hoy conmigo?

–Si tú quieres…

Desde aquella noche, se encontraron todas las tardes entre las siete. A las ocho y media, comían juntos, a veces bailaban en algún restaurante y luego se dirigían al departamento de Ernesto. Eugenia no pretendía analizarse. Había algo superior a sus fuerzas que la ataba a él. A momentos, creía odiarlo. Pero en su presencia, se enturbiaban sus miradas, perdidas en la contemplación de ese rostro viril, sometida por esas palabras que la tornaban fresca como en las remotas mañanas de la finca.

Sus hermanas lo supieron y se lo censuraron. Sobre todo, Carmelina la aburría con diarias reflexiones, a las que Eugenia contestaba:

–Es que lo quiero. Es el único hombre que he querido. Es difícil olvidar.

Y le era extraordinariamente fiel.

En dos meses, las cosas empezaron a cambiar. Ya no se encontraban todos los días. Muchas ocupaciones, decía Ernesto. Eugenia no se atrevía a plantear el rompimiento definitivo, el que veía llegar sin remedio. Comprendía que él se lo hacía entender, pero no encontraba fuerzas. Empero, un día se lo dijo:

–Tú ya no me quieres.

–No sé por qué lo dices.

–Me lo estás haciendo notar a cada rato.

–Es imposible, Eugenia, que ande prendido a tus faldas continuamente. Ten un poco de comprensión.

Disputaban a diario. Se alejaban con pretextos baladíes. Hasta que Eugenia tomó ánimos y le habló seriamente:

–Es inútil que pretendas engañarme. Te portaste conmigo como un canalla... Bastante daño me has hecho ya. Sé sincero. Todo lo sé muy bien.

–¿Qué es lo que sabes, Eugenia?

–No hace falta decirlo. Separémonos. Tú lo deseas y yo siento que debo hacerlo cuanto antes.

Ernesto calló unos minutos. Lentamente, con palabras
pesadas, la voz gruesa, le dijo:

–Está bien. Hace días que no me hablas de otra cosa que de tus desconfianzas conmigo. Todo para llegar a esto. Pienso que tú lo quieres... Hagamos una cosa.

–¿Qué?

–Separémonos en buena armonía. No hay por qué pelear. Seremos amigos. Posiblemente, así nos entenderemos mejor. Tal vez nos volvamos a encontrar. ¿Quieres despedirte hoy de mí? Comamos y divirtámonos un rato.

–Bueno. Me es indiferente.

Fue una velada fría. Ernesto trataba de romper las distancias que los separaban, pero era inútil. Eugenia apenas si respondía con monosílabos. En veces, demostraba una alegría forzada. Luego caía en prolongados silencios. Bebieron mucho. Después de la medianoche, Eugenia, casi ebria, reía con escándalo.

–Me gusta que estés alegre. Eres una gran mujer.

–Alegrísima Ernesto. Soy una idiota: muriéndome por ti, que no me quieres. Pero, ¿sabes?, te voy a dejar de querer prontito, ya mismo verás. Bueno, sírveme otra copa. Te aseguro que es el día más feliz de mi vida. Me buscaré otro para que me haga olvidar. ¿Te crees que no me buscan? Puedo encontrar a los que quiera. Hay mucho que escoger, mi hijo.

–No lo dudo. ¿Otra copa?

–Todas las que quieras. Me gusta el trago. A tu salud, Ernesto.

A las dos de la mañana, dejaron el bar. Se dirigieron al departamento. Ella, súbitamente silenciosa, se dejó caer en la cama. Él, sin desnudarse, se sentó a su lado.

–Es inteligente separarse así. Propio de gente de cultura. Me encanta, Eugenia, te lo aseguro. No hay que tomar las cosas tan a lo serio.

–¿Quieres callarte?

Y de repente, se puso en pie de un salto. Poseída de fiebre, comenzó a registrar los cajones del velador, de la cómoda, del ropero.

–No hagas eso, Eugenia. No quiero. No tienes derecho.

–Déjame. Es la última vez que estoy aquí.

Lo revolvió todo. Él, mordiéndose los labios, no se atrevía a impedírselo. De pronto, ella empuñó un retrato.

–¿Es por ésta que me dejas?

–Sí –respondió, colérico.

Entonces, Eugenia, descompuesta, escupió sobre ese retrato y lo rompió. Un segundo tuvo los pedazos en las manos engarrotadas. Luego se los lanzó al rostro.

–¡No tienes derecho para eso! Esa es una mujer decente… ¡Imbécil! Te portas como una ramera vulgar… Por algo te dicen la rata Parrales…

Eugenia contrajo la boca. Temblaron las aletas de su nariz. Se hincharon sus ojos como para reventar. La crispadura de sus manos se aguzó. Le subía en el pecho la rabia sorda y cruel. Tropezaron sus brazos con el cajón abierto. Por un instante, la mancha brillante de la pistola de Ernesto le pasó por las miradas. Los labios ajustados, blancos, balbuceó:

–Si me vuelves a insultar de…

–¡Calla! Sólo eres una…

Y le aventó el tremendo insulto como una pedrada.

Eugenia se estremeció. No vio nada. Los ojos saltados, la barba recogida, estirados los tendones del cuello en un esfuerzo doloroso, tomó la pistola y disparó.

Cuando Ernesto cayó, ella ni siquiera escuchó sus palabras:

–Me mataste, Eugenia.

Quedó espantada. Arrojó la pistola al suelo. Levantó los brazos, abrió los dedos como tenazas y lanzó un grito agudo, penetrante, la boca abierta y temblando. Sentíase paralizada. Al fin, cubriéndose los ojos con ambas manos, llegó a la puerta y huyó.

Iba por las calles tropezando. Despavorida. Y no podía volver la cabeza. Sentía unas manos de hierro que se lo impedían. El viento de la madrugada ceñía sus ropas con una vaga sensación de cuerda que se ajusta. Era el mismo viento que le secaba la garganta hasta ahogarla. El mismo que le ardía en los ojos. El que, pecho adentro, le dolía como agujas frías. Se detuvo. Rodeó un estante con las manos. Lo oprimió contra los senos palpitantes. Lento, lento, fue dando la vuelta, con todo el cuerpo, la boca pegada al cemento helado, hasta que pudo ver hacia atrás. Luego, tornó a caminar. El movimiento de sus piernas era como para ascender. En verdad, las calles tenían una gradiente oscura que, en veces, brillaba con los focos amarillos. Nadie transitaba. Pero cuando escuchó el rodar estridente de las carretillas de los lecheros, se arrojó contra la pared y comenzó a estirarse como una sombra. Así continuó un rato. Pensaba vagamente en lo que había hecho. Pretendió correr. Sólo lo hacía en las bocacalles. Al entrar a los portales, caminaba sin hacer ruido, procurando perderse en el silencio, perderse de todo, de sí misma. El grito de un voceador de diarios la azotó. El cielo empezaba a estar azul. De súbito, se apagaron las luces. Vaciló. Tambaleándose, arqueada, con pasos desiguales, continuó su camino entre las manchas grises de los estantes.

Llegó, por fin, los cabellos sobre el rostro, húmeda la frente, un agudo dolor en las entrañas. Era justamente debajo del pecho donde lo sentía como una mordedura. Se aplastó contra la puerta, palpándola con esas manos de piedra que tenía… Y después, cuando logró hacer entrar la llave, caminó despacio, deteniéndose a cada golpe del corazón, hasta que sus ojos secos y templados tuvieron que cerrarse, a la entrada de la alcoba, frente a la llama pequeñita y ágil de la vela.

IX

Adoleció gravemente Carmelina y tuvo que ser conducida al hospital. En los primeros días, la asistió en casa el doctor Jacinto Ramírez, el antiguo médico y amigo de la señora Aurora, cuando ésta aún contaba sus historias. Ana Luisa fue por él y le informó. Eugenia, sin fuerzas, se hallaba agitada, llorosa, enmurallada en un silencio de piedra, las miradas vagas, los miembros flácidos. Cuando le dijeron que Ernesto Carbo no había muerto, no quiso creerlo.

–Tienes que haber muerto. Yo lo sé. Yo lo vi.

Pero la herida no había tenido consecuencias importantes. Le practicaron una operación para extraerle el pequeño proyectil, que no le había comprometido ningún órgano vital. La policía tuvo poco que hacer. Rindió su declaración sin acusar a Eugenia, explicando que, al limpiar el arma, se le había disparado. En poco tiempo, estuvo sano. Sólo que al charlar con los amigos se ufanaba de que una mujer quiso quitarle la vida por celos. Desnudábase el pecho, mostrando la cicatriz.

–Aquí me pegó el balazo. Fíjate.

Luego, su imaginación describía a esa mujer maravillosa y fatal, que tanto se había enamorado de él. Guardaba celosamente su nombre, dando a entender que se trataba de una dama de alta sociedad, que todo lo había sacrificado por amarlo.

–¡Qué mujer! –repetía–. Mala suerte en el fondo… Cualquiera hubiera dicho que quien debía haberme pegado el tiro es el marido… ¡Ja, ja! ¡Qué le vamos a hacer!

La enfermedad de Carmelina se había desatado con violencia a partir de aquella madrugada, cuando supo la tragedia. Sin que se lo preguntaran, Eugenia, vuelta en sí exclamó:

–¡Lo maté! ¡Lo maté! ¡Yo!

Sus palabras hicieron el relato, con lentitud, entre sollozos, con largos y angustiosos silencios. Un poco incoherente aún, contaba como a saltos. Y ahora, ya no le quedaba nada, nada de qué agarrarse… Lo quería. Sentía por él un amor capaz de todos los sacrificios, de todas las audacias… Y nada de qué agarrarse… Lo había perdido… Y hasta físicamente experimentaba la sensación de anudar las manos en algo… Después, Eugenia calló. Nada rompía su silencio. Se pasaba las horas tendida en el lecho, inmóvil, celosa de sus pensamientos y de sus lágrimas. Las pocas veces que se ponía en pie, sus débiles piernas la conducían con dificultad. Su andar era de convaleciente: vago, vacío, lento. Una de esas tardes, dijo a Ana Luisa, como echando de sí un estorbo:

–Oye, ¿por qué habré hecho eso? ¿Por qué me pasarán a mí estas cosas?

–Te comprendo, hermanita. Somos muy desgraciadas. Pero debes calmarte. Fíjate que, en medio de todo, has tenido suerte: Ernesto Carbo está bueno y nadie se ha enterado.

–No puedo olvidarlo, Ana Luisa. No sé lo que me pasó. No vi nada. Él mismo estaba como envuelto en humo. Debo haber estado demasiado borracha. No sé. Me dio vueltas todo el cuarto. No me di cuenta. Sentía odio, rabia, qué sé yo. Y despecho. ¡Qué horrible cosa es el despecho! Es lo peor… El ruido del balazo me devolvió la conciencia. Y después, Ana Luisa, ese grito ahogado de Ernesto: ¡me mataste! ¡Y dicho por él! No le pude ver la herida. Cayó con las manos en el pecho. Me clavó los ojos llenos de un miedo espantoso… Debe haber sufrido mucho… Pobrecito… Y yo, estúpida, me eché a correr. Ni siquiera le dije una palabra ni le pedí perdón… Cobarde… Soy una canalla… Soy lo que él me dijo que era, Ana Luisa… Tenía razón.

–No digas eso.

–Es verdad. Soy una degenerada… Una infeliz… no me importa nada absolutamente… pero te juro que sufro. Nadie como yo, nadie como yo sabe lo que es esta angustia y este deseo de mirar recto. Me lo callo. Levanto la cabeza, y me la hunden. Cuando hablo, una palabra interior me desmiente… Y cuando pienso, yo mismo trato de ofuscarme para no perderme del todo… Para no llegar a la conclusión verdadera, la única… Perdida, perdida para siempre, Ana Luisa. ¿No te das cuenta de lo tremendo que es?

–Tenemos que salvarnos, Eugenia.

–Tú sí, quieres a un hombre y él te quiere. No has sido más que de él. No tengas otro en tu vida. No se trata de una mojigatería. Es que te irá mejor así. Préndete de ese cariño, que te hará feliz. Pero yo, ¿qué puedo hacer con mi corazón? ¡No me sirve para nada! Es como un trapo inútil que todo el mundo manosea… Yo…

Los sollozos la interrumpieron. Lloró como hacía muchos días no lo lograba. Convulsivamente, se torcía y clavaba el rostro en la almohada. Luego se incorporó.

–Y ni siquiera es posible seguir llorando. ¿Qué vamos a hacer ahora? Voy a ocupar el puesto de Carmelina: tenemos que comer. Tal vez Carmelina se muera ya…

Después de las palabras de reproche y de asombro, Carmelina entró en delirio. Tendía los brazos, tratando de rechazar algunas cosas monstruosas que la amenazaban. Rió como loca. Lloró. Se contorsionó, estremecida de pavor. Y luego, un ronquido amargo en el pecho y las palabras incoherentes que repetía… Cuando vino el doctor, la examinó atentamente, interrogó a las hermanas, se enteró de las crisis de cólera, de esas ausencias mentales, de los momentos de exaltación; movió pausadamente la cabeza y dijo:

–Creo que podrá salvar. No lo sé bien. Pero aquí no puede seguir. Esperemos, sin embargo, una semana. Lo observaremos. Espero que, con una recomendación mía, la recibirán. Me temo que resulte indispensable. Después será demasiado tarde.

Él mismo la condujo cuando llegó el día señalado. Carmelina, con fiebre alta, sumida en sopor, no se daba cuenta. Entre dientes, una sola vez dijo:

–No me lleven al manicomio. No estoy loca, no. ¿O es que…?

–Nada de eso. Va usted conmigo. Tiene un poco de fiebre: eso es todo.

–¿Quién es usted? Yo lo sé bien: me quieren asesinar… Son mis hermanas, mis propias hermanas… ¡Dios
mío! Oiga, acérquese, que le voy a contar… ¿Sabe? Creen que yo tengo mucha plata, que la tía me ha dejado todo… Y quieren heredarme… Eso es, eso es… Pero ya verán, ya verán. Ha de venir mi papá y les va a pesar, les digo que les va a pesar… Cuando venga…

Pasaba el automóvil por frente al cementerio. En lo alto del cerro, se enderezaban las cruces blancas como un asiento de gaviotas. Al lado el otro cerro desgarrado por la dinamita enseñaba sus huecos amarillos… Un poco más allá, el Cementerio Católico, blanco, con su avenida de palmeras y la piedra de los mausoleos, levantaba sus últimas bóvedas brillantes al sol de mediodía, como una arquitectura de huesos humanos. Del otro lado del camino, las bajas casas cañizas reventaban la luz. Las tienduchas invadidas por las moscas tenían a la puerta ramos de flores para venderlos a los parientes de los muertos. Un niño desnudo, con el vientre hinchado, miraba hacia los cerros, señalando alguna cosa extraordinaria. De repente, al pasar el ruido fragoso del tranvía, echó a correr introduciéndose por una cortina mugrienta y desgarrada.

Se distinguía el Hospital General. El primer pabellón, el: «Calixto Romero», aislado, sembraba las ventanas de rostros pálidos de tuberculosis. Parecían cabezas de cartón colocadas allí como una propaganda sanitaria. Alguno se movía, y entonces se tenía la impresión de que era algún soplo de viento que lo agitaba.

Un espacioso jardín había de por medio. Y luego, el cuerpo principal del edificio y la parte nuevita del cemento armado. Allí se detuvo el automóvil y descendieron todos. Eugenia había permanecido en casa. Entre el doctor y Ana Luisa, bajaron a Carmelina. Atravesaron la gran puerta de hierro. A la entrada, el doctor dijo unas pocas palabras. Siguieron. Ana Luisa portaba una maleta con la ropa de su hermana. Un inmenso patio en el centro, y al fondo la iglesia, tenían por delante. Algunos enfermos paseaban al sol, inclinados sobre los bastones. Y de vez en vez, el ágil y menudo paso de una monja atravesaba la luz, cortando con las alas blancas de la toca el pesado aire de la hora.

Tomaron a la derecha. Cruzaron dos cuerpos más del edifico. Frente a una pequeña escalera se detuvieron. Carmelina pidió descanso. Luego treparon esos escalones anchos, torcieron de golpe hacia la izquierda y entraron a la sala.

Cuarenta camas en doble fila. Cuarenta camas que por efecto de perspectiva se juntaban al fondo, en forma de abanico, por los pies. Cuarenta camas blancas y rectas. Cuarenta cabezas pálidas y tristes. A los lados de la entrada, los cuartos para el médico y los estudiantes. Algunos enfermos se incorporaron al paso de los que entraban. Otros ni siquiera abrieron los ojos. Al final de la sala, un biombo, y detrás la cama reservada. Nada había dicho el doctor a las hermanas, pero eso se llamaba media pensión. Las otras camas eran gratuitas. Por lo menos, Carmelina iba a poseer unos siete metros cuadrados y el biombo la protegería de las miradas curiosas. Llegó, sobre la punta de los pies, una monja.

–Esta es la enferma, madre. Le ruego la mejor atención. Se la recomiendo especialmente. Ya le he advertido. Yo vendré a diario. Aquí tiene la receta. Cada dos horas, una copita. Y estas inyecciones, que me las tenga para mañana en la mañana.

La dejaron sola sin que se diera cuenta. Ana Luisa le había desnudado y puesto la camisa recién planchada. Corrió las sábanas sobre su cuerpo y, de puntillas, abandonó la sala tras el doctor. Regresaría al día siguiente.

Cuando le administraban la medicina, la recibía maquinalmente, convencida de que era el doctor o las hermanas quienes la atendían. Tornaba a cerrar los ojos, se movían sus labios unos instantes y otra vez se olvidaba de todo. Pero a las seis de la tarde, despertó. Abrió los ojos. Los hizo girar por ese pequeño espacio. Sentóse en la cama. Despacio, con lentitud extrema, fue acercando el oído al biombo. Tenía los ojos redondos y la boca entreabierta. Aguaitó por las hendijas. Se ahogaba un poco. Latíale tan fuertemente el corazón, que lo escuchaba dar martillazos en las costillas. Se llevó la mano al pecho para detenerlo, apretando la boca. Lo cogía, sí, lo cogía con las manos, pero no podía aquietarlo. ¿Cómo hacer? Estoy agonizando, se dijo. Eso es, y late tan duro porque no quiero morirme. Me deben haber envenenado ya... Esa copa que me han estado dando... Le brillaron los ojos enrojecidos por la fiebre. Volvió la cabeza, una ventana estaba abierta. Hizo dos o tres movimientos rápidos, cortos, y se levantó descalza. Despacito, pisando en la punta de los dedos, el cuerpo inclinado, los codos juntos en la cintura, se acercó a la ventana. Aire... Contempló el jardín solitario. Miró atrás: nadie. Sonrió. Llegaré a tiempo, llegaré a tiempo, llegaré a tiempo... Era como un murmullo en la garganta. Torció los ojos y levantó la mano

derecha, con los dedos en forma de acordeón: apenas si enderezaba un poco el índice. Aún vaciló un segundo. Cruzó la pierna desnuda, se sentó en el marco de la ventana y saltó. Permaneció un instante agazapada y temblorosa, hasta que se enderezó y corrió hacia la iglesia.

Iba con los brazos en alto, volando la camisa en la espalda, dibujadas sus piernas y sus pechos, rauda, sin sentir las menudas piedras en las plantas. Al llegar a la puerta de la iglesia, la cogieron. Carmelina luchó, clavó las uñas, pretendió morder. Sus gritos eran dislocados y bárbaros.

Dominada, tuvo un estremecimiento de catástrofe. Quedó rígida, tiesa, apretadas las mandíbulas, cerrados los puños con los pulgares hacia adentro. Así la llevaron al lecho. En muchas horas no volvió en sí. Estaba muerta, positivamente muerta. No respiraba. Su corazón no se sentía y en los ojos se había apagado toda huella de luz. Le dieron masajes, le agitaron los brazos, le colocaron inyecciones de urgencia, la sumergieron en un baño caliente y en otro helado… El cuerpo de Carmelina permanecía tieso y frío.

En la noche, respiró profundamente, y movió los labios. No sabía nada de sí. Las tinieblas le parecieron amables aun con el medio que experimentaba en las noches. Agitó lentamente las manos. Una voz masculina dijo:

–Por fin.

–Ahora hay que dejarle una cuidadora.

–No creo que la crisis se repita en la noche. Sería demasiado: no podría resistirlo.

–Con todo, es mucho mejor que no esté sola.

–Creo lo mismo.

En la mañana siguiente, cuando fue el doctor Ramírez, Carmelina, bastante lucida, le preguntó ansiosa:

–¿Qué es lo que tengo, doctor? ¿Por qué me han traído?

–En cuestión de pocos días estará bien.

–¿Tengo algo en la cabeza? Siento que me duele mucho y vuelvo a veces como de un sueño, de una pesadilla atroz. Debo haber tenido fiebre alta ayer.

–En efecto, un poco de fiebre. Despreocúpese, que su cerebro no tiene nada. Los nervios un poco fatigados. Nada más. Y posiblemente, un fondo palúdico. El reposo le vendrá bien.

–Voy a perder el trabajo.

–De ninguna manera. Eugenia la está reemplazando.

–¿Eugenia? ¡Ah! Cúreme pronto, doctor.

Se presentó la monja. El doctor reclamó las inyecciones. La monja, con los brazos cruzados en el pecho, respondió:

–Imposible, doctor. No hay de esas inyecciones. Tendrá que recetar algo parecido y más barato.

El médico hizo un gesto de desagrado. Escribió una receta.

–Tome –le dijo–, pero enseguida, volando.

–Pero doctor, ¿cómo voy a poder conseguirlo? Ya el señor director se fue y usted sabe que él tiene que poner el conforme a todas las recetas. Habrá que esperar hasta mañana.

–Ya estoy harto de estas cosas, madre. Esto no es hospital ni nada que se le parezca. Por lo menos, supongo que se podrá preparar alguna fórmula en la botica.

–Creo que sí. Yo no tengo la culpa. Son las órdenes…

–Órdenes… Una organización brillante… Bueno, vea, por favor, que tenga yo mañana esa inyección, sin falta. Y hoy, todo el día, hay que darle esta bebida.

Después, al marcharse la monja, el doctor se dirigió a Carmelina:

–No importa mucho. En realidad, no hay ninguna urgencia. A la tarde, vendré nuevamente a verla y yo mismo le traeré unas inyecciones.

–No se moleste, doctor. Esperemos.

–Tengo unas muestras. No significa ninguna molestia para mí, Carmelina.

Llegó un practicante. Hizo un aparte con el doctor y le informó con detalles de la crisis de la víspera, de la que apenas si la monja le había contado ya pocas palabras, la primera vez que la vio a la entrada de la sala. El doctor Ramírez movía la cabeza preocupado. Dejó sus indicaciones, prometiendo volver en la tarde.

Hasta las cinco o seis, Carmelina pasó tranquila. Empezó nuevamente la fiebre con la caída de la tarde. Se quejaba, con ambas manos en la cabeza y poco a poco se fue sumiendo en las tinieblas. La cama se hundía por los pies y tenía que agarrarse de la cabecera. Otra vez el ahogo le impedía respirar. Y millones de luces rojas le caían como pedazos de estrellas en los ojos.

… Corría por el filo de un abismo, en cuyo fondo rugía el mar. Alguien le perseguía. Un soplo helado caía sobre su nuca. Tenía que levantar los brazos para defenderse. La sombra de una inmensa cuchilla pasó sobre su cabeza. Y no podía gritar. Hallábase desnuda, suelto el cabello, corriendo sobre guijarros puntiagudos que hacían sangrar sus pies. Unos perros aullaban distantes. Por el horizonte lejano, trepó, rasgando las tinieblas, una enorme luna colorada. Tuvo la seguridad de que podía llegar hasta ella. Los pasos la perseguían cada vez más cerca. De cuando en cuando, como el ala

de un cuervo, pasaba por sus ojos la sombra de esa cuchilla curva. Entonces, se recogía toda, inclinada la cabeza y un nuevo esfuerzo la impulsaba. De pronto, vio que llegaba al borde mismo del acantilado. Las olas golpeaban abajo. Reventaban tronando, espumosas, en un vértigo incesante. Menudas gotas saladas llegaban hasta su cuerpo, le salpicaban el rostro. Eran gotas iluminadas que se rompían al chocar contra su carne desnuda. Sobre todo, allí en el pecho, le caían por millares. Una vaga sensación de placer la invadió. Iba a saltar. Un solo esfuerzo, un solo grito, un solo impulso de sus piernas de acero, y llegaría hasta ese disco rojo de la luna y allí se abrigaría y dejaría atrás y para siempre todos los peligros, la sombra curva y negra, los aullidos delgados e inclementes… Se inclinó. Echó la cabeza sobre la nuca y saltó. Quedó un instante en el aire, los cabellos erizados de espanto, la carne abierta, los miembros distendidos, los pulmones tensos, la nariz enllagada por el aire helado… Y después comenzó a caer, a caer… No llegaba hasta las espumas del mar, no llegaba nunca. Y la luna roja estaba más lejana. Sentía el agua cerca, tempestuosa despeinada en plateadas estalactitas. Sintió, entonces, que la sostenían dulcemente. Eran brazos, brazos que la columpiaban. Sus cabellos tornaron a asentarse. Ajustó los codos contra los costados. Una tibia embriaguez pasaba por su piel como una leve caricia… Creyó que enormes copos de algodones soportaban su peso… Se torció entera… eran manos, manos suaves como los algodones y ese aliento cálido que la envolvía… Advirtió que buscaban su boca y la ofreció, así húmeda, anhelante… Entonces, abrió los ojos y lanzó un grito inmenso sobre el abismo…

Despertó. Sentada en la cama, siguió gritando, trenzadas sus manos en las sábanas. Algunas palabras de consuelo llegaron a sus oídos. Temblando, azorada, recogida de espanto, balbuceó:

–Era la muerte, era la muerte… La he visto… la he visto. Me quería besar… Aquí… Y me tenía con los brazos… La luna… era… colorada… Pero todavía estaba lejos… Era la muerte… Salió de las espumas… Del fondo del mar… Y no me dijo nada… La muerte… No tenía ojos… Y se reía, se reía… ¡Ja, ja, ja!

Habían dado luz. Carmelina se estremecía en carcajadas mientras sus ojos vertían lágrimas. Después de un rato, ligeramente calmada, suplicó:

–No me apaguen la luz… Por lo que más quieran, no me apaguen la luz… No me quiero dormir…

Calló. Un enfermo curioso sacó la cabeza por el biombo y miró. Sonaron las campanas de la iglesia. Y el viento delgado y ágil golpeó despacito los vidrios de la ventana.

X

Sentía las manos como dormidas. El ruido de las máquinas, el rasgar de las telas, el seco golpe de las tijeras y ese bisbiseo de las operarias con el mismo ritmo de las agujas, la dejaban torpe, soñolienta. La voz dulce de doña Tarjelia la extraía del sopor.

–Ya sabe –le decía– que, cuando sane su hermana, usted también puede quedarse. Siempre habrá trabajo

para usted.

–Señora Tarjelia, muchas gracias, pero eso lo veremos. No me gusta. Ahora lo hago porque es necesario. Se lo agradezco en el alma.

–Porfiadilla... Y con lo bonita que es... Claro, ¿qué necesidad va a tener de dañarse las manos trabajando? A lo mejor se me casa cualquier día...

–¿Casarme, doña Tarjelia? Es una broma muy fina, se lo aseguro.

Doña Tarjelia juntaba las manos, doblaba la cabeza sobre el hombro izquierdo y, con su ancha sonrisa dominguera, replicaba:

–¡Adiós! ¡Qué tiene de particular! Y ojalá que sea gringo... Son los mejores maridos del mundo...

Reía Eugenia. Doña Tarjelia corría a una esquina cualquiera. Y todo permanecía igual, sonando y sonando como una rueda sin fin.

Por esos días, Eugenia había olvidado las fiestas. Encerrábase en casa, sin responder a los golpes que los amigos daban en las ventanas. En veces, se excusaba por enfermedad. Y sólo una que otra tarde, a la salida del taller, a muchas insistencias, aceptó una copa antes de la comida.

–Les digo que estoy dedicada al trabajo. Tengo que levantarme temprano. Y muy mal de salud, se lo aseguro.

–Eso es falta de trago... Pero oye, no me hagas reír, Eugenia. ¿Trabajando tú?

–Ya lo creo. Carmelina está en el hospital. No hay más que hacer. Y me voy, aunque se paren de cabeza. Será otro día cualquiera. Ya les avisaré.

Una tarde de trabajo excesivo. Eugenia salió del taller a las ocho de la noche. Por la misma calle de Luque tomó hacia el oeste. Pocas cuadras más allá, el aspecto de la ciudad cambiaba. Era como si se atravesase por otra distinta. Las casas se achicaban y los solares sin construir mostraban a la luz macilenta las cercas de caña medio derruídas. Al terminarse el pavimento, se sucedían las paredes de zinc, las tiendas de licores baratos, las chinganas, el banquito en la calle, sentado en el cual un hombre de camiseta rasgaba la guitarra, entonando pasillos. A su paso, de vez en vez, le sonaban un beso en el aire y una frase.

–Mamacita linda. Más bonita que la Virgen María vestida de paisana.

Al atravesar al sesgo una calle transversal para salir a la paralela y seguir luego por la de Vélez, justamente al llegar a la esquina, de entre los estantes apareció un hombre que la detuvo.

–Eugenia... ¿A dónde tan de prisa? Permite que te salude.

–¿Qué quieres tú conmigo, Carlos? ¿Te imaginas que puedes hablarme?

–Ya lo creo, Eugenia. Por algo hemos sido algo así como amigos… Es algo muy importante.

–Déjame tranquila. Tú nada tienes que hacer conmigo.

–Creo que sí. Escúchame por lo menos.

–Te repito que me dejes. No puedo perder mi tiempo con gente de tu calaña.

–Déjate de tonterías, muchacha. Te va a interesar mucho lo que voy a decirte.

–Nada de lo tuyo me puede interesar. Sólo eres un canalla ruin.

–Ya lo sé.

–Cínico.

–Descarga, descarga ligero para que te alivies. Así podremos hablar en calma.

Eugenia pretendió caminar sin mirarlo más. Pero Carlos Álvarez se juntó a ella, familiarmente la tomó del brazo y le dijo:

–Mira, chica, se trata de un negocio. ¿Estás resentida por lo del otro día? No hagas caso. Sería idiota que te pidiera disculpas, pero debes comprender que yo estaba completamente borracho. Además, no te he insultado, que digamos. Fue broma. ¿Quién no aguanta una broma? Tú eres una mujer, vamos, una mujer hecha y derecha, corrida, hasta inteligente… Y tú también estabas medio en bomba. Veo que te diviertes, ¿no? Haces bien. La vida es corta…

–Suéltame, majadero.

–No hay inconveniente. Y si te empeñas mucho, estoy dispuesto a pedirte perdón. El haberte llamado rata no es para tanto, hija. Una simple broma.

Eugenia se volvió rápidamente, levantó la mano y lo abofeteó.

–¡Canalla!

Carlos Álvarez hizo una mueca, cerró los puños, se pasó la mano por el rostro. Luego, calmadamente, en sorna, habló:

–¡Caracoles! Veo que lo has aprendido bien. Pegas duro, chica.

–O me dejas, o hago un escándalo.

–Peor para ti. Eugenia. Óyelo bien, peor para ti. Te lo digo de verdad. Va sin broma. Escúchame un par de minutos y me retiro.

–Habla, pero hazlo rápido.

–Bueno, ya esto es otra cosa. Como que te civilizas. Las mujeres tienen su instinto… Bien, en primer lugar, no tienes derecho para tratarme así: he sido tu amante…

–Si eso es lo que tienes que decirme.

–No. No es eso. Pero primero es necesario hablar en términos amistosos. Te repito que no tengo ningún inconveniente en… Bueno, no volverá a ocurrir. Estoy en un apuro, Eugenia.

–¿Y yo qué tengo que ver?

–Bueno, lo del apuro es cosa relativa. No es que tú me vayas a salvar, pero… Pero sí tienes que ver. Yo te encontré un día botada en media calle y te di mi casa y mi comida. Ahora, necesito pedirte un servicio, aunque recompensando.

Eugenia se mordió los labios y repuso:

–¿Cuánto te debo?

–No podrías pagármelo… Pero no se trata de eso. No te echo nada en cara. Simplemente, te recuerdo el origen de nuestras relaciones para que entiendas bien que tengo un pequeño derecho al dirigirme a ti y, sobre todo, para que me oigas con paciencia. Se trata de lo siguiente: he emprendido un negocio muy importante y necesito de tu cooperación.

–No deseo meterme en tus líos.

–Nada de líos. El asunto es claro y bueno. Te voy a contar…

Eugenia lo escuchó en silencio. La voz de Carlos Álvarez le llegaba lenta, con acentos ondulados, acompañada por suaves ademanes de ambas manos. Caminaban uno al lado de otro. Los tacones de los zapatos caían acompasados en los portales oscuros. Él se inclinaba, ahora con la izquierda en el bolsillo del pantalón, la diestra en movimiento acompañada por la cabeza, por el cuello, por su torso doblado a cada paso que daba.

–No sigas. Es inútil. No comprendo qué tengo yo que ver con eso ni en qué podría ayudarte. Y, además, ni
quiero ayudarte ni meterme en nada de lo tuyo.

–Espera un poco. Te ruego que tengas paciencia.

Eugenia calló con un gesto de desagrado. Y cuando Álvarez terminó con sus largas explicaciones, agregando al final un «¿estamos de acuerdo?», vivamente fue respondido.

–Te equivocas. Por nada del mundo. No sé cómo te atreves… Hemos terminado Carlos. Puedes retirarte.

–Un momento más, Eugenia. Aún me queda algo debajo de la lengua…

–No seas tan necio.

–No lo soy y te vas a convencer. Vas a aceptar, Eugenia y vas a aceptar con gusto. ¿Qué pensarías tú si te dijera que conozco muy de cerca a Ernesto Carbo?

Bruscamente, Eugenia se detuvo. Se aceleró su respiración, meditó un instante, cuyo silencio respetó con prudencia Álvarez, y luego, agresiva, dijo:

–No sé qué tenga que ver Ernesto Carbo en ese asunto. No me sigas hablando de él ni de nada.

–Bueno, en verdad, Carbo no tiene nada que ver, digamos, directamente. Cierto, nada, nada. Pero hay cosas, hija, que cuando se saben pueden molestar…

–¿Qué es lo que tú sabes?

–Todo.

–Mientes.

–Te equivocas. No miento. No quisiera hablarte de eso, porque comprendo que te es doloroso.

–Tú no comprendes nada.

–No quiero mortificarte.

–Qué galante…

–Como siempre con las mujeres, Eugenia.

–Hasta para explotarlas, ¿no?

–Dejemos eso a uno lado. Soy hombre de negocios. Cada quien sabe cómo se las entiende. No pretendo explotarte. Te propongo un negocio: eso es todo. Y me vas a aceptar, Eugenia, me vas a aceptar.

–¿Y si te dijera que no?

–Sería ya un principio de tu aceptación. Mira, no quiero hacerte daño y espero que no me obligues a… No hay otro remedio. Lo he pensado mucho ya. Hazme el favor de comprenderme. No te va a pesar.

–No. Definitivamente, no.

–¡Que exagerada eres! Eso de definitivo me suena mal, ¿sabes? No me pongas en el caso de tener que hablarte de ese accidente desgraciado de mi amigo…

–No es cierto, no es cierto. Eres un canalla, un miserable. Conmigo no ha pasado nada… Nada… Te digo que estás equivocado o inventando… Yo

no… Te lo juro… Eres un mentiroso… Él no puede haberte contado… Es una calumnia tuya, de las peores, de las más sucias…

–Mira, Eugenia, contigo no se pueden emplear términos medios. Lo siento mucho. Alguien te sintió subir aquel día. Y en esa época sólo tú subías al departamento. Las cosas son muy claras. Sin embargo, eran entonces sólo sospechas. En esa misma casa vive una chica que ha tenido amores conmigo, ¿entiendes? Todo llega a saberse… Yo le dije a Ernesto Carbo que te había visto subir y él no pudo negármelo.

Eugenia no respondió. Él no quiso agregar una palabra. Cruzó el silencio sobre sus rostros. Apenas si se miraron. Álvarez la acompañó hasta la esquina de la casa. Esperó. Hallábanse parados bajo el poste de luz, iluminados, sagaces, atisbándose… Ella, valientemente sin desviar los ojos terminó la entrevista:

–Mañana te contesto. A la misma hora. En el mismo sitio.

–Convenido.

Carlos le tendió la mano. Mas ella no la recogió, volvió las espaldas y se introdujo en la casa.

Entró con el ceño arrugado, se sentó en la cama, pensativa, inclinada la cabeza, hasta que respondió a las preguntas de Ana Luisa.

–No sé cuándo terminarán éstas cosas –comentó Eugenia–. Parece increíble.

–Sí, parece increíble. Pero debes aceptar, Eugenia.

–¿Pero cómo puedo hacer eso? Con ese canalla…

–Mucho peor es que ese sinvergüenza te juegue una mala pasada. Habrá un escándalo. Hasta te lo publica. No, hermanita, no lo pienses más. La policía… Tal vez… No, no, por nada. Eugenia, ni lo pienses un minuto más. Cuenta conmigo. Ya veremos después cómo salimos del paso.

–Te juro que le hiciera un daño atroz a ese sinvergüenza. Algún día se verá conmigo cara a cara. Lo odio.

–Pobre Eugenia. Somos muy desgraciadas. Y sé que sufres mucho. Nunca te dejaré.

Se abrazaron. Eugenia enjugó las lágrimas que corrían silenciosas y agrias, sin un sollozo, sin una queja. Se negó a comer. Apagaron la luz. Entre las sombras, desvelada, se le ocurrieron las ideas más extravagantes. Hacia la medianoche, se levantó y fue hasta las ventanas. Sintió frío. Luego, alzó la cabeza, musitó unas palabras ininteligibles y se dejó caer en una silla.

Fuertemente inclinado a babor, el pequeño balandro avanzaba cabeceando contra el viento. La única vela se templaba chirriando en las amarras. Y toda la embarcación crujía a cada embate de las olas. Se levantaban negras, bañando la proa con su chasquido de látigo.

–¡Hey, pásame un tarro de los grandes! ¡Hay que achicar!

–Cógelo, que ahí va. ¡Apáralo! ¡Ah, se fue! Por acá
estoy yo haciendo lo mismo.

El agua penetraba por los tablones mal calafateados. Y mientras más se picaba el mar, el agua subía justamente por debajo de las literas, en las cuales tres hombres reposaban. Hacia popa, también hacía agua el barco. Un hombre, con los pies sumergidos, se inclinaba con el tarro, lo llenaba y luego lo vaciaba por la borda. El ejercicio lo defendía del frío. No sentía fatiga.

–Capaz de que nos vamos a pique.

–Mala carne tendrán los tiburones.

–¿Tan de mal genio estás?

–Como de paco… ¿Cuánto falta para llegar?

–Me creo que dos horas. Cuando esté más picado estaremos más cerca.

Zumbaba el viento. El palo tenía un vaivén de árbol como en los fuertes ventarrones de la montaña.

–¡Barajo! ¡Agarra bien esa caña que nos podemos dar vuelta!

–¿No vez que casi nomás me tumba?

–¡Valor tendrás para dejarte!

La noche no permitía verse los rostros. El balandro navegaba a luces muertas. Sólo el instinto del piloto lo guiaba por entre las sombras duras. Jamás erraba el rumbo. Y, además, corría con la marea que había que aprovechar hasta la llegada. De otro modo, todo se hubiera complicado y no alcanzarían puerto en esa misma noche.

–Achica, que entra más agua.

–¿Y eso mismo no hago?

–Más ligero.

–Por aquí el agua está bajando. Saqué bastante.

Un tremendo golpe de mar desvió el timón. El balandro se movió dislocado. Un hombre corrió a la vela. El otro se prendió con todas sus fuerzas de la caña. Gritó el viento como nunca. Las aguas saltaron por la borda con la ceguera de los pescados locos.

–¡Agarra fuerte!

–Ya está. ¡Uuuuy! Tira duro, hermano. Casito nomás me convierto en bufeo. Ni tanta sed que tuviera…

Se enderezó el barco girando sobre sí mismo con la pausa de un borracho. Hundió la cabeza para volver a salir con un largo quejido.

–¿A qué hora saldrá la luna?

–Después de un rato. No seas apurado.

–Mala luna ha de ser, que no viene pronto.

–Ni digas.

Al reventar, las olas se quebraban en menudos pedazos de vidrio plateado. Y salpicaban de luces saltarinas. En la proa, se abrían dos surcos de luz juguetona y borbollante. Y atrás, un reguero blanquecino se perdía en las tinieblas inmensas.

El hombre de popa se sentó sobre el agua, subiendo los brazos tras la nuca. Estaba empapado, pero el frio no le importaba. Prendió un cigarro agachándose entre las piernas. Lo saboreó, lo mascó, mientras tragaba el humo en profundas inspiraciones.

–No te oigo achicar. ¿Te cansaste?

–¿No te dije que ha bajado bastante el agua? Estoy fumando. Ya vuelvo después.

De súbito, el mar creció de agitación. El balandro chillaba entero como para despedazarse. Por babor, el agua entraba a chorros. Llegaron dos hombres más para el trabajo.

–Si no estuviéramos con tanto saco de arena, hubiera sido lo bueno.

–Con tanta carga no nos volteamos nunca.

–Eso digo. Buena barriga tenemos. Pero ten en cuenta, y agárrate duro, zambo, que el meneo va para peor.

–No hay cuidado con estas piernas que Dios me ha dado. Ni un colazo de tiburón me vira.

–Ya tenemos que estar cerca porque la mar se ha puesto loca.

–A lo mejor estamos pasando la rompiente de la punta.

–Ahá.

–Oye, como que me huele a tierra.

–Nariz la tuya para eso.

–Ni afilada, hermano. Por el olfato se entra al cielo…

–Ándate con cuidado con el timón, ¿oyes?

El mar se combaba en tumbos seguidos. La vela mojada se movía nerviosa como aleta en el aire. Los tres hombres que dormían despertaron y tuvieron que agarrarse del filo de las literas para no caer. No dijeron nada. Uno tosió y escupió lejos.

El silencio se envolvió en sí mismo a grandes pausas, entre cabeceo y crujido de la balandra. De pronto, una voz gruesa y poderosa lo rompió:

–¡Amainar! ¡Amainar!

El piloto quebró la caña. Las tinieblas empezaban a endulzarse. Un gran viraje a la derecha dejó en el aire la quilla. La tenue claridad se filtraba, como una intrusa por la noche. Despacio, la vela se desinfló y fue bajando, bajando. Largaron el ancla con ruido amargo. El balandro se fue de estribor por un instante. Luego quedó parejo, moviéndose ágilmente para todos lados.

–Hemos fondeado muy cerca.

–Más mejor para el trabajo. Calamos poco, y podemos tirarnos nomás al agua. Cuando más, al pecho.

Un marinero de proa abitó el cable del ancla. Luego corrió a terminar la faena, adujando la vela con cariñoso cuidado. Después, se alistaron. Había que desembarcar antes del amanecer y esperar en la playa. Tal vez la lancha ya había llegado. Pero nada podía saberse aún. Las tinieblas fugaban. Y en lo alto, apareció la luna. El patrón fue el primero en echarse al agua.

–Está seco. Vamos, largando, para dormir un rato en tierra.

Uno a uno fueron bajando. Llevaban en las manos un remo, con el que golpeaban las aguas, gritando para ahuyentar a los tiburones.

–¡Ahoooo! ¡Ahoooo! ¡Ohoooo!

Avanzaban lento. Emergían ya los cuerpos hasta la cintura. De vez en vez, un golpe de agua los cubría hasta la cabeza. Saltaban ligeros. Al romperse la ola, aceleraban la marcha y no se dejaban tomar por la reventazón. Cuando el primero tuvo el agua a las rodillas, cayó sobre ellos la ceniza azul de la luna y caminaron más deprisa.

Empapados, encogidos de frio, se vieron en la playa. Se agruparon para llegar hasta la arena muerta. Allí se detuvieron a prender cigarros, cuidadosamente guardados en saquillos de cuero. Luego continuaron hacia el antiguo faro abandonado, en cuyo único cuarto polvoriento tenían ropas que se pusieron en cambio de las mojadas.

–No ha llegado la lancha. La carga será en la mañana. Hagamos café y durmamos un poco.

En una gran olla calentaron el agua que reposaba en la barrica de madera acomodada en la esquina del cuarto. Saltaron alegres las llamas de la leña

seca. Sorbieron el café, chascando la lengua ávida de calor. Y sin decir una palabra se tendieron en el suelo.

Con el alba estuvieron en pie. La lancha acababa de llegar. Nuevamente, se pusieron al trabajo, volvieron a echarse al agua para recibir la carga en el balandro. A la seis y media de la mañana, todo quedaba listo. Y mientras la lancha se fue a perder en los laberintos de los esteros de Puná Vieja, la pequeña balandra izó la vela, enderezando ruta de retorno al Guayas.

Más o menos, una vez por semana se repetía esta maniobra en el extremo sur de la isla de Puná. Era una playa solitaria, abandonada desde largos años. Los alcatraces se paseaban tranquilos, como amos de la arena sin una mancha. Sobre el agua, otros pescaban, lanzándose desde lo alto, verticales y raudos, hasta sumergir medio cuerpo y aparecer. Luego, el enorme pico al aire, para tragar la presa que se detenía en el gran buche peludo.

Antes de partir, los marineros arrojaban la atarraya al mar, con las piernas en el agua, el pantalón recogido al muslo, y la rescataban llena de camarones y de lisas. No había al frente más que la mancha de la Isla del Muerto, señalando la entrada del Golfo, y la ilimitada extensión del agua, gris en las mañanas, azul fuerte hacia el mediodía.

La lancha partía en el acto. Su poderoso motor la alejaba con extraordinaria velocidad. Un poco al norte, penetraba en los esteros. Disminuía, entonces, la marcha y lentamente cruzaba por esos canales verdes, cerrados arriba por tupidas ramazones. De vez en vez, aparecía el cielo y el sol caía perpendicular. Las hojas de los árboles brillaban. El agua corría con mansedumbre, reflejando el rompecabezas de los árboles entrelazados. Una paz inmensa, de siglos dormidos, aleteaba, como un pájaro herido, en la tenue brisa que apenas acariciaba los rostros. Sólo era roto el silencio tan denso con el salto de algún pescado o el chillido de algunas aves desconocidas. Cuando llegaba el calor, todo entraba en sueño sobre el agua semidormida. Un sarapico cruzaba a flor de agua, rayando un pequeño trozo de cielo al descubierto si trataba de elevarse para salir de la gruta verde. El motor de la lancha se apagaba. Y apenas el remo de popa cinglaba la embarcación dominada por la pereza. Y nada más que silencio, el bosque sobre el agua, la mágica arquitectura de esas rutas líquidas y una vaga sensación de urgencia y de parálisis.

Dos, tres, cuatro horas de ocioso caminar por los esteros. Entre el bosque se presentaba un claro, brotando, a plena luz, un pequeño desierto de salitre. Allí acoderaban y se disponían a pasar el resto de la semana hasta volver a hacerse a la mar.

Hablaban a gritos por el placer de escucharse. Y alguno, con el anhelo de ruido, disparaba su revólver contra el cielo. La montaña entera repetía el sonido sobre el agua. Una bandada de pájaros se levantaba para alejarse hacia adentro, hacia donde nadie había llegado, hacia donde, tal vez, dormía, por tantos siglos, la ciudad valiente, desde cuyas torres una raza que no fue vencida atalayaba todos los horizontes marinos.

Carlos Álvarez era uno de los socios principales de este negocio. Cada cierto número de días, la lancha salía de su escondite de los esteros de Puná Vieja, se perdía en el mar, encontraba el barco que pasaba del norte hacia

Guayaquil, recogía, a marcha moderada, el cargamento de contrabando y lo conducía luego a esa punta del Sur, en la cual una baladra esperaba la carga para llevarla a Guayaquil.

La entrada al puerto principal no encerraba dificultades. Diariamente, llegaban balandras de Puná y de Posorja. Entre tantas, la pequeña embarcación no se advertía. Negocio de cabotaje, decía la gente. En la medianoche, por lo regular, saltaban los fardos de tela y otros objetos para conducirlos a la ciudad. Por eso, Carlos Álvarez había buscado a Eugenia. No había sitio más seguro que su casa para que sirviera de depósito. Era absolutamente insospechable. Antes había alquilado un departamento, pero comenzó a sospechar que lo vigilaban. Era muy peligroso mantener una casa cerrada, sin que nadie habitara en ella, la que sólo se abría de vez en cuando para depositar o retirar mercaderías. En cambio, con Eugenia podría arreglarlo a las mil maravillas. El que fueran a buscarla amigos, que nunca entraban, no era un inconveniente: por lo contrario, nadie podría imaginarse la verdad. Las tres ratas eran mujeres de farra, que hacían su vida y encontraban su placer en la jarana. ¿Quién sospecharía de ellas?

La propuesta de Álvarez comprendía, desde luego, el pago del arriendo del departamento, más alguna gratificación ocasional que pocas veces se cumplía. Eugenia aceptó. Después de todo, el peligro era mínimo. Los bultos no eran grandes y no ocupaban mucho espacio. Por lo demás, estaban pocos días en su poder. Y Carlos Álvarez fue siempre muy puntual en el pago del arriendo. Por aquel tiempo, jamás tuvieron una disputa por asuntos de intereses. Era en el principio.

Se veían poco, sólo lo indispensable para ponerse de acuerdo acerca de la hora en que se debía desembarcar una carga. Eugenia, muchas veces, permanecía mirando esos bultos, sacando el labio inferior, sumida en sus reflexiones.

Cierta tarde, advirtió que un fardo estaba descosido. Curiosa, trató de ver su contenido. Eran lindas telas. Sin vacilar, acabó de romper el forro crudo. Y después, se hizo algunos vestidos para ella y para Ana Luisa. Reía.

–Son telas de moda, fíjate. Algo le ha de costar a este sinvergüenza.

Estaba contenta. Y se puso a cantar, preparándose para su primera salida de jarana después del accidente con Ernesto Carbo. Afuera la esperaban los amigos, la noche dulce y mansa, como cuando aún tenía el corazón fresco y lloraban sus ojos fácilmente.

XI

Francisco Pereira también compuso versos. Su edad romántica empezó temprano, en hora dulce para los sueños remotos y las distancias inconmensurables. Vagaba por las calles, buscando el oro del sol de las cinco en las tardes violentas de los inviernos. Le subía la emoción desde adentro como un racimo en sutil apretadura. Y se ponía a esperar el viaje de la luna para lanzar el corazón como una cometa de colores hacia las costas infinitas del país desconocido. Sus pasos eran lentos, sus miradas, turbias. Contemplaba las cosas como ausente, en asedio perpetuo de lo que no se podía aprehender. Y muchas veces, desvelado, se arrojaba del lecho porque creía de buena fe que lo inefable se encontraba entre el silencio y las tinieblas.

Así amarró un día sus anhelos con los dieciocho años. Creyóse un hombre triste. Los mil puertos de sus sueños eran siempre lejanos. Y se puso a indagar por la mujer, la más sensitiva de todas, aquella que no llega nunca y por la cual el reposo es una palabra oscura. No la encontró. Pero la llevaba dentro de sí, en su propia alquimia dorada y todos los días abría diálogo con ella y la sabía más dulce que los dátiles que nunca había probado.

Tenía que trabajar sobre los libros de matemáticas, y fracasó. Tenía que rendir pruebas en un idioma extraño, y no pudo lograrlo. Su equipaje estaba más alto que los textos. No alcanzó a entender bien para qué pretendían llenar de ciencia su cabeza. Leyó, sí, como se lee en los primeros

amaneceres, la boca seca, los ojos llorosos, devorando páginas hasta penetrar en la selva oscura de lo confuso. El olor de la tinta fresca de los diarios le producía placer. Y nada más bello que cortar las páginas de un nuevo y misterioso libro. Las imágenes, entonces, tomaban altura humana y vivían en constante rozadura con su corazón.

Sólo el dolor tenía presencia en él. Y no era exactamente el dolor que vivía, el dolor de los suyos, el dolor que lo cercaba. Era el propio desastre interior que lo estremecía de puro gozo. Su tránsito era grávido. Por eso, gustaba detenerse en las esquinas, sin reparar en los ángulos del conocimiento. Simplemente, las pausas le daban plenitud de antiguo, y él estaba convencido de que todo un mundo viejo corría en sus entrañas y lo dotaba de sabiduría.

No podía decirlo del todo bien en sus versos, pero trataba de hacerlo. Y eran, como la música, compuesta de colores en movimiento.

No le llegó el amor en un amanecer sobre las flores. Ni hubo intervención de la luna o de los parajes solitarios. No cayó de súbito en su alma, como una anunciación. Ni vino de suyo, con los pies desnudos y la boca alegre... Los ensueños de templo, de columnas sin fin, de volutas de incienso, esa cosa tan lejana y sutil que le caminaba por la piel y tenía voces convalecientes para sus oídos en perdurable murmullo, ésa, no se presentó...

Llegó entre el humo de los cigarros amargos, bajo la luz amarrilla de los focos baratos y las pantallas de pergamino rojo, frente a las columnas postizas de papel plateado y escuchando las palabras vulgares y las risas copiosas.

Era morena. Poseía enormes ojeras violetas. Su cuerpo joven iba tan ceñido como si hubiera salido del agua. Y llevaba, al hablar, las manos a las caderas con cierto aire desafiante. Se enamoró de sus ojos, que parecían perdidos en esas ojeras extrañas. Tenía delante de sí las botellas de licor. Y le ardía la sangre en el rostro cuando quiso hablarle. No tuvo dificultad en las palabras. Y ella, sorprendida, se encantó.

Mientras sus amigos bailaban, quedaron solos. Tal vez ya no podía unir sus pensamientos porque se encontraba demasiado borracho. Pero le dijo versos dulces y la llevó a la altura de sus ideas tristes.

–Me gusta oírte– le había dicho ella.

Salieron juntos, sin despedirse, huyendo la vigilancia de la patrona de aquel cabaret tortuoso y sucio. La llevaba del brazo y no le hablaba. Sentía entre sus dedos la piel amable y tibia, y buscaba, entre las sombras de las calles apartadas, los ojos de esa mujer desconocida.

Fueron varios amores los que tuvo. Fue el mismo que llegó cuando apenas si el pájaro del ensueño le rozara las alas en la frente. Nació con las primeras madrugadas. Venía de muy lejos, vistiendo trajes distintos. Tuvo al comienzo, los ojos tristes de la madre. Era, como ella, suave y blanda, con maravillosa sabiduría entre las manos. Y guardaba el mismo ademán de fuga con que se marchó una tarde de sorpresa amarga. Le quedó en los oídos aquellas palabras de ternura, como cuando le fabricaba juguetes de

papel y le obsequiaba cinco centavos los domingos. La amó con la misma música triste de sus quejas y con el mismo olor de reseda de sus mejillas.

Pero tenía de sobra con los sueños. Y al enamorarse profundamente de la mujer lejana, olvidó el dolor sufrido. Todo era insignificante y mínimo ante la angustia de su amor. Su imagen aparecía en cada página de los libros que leía, y lo acompañaba durante la noche o en las tardes de soledad, cuando paseaba en la orilla del río, en el extremo sur de la ciudad, en los barrios apartados, donde el ruido no llega sino apenas como un eco remoto.

Por eso amó a las prostitutas con el amor ingenuo de tanto tiempo. Y en sus versos contaba sus cosas viejas con tal fervorosa sinceridad, que ellas también llegaron a quererlo un poco.

Fueron varios amores los que tuvo. Fue el mismo de sus primeros viajes. Empezó como un diálogo con la noche y no tuvo amanecer cordial. Él tenía diez años. Ella contaba una historia de muchos siglos.

Había alcanzado los veintidós años cuando las cosas cambiaron fundamentalmente. Era, entonces empleado en una oficina de comercio. Antiguas relaciones familiares le habían valido. Fue mucho después, así que el negocio liquidó, cuando Francisco Pereira se convirtió en empleado público. Esto no le llegó a preocupar en lo absoluto. Pero en aquella época su más vehemente deseo durante el día era que terminase pronto. Veía la tarde como una liberación y entonces se reintegraba a su profunda personalidad, tejiendo pensamientos secretos, infatigable obrero de su fábrica de sueños.

Cierto día le confiaron una importante comisión. Debía avanzar hasta la provincia de Manabí, portando un muestrario de machetes e instrumentos de labranza. Además, y era la parte reservada de la comisión, tenía que hacer algunas investigaciones acerca de la cosecha del achiote, pues su jefe planeaba una buena compra para exportación. Salió una mañana, llevando cartas de recomendación para algunos hacendados y moradores principales de los pueblos.

Iba solo, con un revólver que le habían confiado, pero que no sabía manejar bien. La primera etapa del viaje la realizó en lancha. Luego, tomó caballos y un guía.

–No se detenga donde los hermanos Triviño –le habían prevenido en el pueblo.

Cruzó Ciénega Redonda a galope. Mas al pasar cerca de la laguna detuvo el caballo, estremecido de miedo. Flotando en el agua, hinchado como una vejiga de puerco, un hombre desnudo, con sólo camiseta, tenía un puñal clavado en el pecho, justo sobre el corazón.

Siguió adelante, temeroso, recelando de su propio guía, el que se había limitado a comentar:

–Esta corvina seguro que se le han comido los Triviño.

–¿Robo?

–A lo mejor. Quién sabe. Dicen que son platudos... ¿Para qué robarán?

En el primer pueblo que halló hizo su estreno de vendedor. Lo ayudaron las cartas a los amigos de su jefe. Y luego se internó montaña adentro, a visitar las haciendas que constaban en su itinerario.

El calor de la selva lo sofocaba. Caminaba embrujado por el verde y el chillido de los pájaros y el rumor de los árboles. Llevaba la cara encendida y los párpados húmedos e hinchados. Trepaba por el cuello de la bestia un vaho embriagador. Y sentía algo parecido a los momentos en que se iniciaba el calor agradable de la jarana.

Bestia y jinete bebieron del agua fresca del pequeño río que surgió de repente. Lo había cruzado, entrando por el gollizo, apretado y ridículamente tumultuoso.

–En el invierno se pone furiosísimo –comentó el guía.

Luego alzó la vista. A la izquierda, pequeños alcores sombreaban de azul ceniza el cielo. Del otro lado, la montaña, la selva alongada, que tenía que atravesar, metiéndose por ella como por la manga sucia de un abrigo. Tiró las riendas sobre el cuello del caballo. Internose despacio, calenturiento, en nudos la garganta. Ya no pisaban los cascos el terreno guijoso de las vecindades del río. Ahora, ágiles, esquivaban las raíces disimuladas, los huecos cubiertos de hojas, la sarteneja quebradiza, los troncos tumbados quién sabe por qué...

De pronto, se hizo un claro en la montaña. Francisco se detuvo, abiertos los ojos, alelado. Sus miradas divisaron un amontonamiento gigante y alto de flores color madera. Preguntó.

–Es el canal, jefe. Tenemos que atravesarlo.

Lo cruzó maravillado, apretada en mil curvas borrachas el alma que en ese instante le crecía. Altas, verdes, con anillos mágicos como de serpientes extraordinarias, se levantaban las cañas, trenzadas, robustas. Sufrían inclinaciones increíbles, torceduras malévolas, estiramientos bárbaros, lánguidas flexiones... Y mientras más trepaban, se enredaban como un jeroglífico de tonos verdes. En lo alto, era un solo florecer igual que una inmensa copa de espumas atolondradas.

–Fantástico –comentó.

–Ahá, porque aquí fue que el Juan Lindao se comió a los siete.

–¿A los siete?

–Sí, señor, por la luz que me alumbra. Uno a uno, los fue esperando. Por aquí tenían que pasar. Dicen que el mentado Lindao no es malo, pero yo no le aconsejo que se tope con él. Es mejor de que no.

Se hizo contar la historia de Juan Lindao. Era joven y entusiasta. Cultivaba su pequeño terreno con sus propias manos encallecidas. Bajó un día a la

ciudad. No lo hiciera nunca mejor... Y retornó en ese amanecer de la fiesta brutal. Su hermana de quince años lo esperaba convertida en hielo, tendida en el portal de su casa cañiza. Siete hombres habían pasado por su cuerpo virgen y luego le habían asesinado. Juan Lindao no lloró. Inquirió por los nombres. Eran protegidos de los patrones. Sus fechorías se contaban por docenas. Los conocía, sí, los conocía... Podría distinguirlos en la noche más cerrada de la selva. Informose
cuidadosamente del sitio en que se hallaban. Cargó la carabina y marchó al cañal. Por allí tenían que pasar... Por allí tenían que pasar... Por aquí, por aquí... Los esperó jadeante, escondido entre las cañas altaneras, con la misma rabia de esas ramas violentas y pecaminosas. Los mató a todos. De uno en uno. Tal vez cayeron de frente, acaso por la espalda. No le importaba. Divisó a los dos primeros y los tumbó. Media hora después llegaron tres, borrachos aún, sobre los caballos. Juan Lindao reía nerviosamente. Los caballos despavoridos rompieron, sangrando, las cañas más débiles. Sus relinchos treparon a la copa florecida y quedaron vibrando como cintas alocadas. Cuando cayó la tarde, el camino del cañal era un camino de cadáveres. Quedaron tirados, desangrándose, carne buena para los gallinazos hambrientos.

Desde entonces, Juan Lindao no salió al pueblo. Vivía internado en la montaña, huyendo de la presencia humana. Unos decían que era malo. Otros, que era buen hombre. Algunos recibieron hospitalidad en su casa y apagaron su sed con agua pura de sus cántaros. Los más esquivaban sus miradas.

–Aquí mismo, patrón. Aquí dicen que comenzó la matanza. Por esos lados se ha de haber escondido. También que eso de fregarle tantísimos a la hermana... Y tome cuenta que para comerse siete se necesita tener hígados, patrón.

Francisco no había mirado el reloj. No supo el tiempo que empleó en atravesar el cañal. Le pareció muy largo. Desmontó al final exhausto, contemplando por el otro lado su apariencia de túnel. Es malo andar por aquí, se dijo. Pero es bello. Vale la pena. Nada de esto me lo había imaginado antes.

Volvió a montar sin hablar. Dejó las riendas sueltas y fumó. Soplaba una ligera brisa y la montaña se llenó de ruidos discretos y ágiles.

Se le ocurrió una frase tonta y se la dijo al guía:

–La vida es como el cañal, ¿sabes? Puro enriedo y nada más.

En la hacienda de don Ruperto Ventura hicieron alto al anochecer. Le prepararon la merienda. Fue declarado huésped de la casa grande, mientras el guía recibía posada en una casa de peón. Después de comer, dejó los negocios para la mañana siguiente y se echó a dormir. Poco después, despertó. Sentado en la cama, afinó los oídos. Y a oscuras, con frío en los pies descalzos, avanzó hasta la ventana. Procuró ver entre la noche, pero no descubrió nada. Sólo esos gritos lastimeros que venían de quién sabe dónde y que no podía identificar como de seres humanos. Sobrecogido, retornó a la cama y se cubrió el rostro con las frazadas.

Quedó la ventana abierta. Zumbaba el viento agrio, y una copa de árbol, como una garra, se prendió de las sombras.

Tres días permaneció en la hacienda. En dos noches, escuchó gritos parecidos, pero no se atrevió a preguntar a nadie. A las cinco de la cuarta madrugada emprendió el viaje. Habíase cerrado el cuello de la americana con un imperdible y fumaba por hacer algo. En seis horas de caballo debía llegar a otra finca. El camino se abría sórdido, angosto, entre paredes de malezas agitadas con vaivén perezoso. Los cascos de los caballos trajinaron entre raíces. A cada instante, Francisco tenía la impresión de que se iba a estrellar de cabeza contra un muro de piedra.

Apenas amaneció del todo, respiró a pulmones llenos. El verde de la montaña estaba ligeramente gris perlado. El cielo se había roto como un plato de porcelana y la luz caía, medio azul aún, como si fuera de luna. Sintióse ágil y casi alegre. Llamó al guía y le preguntó por esos ayes que había escuchado.

–No es nada, patrón, sino que son los castigados.

–¿Y por qué? ¿Qué es lo que han hecho? ¿Qué les hacen?

¡Adiós, si siempre pasa así! Los ponen en el cepo y cuando está el patrón de mal genio encima les dan látigo.

–¿Sabes qué falta cometieron?

–Supe de uno. Se había robado un gallo fino y de yapa llegó tarde al trabajo.

–¿Sólo por eso los castigan así?

–No patrón, es que a veces también se emborrachan, pues.

Francisco Pereira hizo silencio. Después, insistió con las preguntas.

–¿Cómo es eso del cepo?

–¿No ha visto nunca?

–No.

–Dicen que así lo hacen en los cuarteles con los soldados… Pero en lugar del fusil, ponen un palo. Los ponen agachados, entrabados los brazos y las piernas, como gallo en trabazón mismo. Ni se pueden menear un dedo.

Francisco apretó el paso. El sol caía a chorros. Las hojas verdes brillaban intensamente. El alto janeiro de un potrero apareció peinando el horizonte. Llegaban ya a lo último de la hacienda. Encontraron la cerca del lindero. El guía se apeó a abrir la puerta de palos. Luego, cabalgaron en el camino de nadie, siguiendo la derecha del sol.

Visitó algunas haciendas. Entró a varios pueblos. No fue precisamente un viaje de recreo. Poco a poco, se fue dando cuenta de muchas cosas en las que jamás había reparado. Pensó, sin embargo, que eso no podía ocurrir en

la ciudad. El campo es atrasado, se decía. Están viviendo en una época primitiva…

Empero, le habían nacido nuevos pensamientos en la cabeza y esto lo torturaba, sobre todo en las noches, cuando podía meditar en la soledad.

Cuando emprendió el regreso, traía llena de imágenes tremendas la cabeza. Los peones atormentados, los que recibían vales para la tienda en vez de salarios…

Precios aumentados en el doble… Las deudas heredadas por varias generaciones… Los niños pálidos, ventrudos, trabajando… Los enfermos… Un vórtice de caras desencajadas… Infinita procesión de dolor en sus ideas… Látigo, látigo, látigo… Muchas veces, un tiro de pistola cortaba una vida por el delito de rebelión. Y en otras, el despojo metódico de las pequeñas tierras... Afuera, afuera, a gritos, como se arrea el ganado… A correr con el sol, a meterse en las tembladeras, a espigar en arroz con el agua a la cintura, a rozar la tierra, a quemar, a quemar las hierbas para sembrar los potreros… Agua sucia… Lodo… Las manos implorantes, los ojos agresivos de los cholos, el rencor en el pecho encorvado, el dolor en las mozas violadas a los trece años…

Al llegar a Guayaquil, se dijo, moviendo los labios, que los versos que hacía no le servían para nada.

Poco después, Francisco Pereira asistió a una conferencia. Hablaba un líder en cierto centro obrero. Se interesó. Pidió lectura en las bibliotecas. Frecuentó los sitios de agitación política. Experimentaba una avidez extraordinaria y por primera vez sentía que colmaba el espíritu de buen alimento.

Supo que en la ciudad era igual. Por lo menos, en el campo abundaban la comida, el arroz, el plátano, las aves… Aquí, en su urbe desconocida, entre los telones de su teatro de marionetas, se morían sencillamente de hambre. No hay problema social, le decían. No hay problema social, él mismo lo había repetido maquinalmente. Pero las fábricas le enseñaron la crudeza de la verdad que había ignorado. Entonces renegó de sus princesas y aplastó, como a un basurero, los jardines versallescos. Pudo mirar hacia la luna con cierta indiferencia. Asentaba los pasos con varonil orgullo. No, él no era un hombre triste. La tristeza se hallaba afuera, y de ella sólo una parte insignificante le había tocado.

Derivó hacia el pueblo. Jaraneó con él. Bailó en las chinganas de los barrios bajos. Conoció las fondas del arroz mantecoso. Tenía predilección por las noches de farra en las «cinco esquinas». Y allí aprendió mucho más que en los textos de álgebra o en el diccionario de lenguas extrañas.

Amó a sus cholos y sus cholos lo amaron. Siempre había para él un sitio especial. En las madrugadas brindaban con él:

–Salud, don Francisco.

–A ver, a ver, a tomar todos con don Francisco.

Francisco, de pie, improvisaba un discurso, todavía lírico, pero de calor humano, y se sentía un hombre feliz. Dialogaba con ellos, apagando la voz, chocando los vasos.

–¿Por qué la mataste, Fidel?

–Ay, don Francisco, le juro que la quería. Me la traje a la ciudad y se me dañó. Con esta perra mano le di la puñalada. Pero yo la quería. La quería más que a mis perros de cacería allá en el monte… Era buena la Juana, ¿sabe? Y ahora yo soy un desgraciado… Yo me la robé. Me la traje en la balsa desde arriba. Ella se vino no más… Era como el pechiche. Dura, patrón, y suave al mismo tiempo… Mala suerte que tiene uno… Pero, ¿qué hace un hombre cuando lo engañan? Tiene que matar, patrón. Y lo que uno se vuelve rabioso que ni ve nada ni entiende. Me mintió, don Francisco. Yo no la obligué a seguirme. No fue por fuerza que la traje… ¿Por qué, entonces, me traicionó? Por un traje de seda se me fue con el blanco y yo la pillé. Blanco maricón, ni cara que me da nunca… ¡Ni qué hacer con él! Uno siempre lleva la peor parte… Pobre, la Juana. Yo la quería, don Francisco. Era buena, ¿sabe? Hacía sus tamales y me curaba de las jumas. Son piedras, pues, que uno tropieza en de repente y se cae. Me cegó el coraje, don Francisco. Un hombre es un hombre…

Francisco Pereira lo preguntaba todo. Así hablaba de política como de amores. Todo él entraba por rutas nuevas, por vidas de plenitud absoluta, por pasiones humanas desbordantes de sinceridad.

Y confiaban en él porque tenía cara de buen amigo y sabía hablarles con sincero calor de hombre de carne y hueso.

Hasta que ingresó al Partido Socialista y tuvo tarea señalada.

La política fue su pasión definitiva. Era tal vez el mismo amor de las distancias inconmensurables y los sueños remotos, como cuando buscaba el oro del sol de las cinco y le subía la emoción desde tan hondo, hecha racimo de sutil apretadura.

Ana Luisa llegó para él a la hora óptima. La amaba con madurez, profundamente, con ese placer magnífico de formar, de hacer, de modelar.

Contábale historias que sólo él sabía, que sólo él había presenciado. Ana Luisa se estremecía de gozo.

–Eres un hombre, Francisco. Un hombre bueno.

–Es la vida. Ella me enseñó. Me cayó de repente la verdad como una luz en media frente.

–Si hubieras sido malo, no te habría iluminado.

–Tal vez. No lo sé bien. Pero ahora sí sé que tengo un objeto: mi vida no es enteramente inútil.

–Te quiero mucho, Francisco.

–Yo también. Más que a todos mis sueños de román tico. Tú me ayudas. Y ya lo sabes, el amor que siento por ti es inmenso, pero más grandes son mis ideas y mis obligaciones… Con ellas lo mismo te amo.

–Lo sé. Y sé qué haces bien.

Paseaban en las noches, en la ciudad en calma, por las avenidas abandonadas, atados con diálogo discreto y sano. Transcurrían las horas sin sentir el tiempo en las espaldas. Él hablaba de sus proyectos y sus sueños. Ella le estrechaba las manos.

–Soy feliz.

–Algún día, Ana Luisa.

Se comunicaban calor como vasos abrasados de espumas. Estaban envueltos entre sombras dulces. El dilatado mundo de que él hablaba se iba reduciendo y cabía en el hueco de la mano.

Entonces, el viento, ladrón maravilloso y oportuno, se llevaba las mejores palabras. Y miraban cómo temblaban las estrellas por el milagro de sus besos.

XII

--Me estás robando, Eugenia. Una brisa alocada de agosto ceñía las piernas de Eugenia, altas piernas delgadas, y le dejaba temblando el busto entre las leves arrugas de la tela. No respondió. Lo miró con desprecio, estirando el labio inferior, adusto el ceño. Luego, esbozó una sonrisa.

–Te digo que me estás robando. Esta tela, esta misma tela de tu traje es mía, ¿entiendes?

Había atrapado el vestido cerca de la cintura y la estrujaba entre el pulgar y el índice. Eugenia le apartó la mano bruscamente.

–No seas atrevido.

–¿Atrevido? Me cuesta mi plata.

–Puro contrabando… No tu plata.

–A ti no te importa. Te pago porque me tengas los fardos; no para que me robes.

–Cállate, mejor.

–Te digo que me robas. Te va a pesar, Eugenia, te va a pesar. Después te enfureces si te llamo rata.

Despacio, Eugenia cruzó los brazos sobre el pecho y rió.

–¿No tienes nada que responderme?

–Absolutamente.

–No sé si reírme o abofetearte. Eres cínica.

–Oye, Carlos, las cosas son hoy muy distintas. Te diste el lujo de pegarme porque estaba en tu casa y me habías dado de comer. Por supuesto que no fue por generoso… Bien que te lo pagaste conmigo. Ahora, te equivocas, Carlos, y tú lo sabes de sobra.

Álvarez contrajo la cara. Tosió sin atinar con la respuesta oportuna. Luego, pausadamente, dijo:

–No discutamos, Eugenia. Es necesario que termine esta situación. Te prevengo por última vez. No me eres leal. Llevaré un control estricto. Y la

próxima vez que note una falta, te descontaré de la mensualidad. Es todo lo que tenía que decirte.

Eugenia rió a carcajadas. Carlos Álvarez se desconcertó. Después rabioso, insistió:

–Nada más, nada más, ¿oyes? Se acabó. Tú verás lo que haces.

Eugenia, sin preocuparse, continuó hasta la casa, en la que Ana Luisa la esperaba con la noticia de que al día siguiente Carmelina dejaría el Hospital, pues le concederían el alta.

Más de dos meses había pasado Carmelina en el Hospital. El doctor Ramírez se las compuso para tenerla en reposo por el mayor tiempo posible. Poco a poco, las crisis fueron cediendo. Por unos días, la envolvió un profundo mutismo. Deprimida, no hacía otra cosa que mirar con los ojos vagos, inciertos, totalmente indiferentes a lo que ocurría en su derredor. Después, se animó. Y la última semana, con la proximidad de la salida, su carácter cambió: se mostraba locuaz y hasta alegre en ciertos momentos. Acercábase de cama en cama a charlar con los enfermos. Hablaba rápidamente, pasando, como a saltos, de una idea a otra.

–Y a usted, ¿qué le pasa? Pobrecita, tiene la cara muy pálida. ¿Por qué la trajeron, ah?

–El apéndice, dice el doctor. Tendrán que operarme.

–Muy bien hecho, muy bien hecho. Aquí estará bien, pronto. Después, ni provoca irse. Pero qué día tan lindo. Mire el sol cómo entra. Yo no sé cómo aguantamos la comida tan mala. Es por lo único que... ¡Qué aguado! ¿Y cómo se llama usted, ah? ¡Qué lindo nombre! Vaya, vaya, que se mejore. Voy a mirar las flores. ¿Le gustan? A veces hay animalitos que estorban... Adiós, adiós...

A los practicantes les hacía mil preguntas diversas y pretendió aprender a poner inyecciones, pero nunca se resolvió en serio.

–Mañana, mañana, sin falta. Es de mucha utilidad. Claro, en cualquier momento. Y yo que no las podía ver. ¡Me han puesto tantas! Pero no es nada: un pinchazo y ya está. ¿Cuántos años le faltan para ser médico? Tiene que ser muy bueno. Se le conoce en la cara. Yo sí que hubiera estudiado para doctora, pero no se pudo. Usted sabe lo que pasa siempre. Golpes de fortuna, porque yo, como usted sabe, soy hija del comandante Antonio Parrales, que peleó a las órdenes de Alfaro. Claro que él también daba órdenes, porque era jefe y no un cualquiera. Somos de una familia liberal, para que lo sepa. Por eso, tenemos montepío, aunque no es mucho, porque... Así están los tiempos. A mi papá le mordió una culebra... Equis, rabo de hueso, y el pobre se murió naturalmente. Los campos aquí son muy malos. Tan bueno que era... Las lanchas pasan dos veces al día y los árboles de naranja huelen desde medio río. ¿Ha comido iguana? En el arenal se cogen facilito. Lo mismo que el armadillo... ¡Qué animal para feo! Pero sabroso. Palomitas tierreras también abundan. Y los patillos, en la laguna, hartándose de agua... Hasta lueguito, hasta lueguito... Ahora que venga mi hermana Ana Luisa le voy a pedir bizcochos y le convido. Los hace

riquísimos cuando no piensa mucho en el enamorado. A lo mejor, tengo que hacerle el traje de novia… ¡Ay, qué risa! Pero no se casará. Son chiquilladas, ¿sabe? Todas hemos pasado por lo mismo…

…En la mañana convenida, arregló febrilmente sus cosas. Hallose lista desde muy temprano. Se despidió de todos los enfermos. Desfiló por las camas, les tomaba la mano, prometía volver a verlos, por lo menos una vez por semana… Después, se marchó en busca de la monja, le ofreció mandar decir dos misas por los enfermos de esa sala, conversó con los estudiantes y fue a sentarse en el lecho, moviendo las piernas en la espera interminable.

Y, sin embargo, cuando el doctor Ramírez y Ana Luisa llegaron, cuando atravesó la puerta de hierro, la invadió un sentimiento de tristeza. No dijo una palabra en el viaje. A cado rato, miraba hacia atrás y sintió, muy adentro, el temblor de volver a cobijar viejas angustias en la casa.

Entraron. Se puso a verlo todo, de cuarto en cuarto. Al notar la presencia de los fardos, preguntó por ellos a Ana Luisa.

–No es nada, Carmelina. Eugenia te lo explicará en cuando venga. Lo recibimos como en bodega y nos pagan por eso. Total, que es un negocio.

No respondió Carmelina. Permaneció un momento pensativa. Pero no transcurrió mucho tiempo sin que llegara Eugenia y ambas hermanas se abrazaron. Eugenia le explicó que no había podido ir por ella, a causa del trabajo. La había visitado poco. Es que las horas de visita coincidían con las del taller. Comprendería que… El doctor Ramírez, de pie, observaba moviendo apenas la cabeza. Luego se despidió. Sólo Eugenia, mientras Ana Luisa, a una mirada suya, acompañaba a Carmelina a las habitaciones interiores, siguió al doctor Ramírez hasta el zaguán.

–No sé cómo agradecerle, doctor, lo que usted ha hecho por Carmelina, por mí, por todas nosotras…

–Ni me hable de eso, Eugenia.

–¿Está bien Carmelina? ¿Lo cree usted?

–Bastante bien. Es necesario evitarle mortificaciones. Cruza una edad que día a día se hace más peligrosa. Su soltería tan prolongada, cierto temperamento… En fin… No es de descuidarla, porque no sería nada extraño que se repitieran las crisis. Espero, con todo, que las cosas marchen bien.

–¡Qué bueno es usted, doctor! Me parece increíble. Es la única persona decente que he tratado. ¡Tan generoso siempre!

–No diga eso, Eugenia. No es bondad ni generosidad ni nada.

–¿Y qué entonces?

El doctor Ramírez desvió las miradas. Luego las clavó lentamente sobre Eugenia y bajó la voz.

–¿Quiere usted que se lo diga? Esperaba poder hacerlo algún día. Tal vez no debiera. No sé… Es que yo la quiero a usted, Eugenia.

–¿A mí? ¿A mí, doctor? ¿Se está usted burlando de mí?

–¡Cómo me dice usted eso! Desde que la asistí, ¿recuerda?... No me atrevía a decírselo, hasta que las cosas cambiaran, hasta que sus heridas cicatrizasen un poco… Sí, la quiero, Eugenia.

Le había tomado la mano y se la estrechaba suavemente. Ella no hizo nada por deshacerse, pero, esforzándose de sequedad, le respondió:

–Hace mal. Muy mal. Yo no lo merezco.

–Está engañada.

–De ningún modo. Sería maravilloso, pero…

–¿Hay inconvenientes?

–No los que usted se imagina en este momento, pero sí los hay.

–No he reparado en ellos.

–Me ha hablado usted con franqueza y yo también le voy a hablar así, doctor. Usted es un hombre digno, decente, noble. Yo, una infeliz. ¿Se imagina que voy a pretender dañar su vida, estropear su porvenir? ¡Qué manera de pagar! Usted sabe lo que es esta ciudad, llena de chismes, de pequeñeces… Su profesión… Es absurdo. Nunca lo había imaginado. No, doctor, no lo permitiría nunca. No soy tan ruin como para eso. No lo quiero, pero podría quererlo con locura, y entonces le haría un daño irreparable. Piénselo bien y a poco me dará la razón.

–Nada de lo que me dice me puede convencer.

–¡Cómo no! Yo soy una cosa inútil, buena para la jarana, para divertir a los ociosos y a los señoritos… Bebo… Me gusta trasnochar… Detesto al trabajo. Y siento, ¿sabes usted? siento arrugas en el corazón como si tuviera mil años. ¡Se me ha pasado, doctor! ¡Se me ha pasado! Y está hecho puro vinagre… ¡Tendría gracia! ¡El doctor Ramírez enamorado de la rata Parrales! ¿No sabe usted que nos llaman las tres ratas? Y es por mi culpa… ¡Ja, ja! No lo vuelva a pensar, no lo vuelva a decir, no me vuelva a ver más… Es imposible… Se arrepentiría pronto…

–Por favor, cállese. No hable así. Tenía tantas ilusiones, las tengo aún. Todo tiene remedio. Usted no es mala. La tomó la vida y la arrojó por sus caminos desviados. Intentemos rectificar el camino. La necesito a usted. Intentémoslo. Hagamos la prueba. Se lo pido a usted con toda mi fe, con toda mi alma, con toda mi fuerza humana. Seremos felices. Nos olvidaremos. Nos olvidarán. Piénselo, Eugenia, y no me mate usted mis ilusiones.

–¿Cree que a mí no me duele responderle como lo hago? Vea, no podríamos ser felices. El recuerdo nos aplastaría. Yo tengo que seguir mi camino hasta

el fin. Es inevitable. No se traicione, doctor. Tengo la obligación de hablar claro.

–Es la amargura la que le hace pensar y hablar así. Todo puede arreglarse.

El sol caía derecho sobre ambos rostros. La atmósfera pesaba, ardiente, húmeda, agobiante. El silencio con sol era más duro que en las noches de murmullo. El diálogo de las cosas se hallaba muerto. Y el vaho de la tierra provocaba mareos, temblando contra el cielo como una gasa burlona.

–Sí, claro, todo puede arreglarse. El mundo entero, doctor, puede arreglarse también, y, sin embargo, no se arregla. Yo me pregunto para qué sirve todo esto y lo que se ha hecho qué objeto ha tenido. No sé. Debe ser mi ignorancia, miro el torbellino de tantas cosas, pero siempre advierto mi camino señalado. Dentro de algún tiempo no serviré para la farra, y entonces...

–Eugenia...

–Sí, no serviré para nada. Inútil como todas las ilusiones que me hice una vez cuando creí que ya era mujer. Porque yo también, yo también quise, doctor, quise mucho y me gustaban las palabras que me decían... Eran palabras encendidas... ¡Qué sé yo! Entonces tenía el paso ligero y sonreía, sonreía de verdad. Creía en las estrellas y en las noches de luna. Y con ese placer delicioso de sentirme inferior al hombre que amaba, una cadencia de sueño me caía desde los párpados. ¿Conoce usted esos cartones que hay en los almacenes, en los cuales viene protegida la mercadería? Así estoy ahora: dura, llena de arrugas, tiesa, fría... ¿Qué va usted a amar en mí, doctor? Se me acabó la frescura...Retazos, hilachas, desperdicios... A lo más, un traje cocido con hilos podridos... Se le quedará entre las manos... Me da pena, se lo aseguro que me da pena, pero es así. Olvídese.

Le tendió la mano. Él pretendió seguir hablando. Ella, rotunda, le dijo que no con la cabeza. Se oyeron los pasos de Carmelina. Se despidieron. Y las tres ratas, en silencio, pasaron al comedor.

Las cosas para Carlos Álvarez no podían quedar así. Constantemente recibía quejas y reclamos de sus clientes, acerca de los fardos que pagaban por completos. Pensaba rabioso en el remedio. Aquel día eran ya varios los que se habían quejado. Aun llegaron a amenazarlo con suspender los pagos. Por la tarde, bebió con sus amigos. Al caer la noche se dirigió a casa de las tres ratas. Golpeó la puerta fuertemente. Salió Eugenia.

–¿Qué quieres aquí?

–Hablar contigo.

–Aquí en mi casa, no.

–Aquí mismo y enseguida.

–No te abriré.

–¿Pretendes que eche abajo la puerta?

–¿Serás capaz? Estás borracho…

–Lo haré en el acto si no abres. Borracho o no, tendrás que abrir… Para hablar contigo, hay que ponerse como te gusta estar… ¡Borracha!

–Silencio.

–Abre, Eugenia, abre. Que no se me acabe la paciencia. Te haré un escándalo, pero ya.

–Espera. Voy a bajar. Te recibiré en el zaguán.

Cuando abría Eugenia, Álvarez violentamente empujó la puerta y subió.

–Quiero ver mi mercadería.

–Ahora no es posible. Aquí está Carmelina, que salió hace poco del hospital. Cuando ella esté en la calle, con mucho gusto.

–Yo soy el dueño y pago el arriendo. O me dejas pasar o paso de todos modos. Ya me conoces. A lo mejor, te la robaste toda ya…

Había levantado la voz. Hablaba en tono amenazante. Carmelina y Ana Luisa salieron al escuchar el ruido.

–¿Qué pasa? ¿Qué desea usted?

–Bonita es la cosa… ¿Qué deseo? Quiero ver mis telas, mis fardos, que su hermana me está robando diariamente y que ya no puedo soportarlo más.

–Eugenia, ¿qué significa esto?

–Nada, que está borracho, ¿no lo ves? Entra, Carlos, y haz lo que te dé la gana. En el cuarto del fondo.

Álvarez no se hizo repetir la invitación. Sonaron sus pasos en las tablas carcomidas. Se detuvo frente a frente de los bultos, contemplándolos.

–Hay poca luz. No veo bien.

–Vélos así si quieres.

–Los tocaré.

Pasó sus manos de uno en uno. Los acariciaba. Dábales palmadas. Arremetió con algunos a puñetazos para ver si estaban bien llenos. Se arrimó, como un ciego, junto a la pared suave de las telas. Palpaba las costuras... Eugenia, los brazos cruzados, esperaba. Ni Carmelina ni Ana Luisa, de tanta sorpresa, se atrevían a decir nada. Por fin, Carlos Álvarez habló, con palabras menos violentas.

–Como si te hubieran avisado. Hoy no falta nada, me parece. Está bien. Me largo, pero no quiero que vuelvas a robarte ni un hilo. Te pesará, y podemos ser buenos amigos, tú y yo.

–Por favor –intervino Carmelina…

–Por favor, ¿qué? –respondió Álvarez mirando a Carmelina con gesto burlón.

–Explique sus palabras.

–No hay inconveniente. Se lo voy a decir. ¿Sabe usted que yo pago la famosa casa de las tres ratas?

–¡Insolente!

–No se sulfure por tan poco. De rabias de mujer no hace caso un hombre bien hecho… Todavía falta… ¿No quería, pues, explicaciones? La pago para que me cuiden las mercaderías que traigo de contrabando, de con-tra-ban-do… ¿Entiende? Y no pueden hacer nada porque son mis cómplices, cómplices… ¡Aunque les pese! ¡Pero qué les va a pesar! Bueno, y esta viva de su hermana me roba todos los días… Yo la recogí muerta de hambre y me traicionó. ¡Rata canalla! Y usted, como su hermana mayor, debe reconvenir a esta loca. La haré responsable a usted, a usted misma si es que se me llega a perder una sola aguja. Ya lo sabe. Todos los días reclamos… ¿Qué se habrán imaginado? ¡Y la concha que tienen para querer retarlo a uno! Insolente… ¡Buena la gracia! Es que toditas son iguales: ¡rateras!

Avanzó hacia la puerta. De allí, se volvió y gritó:

–Ya lo sabe usted, rata vieja, a cuidar a su hermana y a cuidarme las telas, si no quiere pasarla mal.

Ninguna de las tres pudo responder. Se quedaron en la puerta del corredor, en fila, viendo cómo Álvarez se alejaba. Cuando sonó el portazo, dieron un pequeño salto y se miraron. Carmelina tenía un ligero temblor en las manos y experimentaba un poco de ahogo. Buscó una silla y se sentó. Abría y cerraba los párpados, pellizcándose los brazos. Eugenia fue hacia ella.

–Oye, Carmelina.

–No me digas nada.

–Escúchame, Carmelina.

–Te repito que no quiero oírte nada.

–Pero es que…

–¡Cállate! ¡Desvergonzada! ¡Cínica! ¡Silencio!

El último grito lo exhaló de pie, enorme la boca, los ojos en llamas. Caminó luego, con pasos duros. Por fin, se dejó caer en la cama, apretándose de ira contra la almohada.

Eugenia meditó sólo un instante. Los labios mordidos, miró hacia todas partes. Y en voz alta, decidida, afirmando con la cabeza, pronunció estas palabras:

–Esto se arregla ahora mismo. Ya regreso.

–¿Qué vas a hacer, Eugenia?

–No te apures, Ana Luisa. No me pasará nada. Este canalla me las pagará hoy mismo todas juntas. Te digo que ya mismo se arregla todo. Regreso. En dos horas a lo sumo.

No esperó respuesta. Salió a prisa y se perdió en las calles oscuras.

XIII

Inquieto por la tardanza, Carlos Álvarez se paseaba por la orilla, las manos abrigadas en los bolsillos, el paso lento y largo. De vez en vez, paraba la marcha y lanzaba miradas sobre el río tratando de descubrir algo. En varias ocasiones se dijo: «allá viene», pero, después de media hora de impaciente espera, resultaba que las luces pertenecían a otra embarcación. La marea subía rápidamente. Es imposible que no llegue, pensaba. Perderá la marea. Tal vez haya pasado algo malo. Se le ocurrió que se entablaba, en el fondo de las tinieblas marinas, una carrera diabólica entre la marea y su balandra. Se perdería… Se detendría entre alas negras. El cargamento… Pero no, no puede ser: «La Buena Ventura» será vieja, pero es lo más marinero que hay. Con los costados rotos y la vela zurcida se empuja como si llevara motor de cien caballos. ¡Qué lindo corte! El cholo que la hizo debe haber mamado agua de mar.

Se acercó al camión. Sobre la rueda, el chofer, hombre de absoluta confianza, dormía. No quiso despertarlo. No había traído más gente porque con los marineros de «La Buena Ventura» tenía suficiente. Ellos harían el trabajo, y después, para llevar los fardos a la bodega de las tres ratas, el chofer y dos hombres más de la tripulación eran bastantes. Claro que, aparte del salario, les daría un colorado de a cinco para que bebieran aguardiente en la madrugada. A las mil maravillas, a las mil maravillas…

Álvarez se frotó las manos. Prendió un cigarrillo y volvió a caminar. Frente a él, a pesar de la noche y de los focos amarillos y débiles, se veía el claro grande de la entrada a la Avenida Olmedo. A su derecha y a su espalda, el malecón angosto y las calles estrechas, anudadas, sórdidas. No se escuchaba más rumor que el agua negra chocando contra los palos del muelle. Y eso cuando se acercaba hasta el filo por hacer alguna cosa. Era como un lamido de perro. Alzó la cabeza, mirando al cielo: ni una estrella.

Mala noche para navegar, pero mis cholos no se equivocan: son como los animales, ven mejor en la oscuridad y tienen el mismo instinto de los perros de cacería o de las mulas cuando caminan por el borde de los abismos.

Un golpe de viento lo estremeció. Levantose las solapas de la americana y subió los hombros. Y no tengo ni trago, pensó. ¡Qué pedazo de idiota! Estar así, desprevenido, sin una sola botella. Pero no podía haberse imaginado tanta tardanza. Desde las once y media de la noche que se encontraba esperando. Y, claro, debía ser más de las dos de la mañana. Prendió un fósforo y consultó el reloj. No era más que la una y media. De todos modos, es mucho tiempo el que tengo aquí. ¡Bah! Volveré a fumar.

Nuevamente divisó una pequeña luz a lo lejos. Era una luz amarilla como una insignificante estrella descolgada del cielo. Carlos Álvarez se detuvo. Tiene que ser ésa «La Buena Ventura». De lo contrario, hay malas noticias... Estará aquí a eso de las dos de la mañana. Dos horas de retraso, un poco más, y con buena marea, es demasiado. Prendió otro cigarrillo y se puso a andar con pasos nerviosos, apurados, mientras lanzaba grandes bocanadas de humo que el viento regresaba contra su cara helada. Otra vez volvió al camión y se sentó en el estribo. Enseguida se levantó, incapaz de estar inmóvil, regresando a la orilla. Se sabía el camino de memoria. No tropezaba nunca en la más oculta piedra. Con pasos seguros marchaba. Jamás, por un exceso de precaución –tal vez no tanto–, pasaba por delante de la luz de una bujía, por poco que alumbrase. De repente, se detuvo en seco. Una sombra venía por los portales torcidos de esas casas centenarias. Carlos Álvarez se alejó de espaldas, y esperó. Sus ojos acostumbrados rompieron las tinieblas como dos puntas de agujas vibradoras. Luego avanzó. Se encontraron.

–¿Novedad?

–Ninguna, don Carlos. Venía a avisarle que se apure. Van a ser las dos.

–¿Cómo diablos me voy a apurar si no llega todavía la balandra? Supongo que esa luz sea. Se va acercando.

–Seguramente.

–Toma, bébete un trago y vigila.

–Está bien, don Carlos. Muchas gracias.

Alejóse el hombre, ocultando el billete de regalo, caminó algunas cuadras y se metió por la boca de las cinco esquinas en busca de una chingana abierta.

Por fin, divisó la silueta de su balandra. Ya se lo había dicho el instinto. La vio orzar tomando el viento con ligereza. La vio dar la vuelta suavemente. Ahora pasaba frente al muelle, abriéndose más allá de medio río. En su regreso, vino lenta, casi sin moverse. Un remo a cada lado la ayudaba en el viento muerto. Carlos Álvarez, en el muelle, golpeaba el piso con la punta de un pie. Un marinero dio un salto tremendo y cayó a su lado con los cables. Álvarez tuvo que retirarse dos pasos. En pocos minutos, «La Buena Ventura» estuvo amarrada. Bajó el patrón.

–¿Qué ha pasado?

–Nada, señor.

–¿Y por qué, entonces, tanto atraso?

–¡Adiós! ¿Es que uno no puede, pues atrasarse? Salimos más tarde. Por poco perdemos la marea. Hay que tener paciencia.

–Estás con ganas de bronca o qué es lo que pasa.

–Nada, señor.

–No es manera de responder.

–Si nada mismo le digo. Yo, en entregándole la carga, nada tengo que hacer.

–Ya. Silencio y descargar. Hacerlo rápido. ¿Oíste?

–Claro que sí. Tengo muy buenas orejas, para que sepa.

El patrón de la balandra lo miró de hito en hito unos segundos. Hizo una mueca con los labios y ordenó el trabajo.

Tiraron una plancha de madera, por la que descendieron los bultos. Llevábanlos hasta el camión, en el cual, el chofer, ya despierto, vigilaba.

Un desfile de hombres encorvados, con grandes bultos a la espalda, trotaban a paso menudo. A ninguno se le veía el rostro. Eran sólo masas inclinadas, líneas curvas, rodillas dobladas por el esfuerzo. No erraban el camino. Ni siquiera un ligero traspié. No veían casi nada, pero marchaban seguros derechos hasta el camión. Dejaban la carga, respiraban fuerte y retornaban rectos, acomodándose la pretina del pantalón.

–Bueno –dijo Álvarez cuando el trabajo tuvo fin–, mañana arreglaremos cuentas, Juan Fidel.

–¿Podría darme algo ahorita mismo?

–¿Quieres beber?

–Ni sé, señor. Me fui dejando a la mujer enferma.

–¡Ah! De eso te viene mal genio, ¿no?

–Tal vez... Puede de que sí, puede de que no. Lo que uno se pone en veces, como con ganas de tirarse al agua de una sola vez y no salir en los jamases.

Carlos Álvarez rió. Le palmoteó la espalda, metió la mano a los bolsillos y le entregó dinero.

–Déjate de ideas necias. Hay que ser hombre.

–Hombre soy, don Carlos. Y verraco. Pero qué hacer si en veces le entran a uno deseos de fregarse, como cuando lo coge la contra. Lo mismo da acabar de cualquier manera. Y tanto ve uno la mar, que quisiera quedarse allí. Si no fuera por los animales... Y ahora, señor, con esta vaina de las bromas: todito el casco está lleno de bromas y no hay cuándo arreglarle la pipa a la balandra. De repente mismo nos fregamos todos. Tenemos que estar achicando.

–Bueno, Juan Fidel, mañana arreglaremos este asunto. Anda, tómate un trago, vé a tu mujer y tranquilízate.

Te prometo que todo se arreglará muy bien.

–Ojalá, patrón. Hasta mañana, entonces.

Carlos Álvarez tomó dos hombres, ordenándoles embarcarse en el camión. Se acercó al chofer y le habló.

–Ya sabes. Por las calles que sabemos. Yo voy atrás. Para en la esquina de la casa y allí me esperas.

El camión arrancó. Jamás Álvarez se iba en él. Hubiera sido una locura. Él caminaba solo, eso sí, con su pistola en el bolsillo por lo que pudiera ocurrir, sobre todo a esas horas de la noche en que nunca faltan borrachos atrevidos. Así lo hizo esta vez. Se metió por uno de los callejones del barrio de Villamil, anduvo dos cuadras, pero al salir a Eloy Alfaro se paró, helado, a raya. Dio la vuelta como movido por un resorte, ocultándose entre los estantes. El camión estaba detenido, rodeado de gente. No eran policías. Vestían traje civil. Pero o eran guardas de aduana o agentes de investigaciones. Apretó el paso. Mas no pudo franquear la esquina. Sintió más que vio que tras un estante lo espiaban. Regresó un poco. Pensó pasar la calle angosta. Al frente había un departamento viejo con la ventana de madera. Sería fácil romper esa ventana y entrar. Después vería. Tal vez esa casa tendría un patio trasero, una puerta por la cual fugar. Pues él no se dejaba coger así no más. Retrocedió aún unos pasos, casi hasta la mitad de la cuadra. Miraba a todos lados rápidamente, cortando distancias, midiendo posibilidades. Sacó la pistola del bolsillo trasero del pantalón y la colocó en el derecho de la americana. Dejó la mano allí, lista para cualquier instante malo. Luego se resolvió y corrió hacia la ventana.

–¡Alto o disparo!

El grito lo detuvo. Lentamente, se escurrió hasta el portal y esperó, temblándole los ojos por ver en la oscuridad. Dos hombres se acercaban. No se movía nada. Apenas los labios acezaban en un temblor cuidadoso. Y los ojos, inteligentes, sabios, penetrando por el camino angosto del miedo. Pensó rápidamente Carlos Álvarez.

Su voz apretada propuso:

–Un momento. No hay para qué dos. Que se adelante uno solo: tengo que hablarle. ¿Quién de ustedes es el jefe?

–Ninguno. Somos iguales.

–¿Y los demás hombres?

–Se llevaron el camión.

Carlos Álvarez tragó su propia espesa saliva. Se repuso pensando que sólo tenía que habérselas con dos.

–Está bien. Escojan ustedes mismos quien se acerca. Por nada los dos juntos. Ustedes están armados y yo también. Si vienen ambos, disparo. Tengo protección de los estantes. Ahorremos balas... El que venga, que se adelante solo y que guarde la distancia que le parezca. Vamos, ya.

No le respondieron. Seguramente consultaban entre sí. Luego uno avanzó cautelosamente, revólver en mano. A metro y medio de Álvarez se detuvo.

–No es necesario que me apuntes. Mira, me estoy guardando la pistola.

En efecto, Álvarez guardó su arma en el mismo bolsillo de la americana y cruzó los brazos sobre el pecho. El guarda vaciló. Miró hacia el compañero, situado a treinta pasos quizás, se dijo que el otro estaba armado y apuntando y se puso a pensar si haría bien o mal en guardar el revólver.

–Vamos, ¿qué esperas? Mi palabra de honor, hombre. Soy un caballero. Si quieres, dispara, cobarde. Te digo que escondas el arma. Hablaremos.

Inmediatamente, el guarda bajó el cañón y ocultó el revólver.

–Sea breve, señor.

–Bien. Muy breve, te prometo. Quinientos sucres para ti si me dejas fugar.

–No señor. No puedo.

–Mil sucres.

–No estoy solo. No debo hacerlo.

–Mil sucres a cada uno. Ni un centavo más. No tengo más que esa cantidad. Anda, propón a tu compañero. Aquí espero la respuesta.

El guarda regresó a ver al compañero. Hablaron. El otro dijo:

–No conviene. Nos botarán del empleo. Yo no creo que debemos hacer esto. Fíjate que de seguro nos darán algo del comiso del camión. De lo del denunciante nos darán un ala. No arriesgamos nada.

–Para el cochino sueldo que se gana…

–Peor es nada. Dile que no y que se entregue. Nos han de ascender, compañero. Ya verás. Apúntalo bien. Ojalá que no haga resistencia. Es un blanco y después cambian las cosas y si lo tiramos nos reventarán para toda la vida. Ándate con cuidado. Desde atrás, te ayudaré.

–Está bien.

El viento se guardaba entre el callejón sombrío. Una ventana de un piso alto se abrió con sigilo. Ni un rumor hacía estorbo. Se hubieran podido contar los segundos con una calma segadora de tiempo.

El guarda se acercó. Pensaba que era idiota rechazar mil sucres. Y después de todo, cuando el contrabando se hacía desde arriba, entonces tenían que callar… Mil sucres… Nunca una suma tan grande en los bolsillos. Lo que haría con ellos… ¡Si hubiera estado solo! Caminó como un felino, olfateando, el paso de plomo, clavando las miradas en Álvarez como en un fantasma.

–¿Y? ¿Estamos de acuerdo? –preguntó Álvarez cuando lo tuvo cerca.

–No, señor. Es mejor que se entregue preso. Mi compañero no quiere.

Carlos Álvarez se contrajo de rabia. Iba tomando cuerpo en él un valor extraño. Insistió:

–Son tontos ustedes. ¿Cuándo te van a dar a ti mil sucres? ¿Crees que es mentira?

–No, señor. No creo que es mentira. Es que no estoy solo y mi compañero tiene miedo. No es mi culpa.

–Bueno, ¿y ahora qué?

–Deme su pistola, señor. Es mejor para todos.

–Acércate.

–Tírela al suelo.

–¿Tanto miedo tienes, desgraciado?

–No me insulte, señor. Yo no hago sino cumplir con mi deber.

–Imbécil. Acércate si tienes valor para eso. Atrévete.

El guarda dio un paso. Luego se detuvo. Clavó los ojos en la oscuridad. Vaciló. Carlos Álvarez lo esperaba jadeante. Un miedo espantoso lo sobrecogía, pero insultaba sin darse a conocer. Tendría que combatir. Temía ser muerto, pero más temía a la cárcel, a la pérdida de todo su negocio, al descrédito total. Espiaba el menor movimiento del guarda. Y el corazón se le batía recio sin dejarlo respirar. Dio un paso atrás. Sacó la pistola.

–No dispare, señor. Le va a pesar.

–No adelantes más o tiro.

Entonces, el guarda, revólver en mano gritó:

–¡Ven, ayúdame! ¡No quiere entregarse!

Carlos Álvarez midió la distancia. Trató de serenar la voz.

–Mira, ya guardé la pistola.

En efecto, la volvió a meter en el bolsillo. Dio un paso y esperó. Le brillaron los ojos como de animal encandilado. Arriesgó otro paso. Se detuvo. Cada instante se alargaba, espantosamente pesado. Una cuerda de acero le brincaba en la garganta. Se le habían hinchado los bíceps y ajustaba las mandíbulas hasta sentir dolor. El guarda seguía todos sus movimientos. Álvarez levantó ambos brazos. Vio la sombra del otro hombre que se acercaba a prestar ayuda.

–No te asustes. Estoy desarmado y con los brazos en alto. ¿Quieres más, pedazo de gallina?

Pero temblaba de pavor. Ahora hasta los labios se le abrían con dificultad. Un pequeño ronquido, al respirar, le picaba en el pecho. Inclinó despacio, muy despacio, el cuerpo y súbitamente, como un resorte, saltó, dejó caer ambos brazos sobre el guarda y rodó con él a tierra. Había hecho un salto de costado. Su cuerpo cayó disparado con todo el peso sobre el hombre. Luchó en tierra. Uno de sus brazos rodeaba el cuello del guarda. Comenzó a apretar. Todo era tan rápido que ni siquiera vio que el otro corría hacia él. Procedía con una velocidad mecánica. Tenía libre la mano derecha. La descargó en las quijadas de su adversario. Empuñó enseguida el revólver que había caído en la lucha y se acomodó detrás del cuerpo del guarda inconsciente, como tras de una trinchera. Tenía un arma en cada mano. Casi no podía hablar. Tragó saliva. Una sequedad áspera le pesaba en la lengua y se la juntaba al paladar. La voz le salió ronca, velada por un tono amargo y desesperado:

–Cuidado, ten cuidado. Estoy con dos pistolas. Si disparas, matas a tu propio compañero. Párate y hablemos.

–Yo le mandé a decir que no acepto. Si quiere, dispare.

Y continuó avanzando, cauteloso, midiendo la distancia. De repente, se agachó, veloz, y así, recogido, tiró.

Carlos Álvarez devolvió el fuego. No veía nada. Una angustia de muerte le hervía en el pecho. Las dos manos trémulas apuntaban a la sombra recogida de ese hombre que lo atacaba. Ocultó la cabeza tras la barriga del guarda tumbado. Y apretaba los dientes para no temblar. Un nuevo disparo retumbó en la noche. Pasó por sus oídos el silbido agudo de ese látigo de fuego. Cerró los ojos un instante. Y se puso a tirar como loco con ambas manos.

De pronto, sintió una mano en el cuello y su brazo izquierdo quedó prisionero. Una feroz mordedura le hirió en el hombro. Gritó:

–¡Déjame! ¡Déjame, perro! Te voy a matar…

Se sintió levantado. Sin quererlo, al esforzarse, levantó las piernas y las caderas. Luchó terriblemente. Sus últimos movimientos eran vacíos. El aliento le roncaba ya como una cuerda oxidada. El guarda caído se puso en pie.

–Cuidado, compañero, que soy yo.

Y con el revólver que había quitado a Álvarez, le disparó a boca de jarro.

Todavía Álvarez dio unos pasos, procurando colocarse detrás del estante. Tenía sólo dos balas, pero él no lo sabía.

Sacó la derecha. Lanzó los dos disparos a ciegas y esperó, la boca abierta, sin sentir la sangre que le salía del antebrazo. El terror lo atenazó cuando apretó el gatillo vanamente. Ajustó varias veces el dedo, encañonando el arma, sintiendo en sus entrañas aceleradas la angustia de no poder hacer nada.

Inmediatamente fue capturado. Había llegado gente a los disparos. Policías, curiosos y otros guardas lo rodearon. El que había sido castigado con sus puños lo golpeó vengativo, bárbaramente. Carlos Álvarez, perdida la noción clara de las cosas, siguió luchando. Entonces, cayeron sobre él guardas y policías a puntapiés y sablazos. Rodó por tierra, pero aún así, medio loco, se defendía. Los policías comenzaron a arrastrarlo. Manaba sangre de su rostro, de su cuerpo, de su boca despedazada a taconazos, hasta de sus mismos ojos, rotas ambas cejas. Un último golpe le abrió la cabeza. Se clavó en tierra, abriendo las piernas, desmadejado, y no supo más.

Los policías lo miraron. Uno dijo, indiferente:

–Oye, ¿se habrá muerto?

–Puede que sí.

Lo remecieron. Le tocaron el corazón y pudieron saber que aún vivía. Aún lo arrastraban hasta la calle Eloy Alfaro. Allí lo adosaron a la pared hecho un ovillo de carne sanguinolenta e inerte. Llamaron la ambulancia, para conducirlo al cuartel de policía.

Los baños fríos, que le aplicaban de rato en rato con baldes enormes, le devolvieron el conocimiento. Se palpó lentamente la cabeza, los ojos, los brazos. Tenía ya vendada la herida de revólver. Le dolía atrozmente como si le aplicaran tizones encendidos. No era sólo el dolor del brazo. Se sentía entero como una llaga inmensa. No pudo levantarse. La madrugada entraba ya por las rejas altas. Un polvo de luz azul le dio en la cara. Aspiró suavemente con sus narices adoloridas. Comenzó a quejarse. Le flotaban vagas ideas por la cabeza. Y se quedó dormido por un rato. Al despertar, a plena luz solar, a pesar de la fiebre y a pesar de los dolores que padecía, renegó de estar echado en ese calabozo húmedo, con orinas y vómito de ebrios, arrojad en el suelo como una bestia. Trató de unir las ideas y buscó, inquieto y triste, el nombre de quien podía haberlo traicionado así. Eugenia no podía ser, se dijo. La disputa de la semana pasada no podía haberla llevado a eso: era cómplice. Y, además, mujer... No, era una idea necia. Y las hermanas, en cualquier caso, se lo habrían impedido. En cualquier

momento, él podía declarar dónde tenía la bodega. Pero eso sí que no lo conseguirían nunca: cuando saliera de la cárcel, por lo menos le quedaban algunos fardos para vivir un poco. Contaba con la lealtad del chofer apresado. Pensó que Eugenia se aprovecharía... Sin embargo, le dejaría la mayor parte: sólo robaba para sus vestidos... Bueno, había que pensar y hacer planes. Mandaría a llamar a su abogado. En ese momento, se le vino a la cabeza la idea de que el patrón de la balandra era el traidor: había estado hosco con él, sabía todos sus secretos, y semanas atrás le había pedido aumento de comisión. Álvarez lo había tratado como se trata a un perro hambriento... tal vez...

Pidió agua para lavarse y un espejo. Le ardía la cabeza. En los ojos le saltaban pequeñas llamas. La celda se llenó de calor. El sol la encendía como un horno. Debo tener fiebre alta, debo tener fiebre alta pensó. Ojalá que no se me infecten las heridas. Pacos canallas éstos. Me las pagarán, todos me las van a pagar... Tomó el espejo entre las manos, se contempló las rojas hinchazones y lo estrelló contra la pared.

XIV

Ana Luisa miraba absorta a Eugenia, sin atreverse a desaprobarla. Simplemente, la escuchaba. Sus grandes ojos negros brillaban a ratos y luego se escondían bajo las pestañas curvas y sedosas.

–¿Crees que he hecho mal?

–No se qué decirte, Eugenia. Álvarez es un canalla pero…

–Claro, tú tienes escrúpulos. Yo, ¿de dónde, si me los quitaron todos? Estoy harta de sufrir injurias. Ese hombre me ha pegado, me ha insultado... Tenía que pagármelas.

Ana Luisa vaciló un instante. Movió despacio la cabeza. Se agitó su pelo como una caricia sobre la frente y preguntó:

–¿Y no crees tú que podría...?

–No. Por nada. Ha de imaginarse que podrá salvar lo que hay aquí. Además, tengo amigos, lo sabes bien. Me avisarían antes...

–¿Qué piensas hacer?

–¡Y me lo preguntas! Eso es para nosotras. No faltaba más que guardar las telas para el canallita de Álvarez.

–Eugenia…

–Te puede parecer mal, pero lo haré de todos modos.

No digas nada a Carmelina. Cuando pase el escándalo, cuando todo se vaya olvidando, venderé todo lo que ha quedado. Buena falta que nos está haciendo un poco de dinero. ¿Qué más puedo hacer? No seas tonta. Tengo el convencimiento de que no procedo mal. Estoy segura.

Saboreaba su venganza con dulzura y satisfacción. Por fin, se había cobrado. Deuda cancelada, se dijo. Y no le había costado ninguna dificultad. Esa misma noche de los insultos procaces, dominando trabajosamente la rabia, lo había hecho. Dejó caer la noticia, como sin quererlo, ante sus amigos, con quienes ap rentó encontrarse casualmente deteniéndose a la salida de un teatro. La invitaron a cenar. Aceptó. Uno de esos amigos era alto empleado de Aduana. Deslizó la conversación con toda su habilidad. ¡Las cosas que le cuentan a una! Y cierta vez, paseando en automóvil, había visto cómo desembarcaban los bultos. No recordaba exactamente por dónde. Y naturalmente, si lo supiera, tampoco lo diría. ¡Pero quién creyera que Carlos Álvarez se atreviera a tanta cosa! Estas palabras fueron pronunciadas levemente, de suerte que las oyó sólo quien debía oírlas. Había muchas risas que festejaban los cuentos de subido color. Eugenia bajó los ojos, se bebió una copa hasta el fondo y con voz más baja aún, dijo:

–No haga caso. Usted no va a proceder por esa tontería. ¿Verdad que no?

–No, no.

–Para qué habré dicho nada. Qué tonta soy. Olvídese de esto, por favor.

–No se preocupe, Eugenia. Somos buenos amigos y se lo agradezco. Por lo menos, debe estar absolutamente segura de que me olvidaré de la persona

que me ha contado este asunto. No sé todavía que haré. Eso es cuenta mía. Usted sabe que hay un porcentaje del contrabando para el denunciante. Lo seré yo mismo, con todas las de ley. La invitaré, Eugenia, la invitaré a muchas farras, y si usted me lo permite...

–Por nada del mundo. ¿En qué está usted pensando? ¿Se imagina que yo...? No sea loco, hombre.

–Es que... Bueno, es algo que le pertenece.

–Por favor, me está insultando. Soy incapaz hasta de pensarlo.

–Mil perdones, Eugenia. Terminemos esta conversación. Bailemos, ¿quiere?

Esa noche, Eugenia durmió feliz. No lo pudo lograr en los primeros momentos. Dábase vueltas en la cama y sonreía. Tal vez sintió, por un instante, un poco de pena de sí misma, mas razonaba y se daba ánimos. Tenía la certeza de haber procedido bien, y se lo repetía, se lo repetía incesantemente. No, ella no era capaz de traicionar. Pero Carlos Álvarez era un asco de hombre… Y no contaba con otros medios para el castigo. No era una traición: sólo venganza, castigo, nada más. Y si alguna pequeñísima falta había en su conducta, algún día, pasados los años, se encontraría con Álvarez y tendría el placer de decírselo cara a cara.

Así, borraría toda huella, toda sospecha de delación. Se fabricó una serie de palabras para el momento de hablar con Álvarez. Infló su conducta de buenas intenciones. Y hasta se encontró cierta grandeza de alma en la que nunca había creído. Se cobijó, cerró los ojos procurando el sueño y desvió los pensamientos hacia el doctor Ramírez. Qué bello sería reposar a su lado. No lo amaba, pero podía amarlo. Su vida rehecha. Un rincón, calor, estimación, aprecio de amigos, ocuparse de los menesteres de dueña de casa, floreros azules y amarillos cargados de rosas espléndidas, todo tan limpio y brillante... Tembló pensando en cosas amables y se durmió.

Muy temprano, antes de que Carmelina saliera al trabajo, que ya había reanudado en el taller, Eugenia, con
voz amable, le dijo:

–Carmelina, ya todo se arregló. Dentro de pocos días, devolveré estos bultos y no volveré a recibir uno más.

–¿Estás segura de lo que me dices, Eugenia?

–Completamente.

–Está bien. Parece que te entra al fin un poco de juicio.

Eugenia, del mejor humor del mundo, se puso a reír. Hizo dos o tres bromas, acompañó a Carmelina hasta la puerta, y regresó a la alcoba.

–Oye, Ana Luisa, aunque no creo necesario advertírtelo: Carmelina no debe saber por nada lo que he hecho. Le he prometido devolver los bultos y no recibir uno solo más. Le dije que ya arreglé todo bien. Como está apurada,

no me ha preguntado cómo. Para más tarde, inventaré algo que le satisfaga... Saldré bien del paso, te lo aseguro.

No esperó respuesta. Tendió su cama y se puso a sacudir el polvo de los muebles. Tarareó una canción. Luego entró al baño, se arregló el peinado, y apareció vestida con traje de calle.

–¿Vas a salir tan temprano?

Eugenia respondió que sí, que tenía que hacer algunas cosas y que no volvería, quién sabe, hasta la hora del almuerzo.

En cuanto se encontró en la calle, terminó su buen humor. Tal vez la alegría le venía de la resolución que había tomado después de tantos pensamientos extraños, amargos y dulces a un tiempo, de esos pensamientos que la habían agitado en los últimos tiempos. Ella misma no se lo explicaba. De pronto, una tristeza pesada la envolvía como en una capa de caucho caliente que la ahogaba. Y luego, reía, sentíase ágil, capaz de emprender muchas cosas, y la luz que contemplaba le parecía preñada de formas maravillosas. Todo podía ocurrir, y esto lo pensaba en los momentos más alegres, cuando su memoria retornaba, sin quererlo, como tirada por fuerzas ocultas, a esa época en la cual también a ella le habían contado leyendas doradas. Ávida, huído el sueño de sus ojos, la boca entreabierta, escuchaba, haciéndolas repetir sin descanso. Cuéntame otra vez... Otra vez... Todavía recordaba algunos de esos cuentos. Estaban en libritos azules y colorados, con los filos de oro, guardados en el cajón de la cómoda de la mamá. Ella misma tomaba de la mano a la madre y la conducía hasta la cómoda. Entonces le bailaban los ojos al ver que abría un libro. Creía que, de un momento a otro, de las páginas blancas iba a salir un duende chiquitito y barrigón o la vieja de la manzana o el osito que se perdió en el bosque... Tres cosas me van a preguntar, decía, y las tres me las van a dar... Son tres deseos y yo tengo una hada que vive en el bosque y es mi madrina y viste de blanco y viene a cantar para que me duerma. Tres cosas tengo que pedir, tres cosas bonitas que me van a dar...

Empero, esa mañana, Eugenia no se encontraba alegre. Había en las líneas de su rostro algo de miedo y algo de angustiosa tristeza. Llevaba las miradas clavadas en el pavimento y el ceño tan arrugado que cualquiera hubiera imaginado que un profundo enojo la dominaba. Marchaba despacio. En veces, se pasaba las manos por la cara, pues quería cerciorarse de que estaban heladas. Apuró un poco el paso. Tenía que darse prisa, pero luego volvía a caminar despacio. Su resolución –lo sabía muy bien– era más que firme, pero, entonces, ¿por qué esa punzada de duda se le metía en el corazón y no la dejaba avanzar tranquila y veloz? En una esquina cualquiera se detuvo. No tengo derecho, se dijo, para hacer esto, especialmente con él. No tengo ningún derecho. Es cruel. Pero, por todos los santos del cielo, ¿qué hago? Debo primero resolver mi problema. Quedaré otra vez como una cínica, como una desvergonzada... Ya lo soy bastante... Después de todo, llega a ser una ventaja esto de ser la rata Parrales... Sonrió un poco, amargamente... Levantó las miradas al cielo. Tuvo que cerrarlas por la fuerza del sol... Le quedaron puntitos rojos y negros en la carne húmeda de los párpados. Le molestó la luz después... Hubiera debido escoger la tarde, la penumbra, el silencio... A toda luz, a toda luz... Se arregló los cabellos instintivamente y volvió a caminar.

Cuando llegó, se detuvo en el zaguán. Hubiera bastado la menor insinuación para que desistiera de su propósito. Un grito, un consejo insignificante, la presencia de un extraño que la contemplara, cualquier cosa la habría obligado a regresar a la casa. Eugenia se mordía la uña del pulgar, mirando a todos lados como una colegiala pillada en falta. Miró hacia arriba, hacia las escaleras... Ya una vez las había subido a implorar ayuda. Pero ahora era algo tremendo, justamente después que... Carmelina tiene razón, pensó. Álvarez también tiene razón... Soy... un estremecimiento en los ojos la advirtió de que soltaría el llanto si no se esforzaba. Y rápida, audaz, los ojos agresivos, con el ardor de batalla que llevaba en las venas, trepó y tocó arriba, presa aún de la agitación de la subida.

–¡Eugenia! ¿Usted? Venga, por favor, siéntese. ¿Qué ocurre?

Eugenia entró despacio, tendió la mano al doctor, dejándose caer en una silla, frente a frente de ese hombre que le infundía respeto. Era la única cosa que hoy respetaba en el mundo. Lo miró un instante.

–Hable, Eugenia. ¿Acaso Carmelina...?

–No, doctor, no se trata de Carmelina

–¿Entonces?

Humedeció los labios con la punta de la lengua. Se sonrojó un poco, hasta que lo dijo bruscamente.

–Se trata de mí.

El doctor Ramírez se inclinó sobre su asiento mirándola a los ojos, tomó su mano y la acarició.

–Puede hablarme, Eugenia, puede hacerlo como con un hermano, ¿sabe?

–Ya lo sé, doctor, ya lo sé. No tengo a quien recurrir. Sólo usted es la única cosa buena que hay en este puerco mundo... Sólo usted...

Y sin poder contenerse, lanzó el llanto.

El doctor Ramírez pensó en calmarla y trató de hacerlo, pero cuando Eugenia comenzó a balbucear, comprendió que algo muy serio le ocurría y que mucho mejor era que llorase. Sólo así se confiaría.

–Vamos, vamos, hable, Eugenia. Se lo pido.

–Me muero de vergüenza, doctor. A usted, precisamente a usted, tengo que decírselo... Pero esto de vivir en abandono... ¿Lo ha estado usted alguna vez? Decírselo a usted doctor…

–¿Está usted enferma?

En el acto, se arrepintió de lo que había dicho. Pretendió consolarla. Pero Eugenia no había sospechado la idea del doctor y respondió:

–Sí, doctor... Es decir, precisamente enferma, no. Es que...

–Ah… exclamó el doctor, comprendiendo.

Luego, en tono suave, imprimiendo a la voz la tesitura de un consuelo paternal, le palmoteó las manos y agregó:

–No es tan grave, Eugenia, no es tan grave. ¿Qué ha pensado usted hacer?

Pero le había temblado la voz y sentía que sus ojos se llenaban de lágrimas. Hizo un esfuerzo... Él, tan acostumbrado a rozar con el dolor, vacilaba... Experimentaba una cosa aguda que de pronto podía estallar... Se reprimió. Hizo un esfuerzo másculo. Tragó dos veces su propia angustia. Se preparó, como se preparaba para las intervenciones quirúrgicas: la atención concentrada, el valor sereno, las manos y los músculos prestos. Prendió un cigarrillo. Invitó a fumar a Eugenia, pero ella se negó.

–Piénselo bien. Soy su amigo, Eugenia. Estoy listo a ayudarla. ¿Quiere usted tenerlo?

–He pensado que sí, pero a veces creo que haría mal –respondió Eugenia, aliviada, notando que las cosas habían salido más fácilmente de lo que esperaba.

–¿Cuánto tiempo, Eugenia? –preguntó el doctor Ramírez, esforzándose por dar a su voz un tono profesional.

–Más o menos, tres meses, doctor...

Ella levantó las miradas. Las bajó enseguida, con un veloz pestañeo, y continuó:

–Fue antes de que me pasara... ¿Sabe usted aquello, doctor? Yo no lo quise hacer... La violencia... Los insultos que recibí... El mismo amor, doctor... Estaba ciega, se lo juro…

–Sí. Pero no me cuente usted nada, no me explique nada, por favor. No es necesario.

Eugenia se recogió en sí misma. Se estrujó los dedos. Opacó la voz.

–Perdóneme. Creí que era mi deber.

–Usted no tiene ningún deber conmigo, Eugenia.

Se arrepintió de sus palabras, y volvió a acariciarle las manos. Eugenia se animó. Sus ojos húmedos habían perdido toda huella de fuerza y energía. Eran como los de un animal que espera el castigo, que lo solicita. Y quiso expiar, pagar algo, castigarse... Las palabras le salieron veloces... Él quiso contenerla. Eugenia le hizo entender que no, que tenía que decirlo todo...

Había querido mucho a ese hombre, desde que apenas si era mujer. Y sin embargo, había disparado contra él. Como una criminal, como una perdida

cualquiera... Después de todo, no era más que eso: una perdida. No importa de quien fuera la culpa. Era lo de menos. Nadie se lo iba a preguntar, ni nadie se interesaría por una historia vulgar... Una historia de trago, como hay tantas...Pero lo grave para ella, sólo para ella, lo que la había hecho crecer de dolor, lo que le daba un dominio para el susto, lo que, al mismo tiempo la atormentaba, así fuera dulcemente en veces, eran sus entrañas... Un hijo... Iba a tener un hijo... Tal vez –lo había pensado como una loca– ese hijo la salvaría, la obligaría a cambiar de vida... No lo sabía... Pero lo amaba con una fuerza capaz de todas las audacias... Sentía las uñas duras... No obstante, si era necesario, estaba dispuesta a sacrificarlo también... ¿Qué más le daba? Y por eso venía a pedir su consejo. Era médico. Podía hacerlo. Pero también era su amigo y podía aconsejarla. Si él lo juzgaba así, se desprendería del hijo y lo dejaría despedazar sin un reproche. Ya le habían partido antes el corazón. Tenía valor suficiente. Sobre todo, si fuera niña... No quería una niña. Por nada de este mundo. Seguiría su misma suerte, su mismo camino de vicio... un hombre, sí, un hombre la salvaría. Un hombre fuerte y sano, sin recuerdos tristes, sin saber nada de su vida ni de la de él. Un hombrecito valiente. ¡Con cuánta abnegación no sabría cuidarlo y verlo crecer y contarle después cuentos y cuentos, un montón de cuentos!

–¡Me salvaré, doctor! ¡Le digo que me salvaré! No me importa quién sea su padre, no me importa nada. Si tuviera la seguridad de que mi hijo de todos modos sería hombre, me hubiera parado en media calle a implorar un hijo al primer hombre que pasara... ¡No me importa nada! Lo quiero, doctor, lo quiero ya...

El doctor Ramírez, de pie, colocó sus manos en los hombros de Eugenia, que, sofocada, convulsionada en llanto, estallaba en violenta crisis de nervios.

–¡Lo quiero! ¡Es mi hijo, doctor! ¡Mi hijo!

–Tenga serenidad, Eugenia. Piense con toda la calma de que sea usted capaz. ¿Me oye? Hay que tener valor.

Eugenia levantó la cabeza, clavó en él sus miradas turbias, mordiose los labios, y repuso:

–Ya lo sé, ya sé lo que usted está pensando... Tiene razón... Hijo de un canalla y de la rata Parrales... ¿Qué puede salir de eso? ¡El hijo de la rata Parrales! Nacerá con una señal en la frente, así como se marca el ganado... Pero no, no lo llamarán así. Me iré lejos, a donde nadie sepa que Guayaquil me hizo pedazos. Tendré valor de sobra. Trabajaré. Arañaré la tierra, mendigaré, haré de todo, doctor, de todo... La gente tendrá que dejarme un sitio. O si no, lo arrebataré, lo tendré de todos modos...

–No, Eugenia, no pienso eso. Todo lo contrario. Tenga usted su hijo. Se lo digo de todo corazón. Hace usted bien: tendrá un objeto su vida y la suerte le cambiará. Debe usted ser madre. Hágalo.

Abrió los ojos Eugenia y no dijo nada.

Cuando se marchó, el doctor Ramírez se llevó ambas manos a la cabeza. Después, salió. Abandonó sus enfermos. No podía trabajar ese día. Se

marchó fuera de la ciudad hasta poder conseguir un poco de olvido y echarlo todo allí como dentro de un saco.

Mucho antes de la hora del almuerzo, Eugenia estuvo en casa. Triste, pero segura de sí misma, pasó el resto de la semana. Casi no habló palabra. No respondió a las preguntas de Ana Luisa. Caminaba lento, con aire grave, sumida en pensamientos que jamás había sospechado.

Todas las mañanas buscaba en los diarios noticias de Carlos Álvarez. Parecía no estar segura, a pesar de lo que afirmaba a Ana Luisa. Se informó de los detalles del juicio. Dejó pasar los días. Andaba como en acecho, impaciente, esperando el mejor momento. Al cabo de cierto tiempo, marchó en busca de compradores. Poco a poco, lo vendió todo. De un sitio a otro, ofrecía las piezas de tela. Sus clientes fueron los caramancheleros de la calle Pichincha. Discutía el último centavo en los precios. Guardó religiosamente las monedas que recibía. Y cuando lo tuvo todo en su poder, llamó solemnemente a Ana Luisa, contó en su presencia el dinero, hizo cuatro partes y le dijo:

–Aquí hay cuatro partes. Una para Carmelina, otra para ti y las dos las guardaré yo.

–Está bien, Eugenia.

Eugenia, sonriendo, agregó:

–En adelante, siempre será así. Y no te llame la atención de que haga cuatro partes, de que me reserve una más. Pero hazme el favor de no decirle nada a Carmelina: le entregarás su parte como la tercera. Y dile que es una comisión por la venta de los últimos fardos, cualquier cosa, ¿ah?

–Muy bien, hermanita. Pero tienes derecho: todo eso es tuyo... Fue por ti... Te obligaron... Has peleado... Lo has vendido tú...

–No me entiendes. Es por otra cosa... ¿No se te ocurre, Ana Luisa?

–No.

–Necesito guardar ese dinero. Dentro de unos meses habrá otra persona más... Yo...

Ana Luisa, sobrecogida, le tendió los brazos, Eugenia rompió en llanto y a media voz, con la garganta oprimida, mascando cada palabra, se lo contó.

Ella misma, sorprendida de la facilidad con que lloraba ahora, se echó a reír después. Discutió enérgicamente con Ana Luisa, que insistía en que Eugenia, en el trance en que se hallaba, guardase todo el dinero. La obligó a callar.

–Nadie sabe lo que nos pasará. Cuando yo me vaya... Cuando... Quién sabe lo que pase... Te prohíbo seguir hablando de esto.

Pasó un vendedor ambulante, ofreciendo su mercancía. Eugenia vio un entretenedor y lo compró. Corriendo, lo fue a ocultar entre sus ropas y luego, como dando una disculpa, se dirigió a Ana Luisa:

–Lo he pagado de mi parte, no de la de él.

XV

Había intentado trabajar de nuevo en el taller, pero a los dos días renunció. El mismo doctor Ramírez se lo había advertido. El movimiento de las piernas en el pedal de la máquina de coser amenazaba la vida del hijo. No importa, pensó. Habrá que buscar otra cosa. Y esa mañana, con un periódico en la mano, pasó incansablemente sus ojos por todos los anuncios económicos clasificados. Un empleo de oficina le convenía. Pero, ella, ¿qué sabía de eso? Entonces, de dependiente de almacén, tal vez de cajera. Eso sería fácil: cuestión de dar el cambio y sumar después al fin del día. Sonreía, pensando en las ansias que experimentaba por trabajar. Anotaba sus gastos de centavo en centavo. Era menester hacer economías. Tanto gasto que le caería después de poco... Y en lo que nunca dejaba de pensar: el viaje. Se marcharía lejos, con su pequeño capitalito, pondría una tienda y ella misma, junto a su hijo, la atendería. Muchas mujeres viven así. Lo recordaba, lo había visto en Daule, en los pueblos vecinos, en los suburbios de la ciudad. Las hermanas quedarían acompañadas entre sí y Ana Luisa, joven y buena como era, cuidará de Carmelina. Primero su hijo, sólo su hijo.

Buscó trabajo. De almacén en almacén, aun en aquellos que no habían anunciado nada, se presentaba. Le exigían recomendaciones, certificados de haber trabajado antes, papeles de honradez y buena conducta. Se acordó de sus amigos. Conocía a tanta gente, mucha de ella muy principal. Cuando les pidió un certificado, una ayuda, se echaron a reír.

–¿Cómo se le ocurre, Eugenia? No es para usted. No sea loca. ¿Cómo vamos nosotros mismos a perderla? ¡Por nada!

Ella insistía, llegaba casi a rogar. Era inútil. Pronto, en cambio, corrió un rumor entre las amistades: la rata Parrales, la mediana, quiere trabajar, y les hacía gracia esto como un chiste obsceno.

En algunas oficinas, al alejarse despedida, comentaron:

–Sería el colmo. La oficina se convertiría en un lugar de citas. La rata Parrales trabajando aquí... ¡Qué ocurrencia! Le pagara el sueldo sin que hiciera nada, pero si se lo propongo hasta me pega la muy engreída...

Día tras día caminaba. Agotó las direcciones que había extraído de la guía de teléfonos. No se daba por vencida. Sabía que se encontraba en plena

lucha, para la que se sentía con sobra de energías. Hasta el fin, hasta el fin, sin una sola vacilación. Retornaba a casa cansada, con las piernas adoloridas. Pensó que podía llevar trabajo a casa, pero no entendía de labor de mano. Y llegó hasta a solicitar trabajo en las cantinas, pero tampoco lo halló.

Entonces, cierto día, pasó por su cabeza una idea. Se agarró a ella con todas sus fuerzas. Anhelante, nerviosa, vistiose y se echó a la calle sin perder un minuto. Llegó al centro de la ciudad. Se dirigió al malecón, en busca del despacho del Gobernador de la Provincia.

Tuvo que hacer larga antesala, pero no la recibieron. Regresó en la tarde y tampoco pudo lograrlo. A los tres días, cerca ya de las doce, cuando los empleados se aprestaban a salir en busca del almuerzo, pudo entrar. El gobernador la recibió afablemente, le brindó asiento y le insinuó exponer el motivo de su visita.

Eugenia habló sin titubeos. La renta que recibían del gobierno, materialmente no les alcanzaba para nada. Quería trabajar para ayudarse. El señor Gobernador podría ayudarla. Quería un empleo, de cualquier cosa, por ejemplo, en el Correo, en el que veía trabajar a muchas señoritas. Para él sería cosa fácil.

El Gobernador hizo un gesto lento y suave antes de hablar. Ya había hecho lo que estaba en sus manos. El montepío era obra exclusiva de él. Había sido amigo personal del doctor Fierro, el difunto marido de la tía Aurora. Cumplió el encargo con el convencimiento de que llenaba un deber. ¿Se imaginaba acaso la señorita que el Congreso por sí hubiera votado la partida presupuestaria? Las solicitudes de particulares, con el montón de papeles que hay en las secretarías, quedan archivadas de año en año. Se requerían influencias. Y él había solicitado la atención como un favor personal. ¿Qué más que eso podía haber hecho o hacer? Estimaba que era suficiente.

Eugenia insistió. Eran tres y tenían que pagar desde el arriendo. Y por si acaso lo ignoraba, le explicó que la tía Aurora, al morir, no les había dejado un solo centavo de herencia.

–Y somos tres mujeres solas, señor Gobernador.

–Ya lo sé. Las conozco bien.

Eugenia lo miró de frente. Luego, pausadamente, dijo:

–Usted debe recordar que fue debido a usted que yo recobré la libertad. Supongo que mis hermanas le explicarían las razones por las cuales estuve en esa situación y cometí esa falta. Es decir, falta ante la ley... Tenía motivos de sobra... Ese señor era un ladrón vulgar que nos había despojado de todo... Sé que, de todos modos, constituye el hecho un antecedente malo, pero no se ha repetido ni se repetirá.

–Sí, lo recuerdo. No es esa precisamente la razón.

–¿Entonces?

El Gobernador se afanó por explicar que no había vacantes y que no podía cancelar nombramientos de empleadas experimentadas y con muchos años de servicio.

Eugenia aún esgrimió otra arma. Le habló de su padre, el comandante Parrales, teniente de Alfaro, del liberalismo, de que ellas eran de una familia liberal que, en su época, había jugado un importante papel en la transformación del país. Debía suponer que a una hija del comandante Parrales le resultaba muy duro pedir. Si el padre viviera... Por su memoria, le rogaba que la ayudase.

El Gobernador movía la cabeza, comenzando a impacientarse. Cruzó dos veces el salón, con las manos en la espalda. Por fin, reventó su franqueza. Dijo a Eugenia que los empleos no se conseguían por esas razones. Era el Ejecutivo el que los designaba y lo hacía con las personas recomendadas por algún personaje influyente en la política. Él ya no podía recomendar a nadie más. Se dirigió a su escritorio, abrió una gaveta y mostró a Eugenia una larga lista de nombres. Todos ellos esperaban el turno, todos tenían recomendaciones urgentes, de aquellas que rezan como un favor personal al suscrito... Y eran recomendaciones de hombres útiles al Gobierno en cualquier momento. ¿Comprendía? Lamentablemente, esa era la verdad.

Eugenia ya no tuvo más que hacer. Se despidió. Miró al Gobernador, inexpresivamente, como una cosa ajena a todo. Y le dijo, secamente, un «buenos días».

La despedida no dejó satisfecho al Gobernador. Mientras Eugenia soltaba las puertas de vidrio, él permaneció perplejo, mirando a su secretario, quien se acercó y le preguntó:

–¿Esa no es la rata Parrales?

–La misma. Claro que lo que le he dicho, lo que usted acaba de oír al entrar, es la verdad. Pero, aunque se hubiera podido encontrarle algo, ¿se da usted cuenta del escándalo que significaría para mí el emplearla? Ya una vez la saqué de la cárcel. Ahora empleítos... Esos periodicuchos pasquines no esperan más que un ligero pretexto para atacarme... Dirían que la rata está viviendo conmigo. No, de ninguna manera. Sólo que la mandáramos a alguna provincia lejana. Pero no vale la pena. Usted sabe que hay otros compromisos que nos interesan mucho, y que es indispensable cumplir. Después de todo, yo no nombro a nadie... Somos esclavos de la situación política. No hay remedio. Y todos los diputados y personas influyentes quieren ser complacidos en el acto. ¿Qué saco, digo yo, qué sacamos dando un empleo a esta chica? Evidentemente, nada. Ella sabrá buscarse la vida... Total, que he perdido mi tiempo, como si no tuviera nada que hacer... Ya estoy harto de solicitudes de empleo. Póngame un letrero a la entrada diciendo que no hay vacantes, que no se atienden palanqueos, cualquier cosa... ¡Bah! Se creen que el Gobernador tiene la varita mágica para complacer a todo el mundo... Yo no he hecho el mundo ni soy el responsable de nada... Como si esto fuera casa de beneficencia. Vamos, almorzaremos, y esta tarde que no pase nadie a verme si es que no está previamente citado por mí.

Al llegar Eugenia a casa, se encontró con Carmelina justamente en la puerta de calle. La tomó del brazo, la miró arrugando las cejas y le soltó esta frase:

–Oye, Carmelina, tu liberalismo no me sirve de nada, ¿sabes?

Y entró sin esperar respuesta. Carmelina, detrás, quedó asombrada, sin entender una palabra. Pensó que Eugenia era chiflada, encogió los hombros y resolvió para sí que resultaba inútil pedir explicaciones de esa frase, pues sabía de sobra que no las recibiría.

Tres días ya que esa señora de manta rondaba cerca de las ventanas de las tres ratas. En la esquina, se detenía largos momentos. Miraba con sus ojillos menudos, renqueando ligeramente de una pierna al caminar. A cada rato, como un tío, se acomodaba la manta sobre la cabeza. En veces, se perdía por horas enteras. Normalmente, se le veía entre seis y siete de la noche. Vestida de negro, con zapatos de lona café oscuro, lucía esa chata cara morena y los gruesos labios morados, brillándole todo el rostro como embarrado en aceite. Conversaba una que otra palabra con los muchachos del barrio, hasta que se marchaba para volver al día siguiente.

Eugenia regresaba una tarde de la calle. Era aún de día. Pero ya el sol se había alejado y dentro de poco caería el crepúsculo raudo de los trópicos. En la esquina, le llamaron la atención.

–Señorita Eugenia, una palabrita.

–¿A mí? ¿Qué se le ofrece, señora? –Y comenzó a pensar las excusas que daría, pues temió que le pidiera dinero.

–Vea que estoy de Dios haberme encontrado hoy con usted. Ni me atrevo a decirle nada, pero como usted es tan buena, señorita Eugenia.

–¿Yo? ¿De dónde me conoce?

La vieja tosió y con la cara feliz lanzó sus palabras:

–Así son las cosas, así son las cosas... ¿Cómo no la voy a conocer, señorita Eugenia? Fui lavandera de la señora Aurora. ¿Y quién no conoce también a una señorita tan simpática?

Eugenia no entendió nada. La miró un poco severamente, más por sorpresa que por disgusto. Nuevamente, preguntó:

–Bueno, ¿en qué puedo servirla?

–Es que tengo miedo de que se me vaya a molestar si le digo.

Sorprendida, Eugenia insistió, imperiosa:

–Hable de una vez y no me haga perder el tiempo.

–¡Jesús, la niña! No se moleste. Yo soy una pobre mujer. No he querido hacerlo, pero tanto me han rogado, y, además, como era para su bien, me resolví, pues.

–¿Me resolví? ¿A qué se ha resuelto usted? ¿Y para mi bien, dice? ¡Esto sí que es raro!

–Me resolví, este, a decirle, pues, lo que me encomendaron. Como yo, pues, soy conocida de tanta niña...

–¿Quién le ha encomendado algo para mí?

La mujer tomó aire de confidencia. Ajustose la manta, acercó un poco la cabeza, procuró agrandar sus ojos pequeñines, y despacito, escondiendo las manos en el pecho, le confesó:

–No se vaya a creer que es un mocito cualquiera, no señorita. No lo haría por nada de este mundo. Es un señor de situación, bien rico, hombre serio, de buena familia, muy conocido…

Eugenia se mordió los labios. Le subió la indignación como fuego a los ojos. Tuvo que contenerse para no caer a bofetadas sobre esa vieja osada.

–¿Qué se imagina usted? ¡Vieja alcahueta! No quiero verla más la cara por aquí, ¿entiende? ¡Lárguese!

–Tiene razón, tiene razón, señorita. Yo no sabía... Es que tanto me dijeron que...

La ancha cara morena se había puesto ceniza. Suplicó con los ojos, con todo el gesto humillado. La manta temblaba desarreglada sobre su pelo mantecoso.

–¡Cállese! No vuelva a decir una palabra. ¡Vieja del demonio! ¡Pipa de diablos!

Eugenia, rabiosa, entró a su casa. No contó nada a las hermanas. Comió en silencio, arrojándose luego a la cama. Le asaltaron tantos pensamientos que quedó aturdida. Hallar trabajo para asistir al hijo que llevaba consigo le parecía ya cosa imposible. Dos o tres veces creyó que hubiera sido mejor deshacerse de él. Buscaría al doctor... Pero cuando llegaba a esta conclusión, se estremecía, oprimiéndosele la garganta. Sentía un nudo atroz. Un deseo incontenible casi de ponerse a gritar. El sueño no le llegaba. Tampoco deseaba conciliarlo. Sus ojos atravesaban las sombras, buscando una solución en lo lóbrego. Sólo de la oscuridad podía venir la solución por lo que luchaba afanosa tantos días. Hizo cuentas mentales... No alcanzaba. Necesitaba más dinero, mucho más dinero... Al principio, ni siquiera se detuvo a pensar en los detalles pequeños y trágicos de su maternidad. Escondió el secreto como una avara. Las ideas sobre el hijo se le fueron formando con el transcurso de los meses, dándole vueltas en la cabeza como una telaraña. Por algún lado, habría un lazo que desatar. Le dolía la cabeza. Vacilaba de un lado a otro de la almohada, como con mareos. El pecho se le hinchaba, cortándosele la respiración. No lloraba. Ni para qué hacerlo. Seca, seca, se llamaba a sí misma. ¿Qué es lo que puede quedar de mí? Sólo el hijo le parecía lo único santo y bueno de su vida, de todas las vidas, la parte inmaculada de su existencia. Todo por él, todo por él... Oyó que Carmelina se agitaba en su lecho, y pensó que era la única feliz. Mucho

mejor que no haya conocido a un solo hombre en su vida, se dijo. Después, inmediatamente, la compadeció. Tenía sus sentidos abiertos, agudos, y qué bien entendía las cosas esa noche, no obstante, la turbación de sus sentimientos. ¿De qué le hubiera servido eso que llamaba Carmelina el honor? ¡Bah! Pura basura. Ella también era una basura, pero las basuras pueden transformarse en cosas blancas y útiles. Seré, se dijo, como el abono, como los excrementos de los animales, y la planta que crezca de mí será mi hijo... Sus dos manos trémulas acariciaron el vientre, y sólo entonces una pequeña lágrima que no pudo contener rodó despacio por sus mejillas y le cosquilleó detrás de las orejas.

Al día siguiente, Eugenia vivió como ausente. No se asomaba a las ventanas, temiendo ver la sombra de esa vieja de manta. No podía hacer nada, ni el más pequeño menester doméstico. Tomó la escoba para ayudar a Ana Luisa, pero la dejó en el acto. Fláccida, nerviosa, la traicionaban sus ojeras. Ana Luisa se lo dijo:

–Tú no estás bien. No debes agitarte.

Sin responder, Eugenia la contempló. Y tuvo un ímpetu irresistible de saltar a su cuello y cubrirla de besos. Pero no lo hizo. La contempló solamente. La vio bella, dulce, con su cuerpo elástico y fresco, con su piel de uva morena, con esos ojos buenos que no sabían nada de lo que, de repente, espera a una mujer solitaria y torpe. Torpe como ella. ¿Acaso no lo había sido? Anheló ser poderosa para salvar ese cuerpo joven, esos ojos, esa boca alegre...

–¿Por qué me miras así, Eugenia?

–Por nada. Eres muy bonita, Ana Luisa.

–No me hagas reír. Tú sí que eres bonita, Eugenia, y bien que lo sabes, y te vienes a hacer nomás. La prueba es que tus amigos te buscan siempre.

Eugenia tuvo un gesto que no alcanzó a entender Ana Luisa. Echó ligeramente la cabeza atrás y replicó:

–¡Ja! Es que me gusta la farra. Bebo, bailo, soy alegre como una pandereta y todo el mundo se divierte conmigo. Todo el mundo se divierte. Todos, menos yo.

Ana Luisa no dijo nada. Continuó sus quehaceres, hizo una mueca en broma a la hermana y se puso a tararear una canción.

La segunda noche fue para Eugenia aún más tormentosa que la primera. Por todas partes veía al cerrar los ojos, montones de dinero. Monedas blancas, nuevecitas, que no podía alcanzar. Fajos de billetes de todos los colores. No comprendía cómo estaban tan cerca de ella las monedas. Y para su hijo, tan poco, tan poco, casi nada. Tuvo, entonces, un pensamiento claro, conciso, fuerte: en el mundo hay dinero a montones, en cantidades fantásticas, pero ¿por qué para unos no existe? Es que los que no tienen trabajan para los que tienen, pero yo, ni siquiera eso. Yo no trabajo. Hasta ese derecho se me ha negado. Pensó en Carmelina. O tal vez estaba equivocada: Carmelina trabajaba también para sí misma y para las

hermanas. Se confundió. No entiendo nada, pero lo que se llama nada, se dijo. Sólo quiero que mi hijo tenga dinero, mucho dinero, montones de dinero... O siquiera un poquito... Así será feliz: es el único medio. Debe ser de los que tienen y no de los que están sujetos a los otros, a mendigar o a robar.

Esta última palabra le quedó en los oídos como un eco martillante. Y poseída de cólera, rabiosa, encogida como en fuga, se gritó a sí misma con toda la fuerza de su voz interior: seré ladrona, robaré, me cogeré lo de otros, pero yo tengo que darle dinero a mi hijo. Que no se muera de hambre el pobrecito, que se eduque y que no sea un sinvergüenza como su padre o un loco divertido como su madre...

Amaneció para Eugenia cuando menos lo pensó, cuando aún tenía la cabeza vacía y el ánimo temeroso. Experimentaba una gran debilidad. Apenas probó el desayuno. Se contentó con beber esencia amarga de café. Arreglose y se echó a la calle, por gusto, por andar, por regresar cansada y poder dormir después del almuerzo. Mas no bien había caminado pocas cuadras, cuando se encontró con la vieja de la manta.

–Señorita, buenos días, ¿cómo ha amanecido?

–Buenos días. Bien, ¿y usted?

–¿Ya no está tan enojada conmigo?

La vieja sonreía entre los bordes de la manta y le quedaba una mano temblorosa, extendida como en solicitud de algo que no podía decir con las palabras.

Se le hicieron duros los labios a Eugenia. Una sombra gris pasó delante de sus ojos. Avanzó un paso. Miró a la vieja con sorda rabia. Y exclamó:

–Acepto.

–Ya lo sabía, ya lo sabía... Una persona tan inteligente como es usted... ¿Le parece bien a las seis de la tarde?

–A la hora que le dé la gana. Lo que usted quiera...

Tenía, ahora, inclinado el rostro, humillada. Sentíase pequeñita, insignificante No se atrevía a mirar cara a cara a esa mujer. El último esfuerzo la había agotado. La vieja sacó un papelito y una dirección.

–Tome, tome, allí está bien apuntado... Yo no me olvido de nada, de nada... Todo estaba listo... A las seis, ¿ah? Encontrará la puerta abierta. No se ha de arrepentir, no se ha de arrepentir... Más sabe el diablo por viejo que por diablo... Yo se lo digo... Ya verá...

Eugenia tomó el papel, se volvió y regresó a su casa, roja la cara, todavía sin darse bien cuenta de lo que había hecho. Entró inclinada, vacilante, sin peso en su carne, igual que si la hubieran golpeado.

XVI

Hay una hora en el día en que las cosas parecen desprenderse de su sitio y caminar solas o vacilar suspensas en el aire como si hubieran perdido el peso. El viento viaja de prisa, prestando ayuda a ese disolverse tenue y sordo. Las voces son discretas, caedizas. El diálogo se ondula. Nadie se atreve a gritar por temor de que se apedace la voz. No se sabe si hay polvo ni se sospecha siquiera la reciedumbre de lo concreto. Un cristal empañando pasa continuamente. El aire de las cosas es cazurro. El cielo se muestra abubado de nubes tontas. Y todo el encanto se viene abajo de repente, cuando brillan las luces y se dibujan las sombras diagonales como delgadas llamas negras.

El barrio es así: sórdido. Entre enanas paredes de yerba se abre el camino y hasta las piedras que se tropiezan son de baja estatura como los duendes y las voces sutiles.

Hay que dar tres vueltas seguidas. Son tres esquinas que hay que atravesar en zig-zag para llegar a la casucha cañiza, perdida como un alto en el desierto. Porque la pampa sartenejosa se halla como una pista inmensa en su delante. Arriba, se amontonan ahora nubes negras con bordes grises igual que algodones quemados. Una tenue raya de luz queda vibrando. Es hora de hablar quedo, en afán de confidencia. Se mira uno las manos, y cree que están sin atadura al cuerpo. Tiene que sentirlas en el rostro, en el cuerpo, en el mismo pecho recogido para saberlas propias.

Llegó antes de las luces. Sus ojos miraban sin comprender. Avanzó lentamente, como llevada por manos suaves. Capitana de una empresa, marchaba a la gran batalla. Era una brava pelea que había comenzado mucho antes, pero que ahora tendría fin.

Detúvose en la esquina. Buscaron sus ojos algo que no sabía: sólo vieron el crepúsculo encima como una tapa que la iba a encerrar para siempre. Tuvo la sensación de que se agachaba para no tropezar los hombros. Vaciló tal vez. No adelantó un paso. No fue necesario. Salieron a su encuentro, a tomarla de la mano. Le hicieron un amable reproche por la tardanza. Ella se dejó conducir, inconscientemente, al atravesar la puerta, se arregló los cabellos y procuró serenarse.

Las linternas de querosene se habían prendido ya. Sentóse en una silla. La pequeña ventana abierta se le antojaba cruzada por hierros. Frente a ella una mesa con un florero roto, y algunas sillas más. Le hablaron. Volviose y se quedó atontada.

Era él. El mismo señor de situación, que acababa de salir de una pieza interior. Se presentó con palabras corteses. Dijo un nombre que no entendió bien ni recordó haber escuchado antes. Lo contempló unos segundos. ¿Cuántos años tendría? Imposible calcularlo. Circulaba por una edad en la que los años no cuentan porque el aspecto es indeciso. La cabeza era redonda. Le brillaba el cráneo entre el pelo ralo, cuidadosamente peinado sin embargo. Vestía traje de casimir oscuro y se había colocado un rojo clavel en el ojo de la solapa. No era precisamente feo. Era un señor gordito, ligeramente sonrosado, de grandes cejas, ojos brillantes y gruesa boca. La nariz era correcta, algo caída, con elegancia, sobre el labio. Llevaba chaleco, ajustando el vientre que pugnaba por salirse. Los botines parecían espejos. La corbata, azul marino, con puntos rojos, se curvaba, opulenta, con un grueso brillante de señero. Y el pantalón, muy caído, se quebraba en el filo con cierta elegancia antigua.

La conocía. ¡Oh, mucho! ¡Tanto como había deseado ser su amigo! Buscó las mejores palabras para agradarla. Hizo traer licor y la invitó. Eugenia bebió con avidez. Él lanzaba una risita llena, que sonaba a campanillas de cascabel, a campanillas redondas. A Eugenia se le antojó algo así como una rueda con campanas. ¿De dónde le venía esa risa? Buscó en la imaginación y se quedó perpleja. Sus ojos vagaron unos minutos por las alturas impalpables. Ella había oído esa risa, había sentido en sus tímpanos el mismo tintineo de pequeñas campanillas. Se esforzó por encontrar en su recuerdo el dato preciso. No lo halló. Pero estaba segura. No eran nuevas. No tenían el contorno fresco de las cosas que se escuchaban por primera vez. Tampoco eran muy viejas, porque le flotaban en el alma con sonrisas

alegres. Y lo miraba con insistencia, tratando de descubrir en sus líneas curvas el secreto de las risas redondas.

Había perdido la noción del tiempo. El alcohol le arrebataba la cara. Un calor agradable le llegaba hasta los ojos. Ya no se acordó más de las campanillas, pero el señor gordito seguía riendo y colmando las copas de licor. Eugenia se levantó a mirar por las ventanas. Él le dijo que no se preocupara. La conduciría en un automóvil que llegaría oportunamente. Sería un grato placer...

De vez en cuando, el señor giraba las miradas hacia una cortina de zaraza, de color indefinido, entre rojo y gris, que daba acceso a una habitación interior. Pero no se atrevía a decir nada. Sentíase confuso, y, por darse valor, bebía mucho. Sólo que ese día la bebida no le llegaba a la cabeza. Sí, hubiera podido tomar un tonel entero. Parecíale increíble tener a su lado esa mujer, tan interesante, tan distinguida... No encontraba la fórmula para invitarla a pasar tras de esa cortina. No hallaba más que chistes, chistes y risitas pequeñas y gorditas como él.

Más tarde, le tomó las manos para acariciarlas. Arriesgó un boceo en las palmas de las manos dóciles. Eugenia volvió a pensar vagamente en que no le pertenecían las manos. Las había vendido. Ese hombre gordo era el mercader. Pagaría su precio. Se levantó. Retornó a la ventana. La noche se había aclarado. Entre nubes espesas y negras, asomaban retazos de luna. Aspiró el viento de la noche. Regresó a pedir un cigarrillo y nuevamente permaneció unos minutos en la ventana.

Cuando él quiso decirle palabras de amor, fracasó. Fue Eugenia la que, entonces rió. Después sintió pena, pena inmensa de ese hombre balbuciente y empequeñecido ante su presencia. Ella misma sirvió nuevas copas. No era tan frágil, reflexionó. Y se hinchó de orgullo pecador y sabio. Invitó al señor de buena posición. Y lo miró con provocación, con desafío, retozona de risas.

Esto sólo duró un instante. Cayó en silencio. La luz de la linterna vacilaba cuando la alcanzaba la cola del viento. De pie, el señor gordito acogió sus risas con mimos y la abrazó. Eugenia encogió los hombros. La cortina se abatió, como si la hubieran soplado hacia adentro.

Creyó que todo se había dormido. Un sueño inmenso vino de súbito en el filo de ese viento discreto. Era como en un viaje a medianoche, al borde de los abismos o de los ríos bulliciosos, cuando se marcha cabeceando sin advertir el peligro. Se entretenía en mirar la sombra de su cabeza contra las cañas de la pared. Allí está mi propio sueño, pensó. Esta idea le pareció excelente y se dibujó una sonrisa en sus labios.

Algunas cosas recobran su sentido con la noche. Otras se pierden definitivamente. Pero queda la impresión de una gran apretura, de un amontonamiento de cosas blandas y espesas. Eugenia se levantó sobre sí misma. Y lanzó contra los bordes de las sombras su corazón. Vio cómo daba los botes de una pelota de caucho, sostenida entre los dedos por un hilo invisible. Sin darse cuenta, extendió las manos para recibirlo y se le escapó.

Era un juego muy divertido. Se echó a reír. El preguntó las causas de sus risas. Y ella se puso seria, hablando a retazos húmedos, enredando las palabras en la lengua. No se lo hubiera podido explicar nunca. Después, alzó los brazos, impetuosa, y se estrechó contra él.

XVII

Ana Luisa discutía vivamente con Carmelina. La causa había sido, al principio, baladí. Fueron las alusiones a la conducta de Eugenia lo que sacó de quicio a Ana Luisa. Carmelina lanzaba palabras amargas y su voz mordía. Hablaba de prisa y mucho más que la hermana.

–No tienes derecho, Carmelina, no tienes derecho.

Se rio fuerte Carmelina. Y no se dejó interrumpir. Pero cuando llegó a tratar de las viejas glorias familiares, Ana Luisa le salió al paso con sorna.

–No seas ridícula. Ya me tienes harta con ese honor liberal. Tú no sabes nada de eso.

–Capaz eres de renegar hasta de tu padre.

–Mi padre es otra cosa y de otro tiempo. Tú vives hecha puro huesos y te agarras de lo que ya no sirve porque no tienes más que hacer. Repitiendo siempre lo mismo, has llegado a creer que es verdad.

Carmelina, pálida, replicó con la voz cortada, como a saltos. La que no entendía nada de nada era ella, mocosa atrevida. Le pidió que tuviera un poco de respeto por la memoria del padre que había luchado en los campos de batalla. Las palabras libertad y democracia salpicaron su discurso.

–¿Ya terminaste? No hay tales cosas, Carmelina. Me das lástima. Se me antoja que los hombres de doctrina se han muerto y que vivimos en un gran cementerio. Los que quedan sirven para que se rían de ellos. Y es que no los dejan hacer nada y acaso tampoco harían gran cosa. Los más, los que se pavonean sobre la sangre que se derramó por la libertad, son fascistas: sólo quieren el poder y la dictadura. Es el único medio que tienen para evolucionar en algo. Entre ellos mismos se pelean. Los defensores de la democracia están solos, Carmelina, pero esa no es la democracia de palabras bonitas que tú defiendes. No están en el poder. Si llegaran a él, pronto los echarían. Los doctrinarios, los puros, pocas veces son tomados en

serio. Te digo que la mayoría va hacia el fascismo. ¿Quieres algo más contradictorio con la democracia?

–Tú no sabes lo que estás diciendo. Te repito que eres una mocosa. No son ideas tuyas. Son cosas que te ha metido en la cabeza el tonto ese de tu enamorado, el tonto socialista sin empleo…

Ana Luisa, en arrebato la cara, replicó:

–Eso sí que no te lo permito. La tonta eres tú. Ya te quisieras... Es la envidia que sientes la que te hace hablar.

–¿Envidia? ¿Envidia yo? ¿De qué voy a tener envidia? ¿De tus perradas? Es Eugenia la que te ha dado el ejemplo... No pueden vivir sin hombre... Ni vergüenza tienen ya... ¿Qué es Pereira para ti? ¿Ah? ¡Dímelo! ¡Atrévete!

Echaba el cuerpo hacia adelante y levantaba las cejas, esperando la confesión ansiada, loca por oírla de sus propios labios, reventando de placer anticipado por escucharla. Semiabierta la boca, quedó en tensión, agazapada, lista a saltar, los oídos agudos... Repitió:

–¿Por qué te callas? ¡Dímelo! ¿Qué es para ti, Pereira? ¿Qué es para ti ese muerto de hambre?

En los labios de Ana Luisa se dibujaba una mueca de profundo desprecio. Sin embargo, estaba herida. Pero es que le daba asco la escena. Su juventud la hubiera castigado con violencia, la hubiera abofeteado, sin el menor respeto por las mejillas flácidas de la hermana mayor. Sólo le clavó las miradas, pero Carmelina, impávida, esperaba como un animal en celo. No se movía un músculo de esa su cara atormentadamente pálida. A los lados de los ojos se le habían agrupado pequeñas arrugas. Movía los dedos en el vacío como dando vueltas a una rueda imaginaria. Ana Luisa avanzó dos pasos, se cruzó los brazos sobre el pecho, y con voz delgada y alta, como para que la oyera todo el mundo, gritó:

–¡Es mi marido! Yo soy su mujer y lo quiero... Y tú, envidiosa, incapaz de saber lo que es tener un hombre, te desesperas porque jamás te han mirado como a mujer... Ya lo sabes, Francisco Pereira es mi marido, aunque nunca me haya casado con él. ¡Mi marido! Te lo repetiré mil veces, te lo gritaré en las orejas hasta que te vuelvas sorda. ¡Mi marido! Te lo refregaré en la cara hasta que cierres los ojos y no me mires más así. ¡Mi marido!

Carmelina hinchó el pecho, desordenado, arrítmico, tumultuoso. Se adelantó también, iracunda. Las palabras le salieron difíciles, pero una a una las fue soltando.

–¡Desgraciada! ¡Cállate! Hablas como una prostituta. Si te oyera mi padre... Si mi madre estuviera viva...Por ti, por tu hermana es que nos llaman las tres ratas. Y yo debo soportarlo todo por culpa de ustedes... Somos la comidilla de todo el mundo. Yo no necesito de hombres, para que lo sepas... Soy una mujer digna... ¡Calla! ¡No me repliques nada! Soy capaz de pegarte, de enterrarte las uñas, de despedazarte. ¡Silencio he dicho! Y si fuera cierto, renacuajo, jamás, ¿entiendes?, jamás te lo confesaría a ti, puerca, asquerosa. Jamás te diría que yo también he podido tener un

amante...Jamás sabrías por mi boca que alguna vez he soñado con un hombre... No me entenderías... Pero no los necesito. ¡No los necesito! ¡No los quiero! ¡Los odio, imbécil! ¡Los odio con toda mi sangre! A todos... A tu marido también... A tu amante... A ese hombre que te has buscado como una perra... A todos los hombres del mundo, los odio, los odio, los odio...

La expresión de Carmelina era tal, que Ana Luisa no intentó replicar. Habló mucho aún Carmelina. No tenía cuándo terminar. Retornaba siempre a las mismas palabras. Manaba rabia, como de una gran herida, sangre. Se había tomado del respaldo de una silla, atenazándolo con los dedos. Luego la soltó. La arrojó en media habitación y se puso a agitar los brazos mientras gritaba:

–Despacio, Carmelina, estás haciendo un escándalo.

–¡Cállate! ¡Silencio! No eres más que una perdida, igual que tu hermana. Explotadoras, busconas, se alcahuetean entre ellas y se ríen de mí. Ya no se van a reír más, ya no se van a reír más... Dios las castigará. Tendrá que hacerlo por su justicia, porque existe para castigar. No creas que me voy a morir todavía. Te equivocas. Viviré para que con mi muerte no puedan ustedes hacer de esto un burdel. Eso es lo que quieren las muy... Pero no soy tan bruta. No soy como tú crees. Me doy cuenta de todo, idiota. Esa víbora que mató a papá ha debido morderles a ustedes. Pero claro, las víboras son ustedes mismas, lenguaraces, ladronas de mi trabajo...

Se detenía por segundos para respirar. Ana Luisa la miraba mordiéndose los labios. Así lo hubiera intentado, habría sido imposible interrumpirla. Era como un torrente desbordado. Saltaba de una idea a otra, igual que si la hubieran acorralado. Quería ofender, ofender hondo, desesperar, castigar. Levantaba las manos para dejarlas caer en el aire como si estuviera azotando con ellas las carnes de su hermana.

Por fin, agotada, se dejó caer en un sillón. Se estremecía de rato en rato. Ana Luisa comenzó a temer, arrepintiéndose un poco de la disputa. Mas no se atrevía a acercarse. La contemplaba con susto, aun con rabia. Quiso decirle algo, pero se le atravesaron las palabras en la garganta. No la entendería, no la entendería jamás. No hubiera podido explicarle nada, ni pidiéndole perdón. La sentía lejana, ausente, hecha de otra manera, con otra sangre y otra piel.

De repente notó que se le estaban hinchando las mejillas con el ahogo. La compadeció. Debe sufrir mucho, pensó. Carmelina ya no decía una palabra. Se agitaba en sí misma, poseída. Abrió unas dos o tres veces la boca. Le silbaba el pecho desde adentro. Se le extraviaron las miradas. La rabia de su boca se trocó en un gesto dócil, de abandono. Empero, aún tuvo energías para querer ponerse en pie y avanzar. Se tambaleó. Cayó desplomada. Y de pronto todo el cuerpo, como un edificio que se desbarata, tembló, reventó. Carmelina se puso a gritar sin palabras. Había caído hacia atrás, convulsionada, mezclando lágrimas con risas. Ana Luisa voló en su auxilio. Sostúvola en sus brazos. La sintió tiesa, las mandíbulas apretadas, chirriando los dientes y las miradas fijas como de muerto.

Se repuso Carmelina, pero durante muchos días evitó en lo posible dirigir la palabra a Ana Luisa. Mirábala rencorosa, hablándole sólo de lo estrictamente indispensable.

–Me han dejado sola –murmuraba para sí–. Estoy sola contra todas y contra todos. Yo trabajo… Ellas se divierten...

A las seis en punto de la mañana partía. Se dirigía a la iglesia, rezaba la misa y ofrecía a Dios sus penas. Luego marchaba a su trabajo, y en cada descanso de la aguja o mientras cosía, en veces, decía oraciones. Esto la confortaba y, según se repetía, le daba resignación para soportar a sus hermanas.

Un acontecimiento inesperado la reconcilió con Ana Luisa. Cierta noche, regresó tarde del taller. Encontró en casa al doctor Ramírez, y a Eugenia, en cama. Le dijeron que estaba grave. Ana Luisa salió a recibirla y se lo explicó.

–No hagas ruido. Eugenia ha llegado hoy de la calle muy enferma. El doctor dice que es grave. Pobrecita...

Entró Carmelina a la alcoba. Eugenia, con los ojos cerrados, tenía la faz cadavérica y movía los labios despacio. El doctor hizo un ademán pidiendo silencio. Luego indicó que salieran de la habitación. Él permaneció solo por algún tiempo más al cuidado de la enferma.

Eugenia había llegado entre eso de las tres de la tarde. Caminaba trabajosamente, inclinada sobre sí misma. Había entrado con sus últimas fuerzas, sosteniéndose en los muebles. Al ver a Ana Luisa, con voz temblorosa le suplicó:

–Corre, busca al doctor Ramírez. Tráelo enseguida. Es preciso que no tarde. Tal vez ya no haya tiempo. Es horrible, Ana Luisa… Siento la muerte... Son dos que mueren, ¿comprendes? Más que nada, la muerte de él... Corre, Ana Luisa, corre por lo que más quieras en el mundo.

La dejó acomodada en el lecho. En media hora, retornó con el médico. Casi no fue necesario hacer preguntas. Eugenia, tragando sus propias lágrimas, le decía:

–Sálvelo, doctor. No quiero... Mi hijo...

Él tuvo palabras de ánimo. Le pidió, ante todo, tranquilidad. De otro modo, todo podía perderse. Pero no se perdería: le prometía luchar y le daba esperanzas ciertas de que todo se arreglaría bien.

Fue por inyecciones y fórmulas él mismo. En la puerta explicó a Ana Luisa que no podía asegurar nada, pero que emplearía todos los recursos a su alcance.

–No me explicó bien cómo ha podido suceder esto.

Parece que ha tomado algo, o si no habría que investigar otras causas en las que no quiero pensar todavía. Cuídela usted y tranquilícela.

Eugenia rogaba a cada momento a Ana Luisa que no dijera nada a Carmelina.

–No debe saberlo. Adviértele al doctor. No quiero que lo sepa. Nunca lo sabrá. Es tremendo esto, y después de todo lo que he hecho por él.

–Tarde o temprano tendrá que saberlo, Eugenia.

–Verás que no. Me iré lejos. Jamás tendré mi hijo en esta casa. Sería una maldición. Me marcharé, te digo que me marcharé... Si es que no lo pierdo ahora... ¿Será posible? Yo sé que no merezco nada, hija, pero es lo único que pido, lo único por lo que estoy dispuesta a todo... Tú no sabes, no puedes entender lo que siento, lo que pasa dentro de mí... Es asombroso, Ana Luisa. Deja que te coja las manos... Así... Las tienes chiquitas y blandas... Ni siquiera te siento los callos de la escoba. Manos pequeñas, como las de él, como las que tendrá él... ¡Que no se muera!

Por cierto, que las explicaciones que el doctor y Ana Luisa dieron a Carmelina no la satisficieron del todo. Le dijeron que todavía el diagnóstico no era claro, pero que, al parecer, había fenómenos de intoxicación y una postración nerviosa muy aguda. Carmelina pensó que a lo mejor Eugenia había vuelto a querer envenenarse. Luego tuvo la idea de que ella sola no era la enferma de los nervios y esta idea absurda le proporcionó alivio. Y todo su placer lo halló, con una sonrisa de júbilo en los labios, en cuidar de la hermana por las noches. No le fue posible, a pesar de su vigilante curiosidad, descubrir lo que padecía Eugenia, puesto que pasaba el día fuera de casa.

En las noches, Carmelina, sin poder conciliar el sueño y cuando ya no hacían falta sus cuidados, se levantaba de puntillas dirigiéndose al lecho de Eugenia. Sentía el espanto de que se muriese allí adentro. No tendría fuerzas para soportarlo. Acercaba la cabeza sobre el pecho de Eugenia para oír su respiración. Y cuando volvía a echarse, permanecía en agitación, rezando, torciéndose las manos. Sabía que la muerte daba vueltas hacía tiempo por esa casa. Debía estar oculta por los rincones de las telarañas, metida debajo de la cama, tal vez en sus mismas espaldas estaba ya atisbando... Se le enfriaba la sangre y los poros de su carne se abrían. En último caso, pensó, que se muera de día, pero de noche, no, de noche, no. Que se muera cuando ella estuviera lejos, trabajando. Después, se marcharía a otra casa. Y el entierro, y los momentos de recibir a las amistades y vestirse de negro... Claro que se marcharía a otra parte. No podría vivir allí, con los recuerdos malos. Eugenia regresaría del otro mundo y la martirizaría por las noches.

Volvióse a levantar por cuarta o quinta vez, descalza, en la punta de los dedos, flotando su larga camisa campesina, las manos a la altura de los hombros.

–Carmelina, ¿qué haces?

Dio un grito de espanto y se quedó paralizada. Era Ana Luisa quien le llamaba la atención.

–Por favor, Carmelina, estás muy nerviosa. ¿Qué te pasa?

Cuando pudo hablar, trabajosamente respondió:

–No es nada, nada... Vine... Quería ver a Eugenia... Nada más... Nada más... Creí que... Había pedido algo... O si no...

Calló a tiempo como si le hubieran hecho una seña. Enseguida, regresó al lecho, temblorosa. Se encogió bajo las frazadas, se cubrió la cabeza, mascando las oraciones en la prisa de su boca apretada. Pero no pudo permanecer mucho tiempo en la cama. Buscó a Ana Luisa, sentóse a su lado y le dijo en voz baja:

–Oye, tengo miedo, miedo de que se muera de repente.

En una semana, Eugenia recobró la salud. El doctor Ramírez le recomendó el mayor reposo posible. Pasaba las horas sentada a la ventana, tejiendo sus pensamientos y feliz de haber salido con éxito de la prueba. Ya no conversaba como antes con risa fácil y ademanes agresivos. Hablaba poco y como a sorbos. Había adoptado un aire tranquilo y pausado. De vez en vez, se irritaba por cualquier cosa, pero no tardaba en reponerse. Sus cóleras eran rápidas. Volvía a la serenidad, sintiéndose grave y solitaria porque tenía un secreto amable que guardar.

Se contemplaba a sí misma, recorría con el pensamiento las cosas que habíanle ocurrido y se imaginaba que había vivido ciega, tocando con las manos las paredes que no podía mirar con los ojos. Ya no era un objeto inútil. Entraba, segura, por su puerta de esperanzas. Un poco de valor para franquearla y nada más que pudiera hacerla temblar.

Aquel día llamó a Ana Luisa. Le pidió que trajera su cajita de cartón, dándole, para que la hallara, las llaves del baúl. Después contó con la hermana todo el dinero que tenía reunido.

–¿Te parece bastante?

–Tal vez para los primeros tiempos. ¿De dónde has sacado tanto? Lo que produjo la venta de las telas no
era ni la mitad.

Eugenia sonrió un poco amargamente. Se inclinó hacia ella, pero tocaron en ese momento la ventana. Palideció al asomarse. Volvióse a Ana Luisa y le dijo:

–Por favor, hermanita, no te asomes. Escóndete.

Ella, de pie, conversó unas pocas palabras por la ventana. Era la vieja morena de manta que la buscaba. Le dio a entender que no era posible, que se hallaba muy enferma. Ni más. Sea quien fuere. Ya eso se acabó, le explicaba. Pero como no la dejara en paz, se vio obligada a decirle, con la voz más ruda, que no regresara más, si no quería que emplease otros medios para no verla.

Luego permaneció unos momentos como ausente. Se habló a sí misma, diciéndose que ya ni para eso servía. Mucho mejor, pero ¿cómo obtener más

dinero? Tal vez, como decía la hermana, con el reunido tendría suficiente para empezar. Volvió las miradas a Ana Luisa, rompiendo con los pensamientos que la sujetaban, para decirle:

–Oye, Ana Luisa, escúchame bien. Voy a contártelo todo.

Se acomodó el vestido con ese gesto habitual que había adquirido para ocultar el vientre, cruzó las manos sobre él y comenzó a contar.

XVIII

Sabía de sobra que su conducta era muy censurable. Pero hay momentos en que se pasa por todo y ese momento decisivo había llegado para ella. Nadie sería capaz de juzgar de su acción. Nadie de suficiente altura como para mirarla completa. Si era buena o mala –ella o su obra– no le interesaba en el fondo. Sólo una idea, más poderosa que las leyes y las conveniencias morales, la había guiado. Era curioso: mientras más lo pensaba, menos le dolía. Jamás lo había hecho por dinero. Era movimiento y agresión de su sangre, voz que le venía de lejos, de los tiempos pueriles y heroicos de su padre, sólo que la torcedura de su voz era distinta y la agitación de su sangre no se movía en una sola dirección ordenada. Escogió a sus amantes. Era disputada. No quería, era querida, y esto hubiera podido ser su placer. Evitaba acordarse de que amó a un hombre. Acaso con él habría encontrado una amable felicidad doméstica. Los demás le habían gustado. Ellos y sus regalos. Pero por dinero, por dinero… ¡Cómo poder ser otra cosa! Pero eso era justamente: se había rehecho, otra persona la sustituía y dejaba la anterior como una envoltura seca. Igual que los animales cuando mudan. Lo sentía muy adentro, conformándose a esta idea como un enfermo a la fiebre. Después, volvería a sí misma, y con tal que su hijo no lo supiera nunca, no le importaba el comentario de las gentes.

El poco tiempo que hizo vida con don Gregorio andaba como oculta. Sabía que comentaban sus ausencias y que algunos decían, alegres, chistosos, que la rata Parrales, la Eugenia, estaba preñada y que por eso no se dejaba ver. Sospechaba las bromas que se jugaban entre los amigos, atribuyéndose unos a otros la paternidad. Tampoco esto le importaba mucho. Ya se olvidarían. Y como no la verían más... Ella también tenía derecho a fabricar un mundo para vivir en él.

Don Gregorio la había tratado bien. Era cariñoso y no le escatimaba dinero. Tenía mujer, tomada en matrimonio, y varios hijos. Para ella, para encontrarla en las tardes a en las primeras horas de la noche, alquiló un departamento pequeñito, después de la primera entrevista en el cuarto de aquella mujer que había servido a don Gregorio de celestina. Se veían casi a diario. Eugenia no sabía nada de la vida de don Gregorio. En veces, él le contaba cosas lejanas, enterradas en polvo, de sus haciendas, de la vida de los peones, que llamaba salvajes y que tenía que castigar a menudo. Venía a la ciudad de vez en cuando a pasar sus temporadas. En esta ocasión no quería regresar al campo y no perdía oportunidad para rogar a Eugenia que lo acompañara a la finca, donde viviría como una reina. En Guayaquil radicaban su mujer y sus hijos, los que debían asistir al colegio. Eugenia sonreía, mas no aceptaba. Tal vez después, le decía para calmarlo.

Era don Gregorio un hombre entrado en años, sin energías para discutirle, pero feroz cuando se indignaba con la servidumbre. Ella lo retó cierto día que abofeteó en su presencia al sirviente; don Gregorio, con lágrimas en los ojos, pidió su perdón.

Debía de ser bastante rico. Ella no le pedía nunca, ni en los momentos de la ternura dadivosa. Era él quien le rogaba aceptar sus regalos. Jamás le habló de negocios. Tenían, el uno para el otro, las vidas cerradas.

Después de todo, a Eugenia no le interesaba conocer a su amante. Tal vez era una buena vida, serena, de sacrificios y trabajos. Acaso, no. Quizás su fortuna la hizo despojando a otros, arrasando con todo, como ese viejo canalla que les había quitado la finca familiar. Nada de esto tenía valor para Eugenia.

Sólo que las cosas no podían prolongarse demasiado en ese estado. Y un día, don Gregorio se enteró de que Eugenia iba a ser madre. Permaneció largas horas en silencio, hasta que lo quebró, suplicante, para decirle que suprimiera al hijo. No la quería así, no la quería deformada. Era bella. Amaba profundamente su belleza. Unos celos graves, pungitivos, se apoderaron de don Gregorio. Gimió, exigió, y por vez primera levantó la voz airada. Volvía al ruego, con lágrimas en los ojos. Pasaba rápidamente de la indignación y la protesta a la súplica humillante. Ofreció darle lo que quisiera, todo lo que pudiera pensar sin una sola limitación. Eugenia, sin explicaciones, se negaba. Entonces, don Gregorio, ofuscado, se puso a gritar que le dijera quién era el padre y que le diera razones de su negativa. Llegó en su furia a torcerle las muñecas, todo él descompuesto, medio trágico, medio ridículo. Eugenia fuera de sí le tiró a la cara su verdad: Sólo había aceptado ser su querida justamente para tener en paz a su hijo, para reunir unos centavos más. Lo despreciaba. Ahora que él sabía la verdad, podía echarla. Pero don Gregorio no la echó. Guardó silencio, herido,

avergonzada su masculinidad. Todo lo que podía haberle dicho lo tenía en las miradas, en esas duras miradas de hombre vencido. Se despidieron aquel día sin una palabra más de reproche, igual que dos conocidos a la vuelta de una esquina.

El mandó a buscarla. En apariencia no recordaba nada de la víspera. No hizo alusiones a la violenta disputa. Estuvo amable, quizá un poco triste. Y la amó como siempre, empequeñecido y tierno como un colegial.

Había transcurrido una semana. Ella, ahora, estaba totalmente segura. Almorzaron juntos. Tal vez fue en la sopa o en los cocteles que le invitó... Lo notó nervioso, excesivo de atenciones. Don Gregorio se despidió a prisa, en cuanto hubo terminado de almorzar. Eugenia lo arreglaría todo y se verían al día siguiente. Él tenía que despachar urgentes asuntos de negocios. Pocas horas después, Eugenia empezó a sentirse mal. Comprendió. Y sin esperar, trémula, había corrido con el resto de sus fuerzas a la casa.

–He aquí la historia, Ana Luisa. Te he ahorrado detalles. Lo demás, tú lo conoces tan bien como yo. Pero no estoy satisfecha.

–¿Hay algo más, Eugenia?

–Sí, sí hay. He recibido varios recados de don Gregorio llamándome. Me ha escrito papeles amorosos que, en otras circunstancias, me hubieran hecho reventar de risa. Y yo creo que debo tener una entrevista con él.

–¿Para qué? Más vale que no.

Eugenia arrugó el entrecejo. Sonrió con amargura.

–Sí, tal vez sea mejor que no. Ha pretendido asesinar a mi hijo. Ya no siento las mismas rebeldías de antes. Sin embargo, quisiera que ésta fuera mi última escena... Quiero despedirme bien.

–No lo hagas, hermanita.

–Oye, Ana Luisa, es que tengo además una idea. Tal vez sea provechoso para mi hijo.

–¿Qué quieres decir?

–Don Gregorio no tiene más que una manera de pagarlo. Puedo cobrarle. Y lo voy a hacer, Ana Luisa, lo voy a hacer por todos los diablos del mundo. No puedo ya retroceder un paso. Tengo que salir bien de este enredo tremendo. Una sola vacilación, y estoy perdida. Vacilar sería indigno de la rata Parrales, de la más cínica de todas. Si me llamaron así, en estos momentos debo hacer honor al nombre... ¡Ja! Después, a esperar. Es que no puedo entregarme con los brazos cruzados a las sorpresas. No por mí. Por él, Ana Luisa, todo por él, ¿me entiendes? Es imposible. Puede ser que algún día tú... ¡Oh, no me entiendas mal! Ya sabes lo que quiero decirte. Hay cosas que, para mí, sólo para mí, no tienen ya ninguna importancia. Si hablo de la parte que a ti te vendrá, es por ti y para ti.

Calló un instante. Luego, seria, continuó:

–A veces, ¿sabes?, me siento algo así como una fiera y deseo clavar las garras. Las uñas se me agrandan y me consume una ira, un coraje, que a mí misma me hace temblar. Es una idea vulgar, pero muy apropiada. Es la última lucha en este terreno, que voy a sostener antes de que nazca. Después, mis luchas serán de otra naturaleza. Y te aseguro que estoy dispuesta a clavar las garras hasta en el mismo corazón de don Gregorio.

–Eugenia, por favor...

–No te asustes, hermanita, no te asustes. En mis arrebatos nunca he tenido objeto determinado. Ahora, sí. Sé a lo que voy. Todo saldrá muy bien. Conozco a mi hombre. Ríete de mí, compadéceme, despréciame si quieres, pero te lo voy a confesar. Oye –agregó, bajando la voz, adelgazándola como un hilo torcido–, voy a hacer una comedia... Puro teatro, Ana Luisa. Aunque será bien sentido, te lo juro, y las cosas que diré me saldrán del alma y serán verdaderas. Hoy mismo, no puedo esperar. No me pasará nada. Volveré dentro de poco tiempo. Me ha mandado a llamar y le he respondido que iré. Tengo que cumplir. ¡Qué hombre para idiota es este don Gregorio!

Ana Luisa la miró dulcemente.

–Te compadezco, Eugenia.

–Tienes razón. Debes compadecerme mucho. Tenme lástima. Es una concesión que sólo te hago a tí. Tú entiendes estas cosas. Carmelina no puede. Y es en el fondo la más feliz de las tres. Por hoy, compadéceme a mí. Lo merezco y hasta lo necesito. Quisiera poder llorar largo rato entre los brazos de alguien que me diera palabras fuertes de consuelo. Lo necesito. Ya no puedo más... Es un peso excesivo... Se me hunden los hombros, hermana. Y tengo que levantarme entera. ¿Amanecerá algún día para nosotras?

Ana Luisa la tomó en brazos. Eugenia lloró despacito sobre el hombro de la hermana. Cuando levantó la cabeza, Ana Luisa, la voz segura, le dijo:

–Oye bien lo que voy a decirte, Eugenia. Tú no irás a ver a don Gregorio. Iré yo.

–¿Tú, Ana Luisa? ¿Cómo crees?

–Sí, iré yo. Será mejor para ti. Yo no tendré por qué avergonzarme ante él. He comprendido perfectamente tu idea. La sabré cumplir, tal vez mejor que tú. Le diré que estás enferma, muy grave, y esto me ayudará, nos ayudará. Lo haré enseguida.

Eugenia, de pie, respondió, negando con la cabeza:

–De ninguna manera, Ana Luisa. No puedo permitirlo. Jamás te has visto envuelta en estas cosas. Es un negocio mío, y yo debo resolverlo.

–¿Te has visto la cara, Eugenia?

–¿Qué tengo?

–Anda al espejo. Estás pálida, desencajada, con los ojos hundidos. Te hará daño, Eugenia. Si te hubiera dejado de ver unos meses, casi no te conocería.

–Hay otras cosas que podían haberme hecho más daño que ésta. Ya estoy curtida, como un cuero viejo.

Ana Luisa sonrió ligeramente. También de pie, le puso las manos en los hombros, la miró con fijeza a los ojos y le repuso:

–No lo digo por ti. No lo hagas, por tu salud. Le hará daño al bebe, mucho daño, tú lo sabes. No puedes sacrificarlo, Eugenia.

Eugenia abrió la boca y sorprendida contempló a la hermana. Comenzaba a vacilar. Ana Luisa continuó:

–Estoy segura de lo que te digo. No debes tener disgustos fuertes. Te agitarás. Acabas de pasar por momentos muy difíciles. Recuerda lo que te ha dicho el doctor. De la segunda sí que no saldrás bien y lo perderás todo. ¿Quieres arriesgarlo? Yo puedo hacerlo perfectamente, sin ninguna dificultad. Déjame ir, Eugenia. Te prometo que no me importa.

No fue respondida. Todavía Ana Luisa pronunció unas palabras. Acarició las manos de su hermana, se alistó rápidamente y, antes de que pudiera reiniciarse la discusión, pidió las señas a Eugenia, y se echó a la calle.

Iba indecisa acerca de la forma de hablarle a ese señor de alta posición. Tendría que ocultárselo a Francisco. O quizás sería mejor decírselo. Él la aprobaría. No lo sabía bien. De todos modos, abrigaba el convencimiento de que su conducta era sana. ¿Cómo empezar? ¿Cómo plantear la situación ante ese señor desconocido e importante? Una gran desazón la invadía. Pero no podía volver atrás. Pasó por su cabeza la idea de mentir a Eugenia y decirle que se había negado a todo. Sintió repugnancia de sólo pensarlo. Además, Eugenia se violentaría e iría personalmente.

Frente al departamento permaneció indecisa largos minutos. Sabíase pálida y débil. Llegó a temer que se le quebraran las palabras en la boca. Se acercaba y extendía el brazo para llamar. Reprimíase y luego caminaba a lo largo del portal, pensando en las cosas que tenía que decir, buscando la forma, la envoltura de las palabras. Comenzó a poseerla el miedo de que la insultara. Será un viejo corrompido, agregó a su pensamiento, y acaso quiera besarme. Tendré que echar a correr. Gritaré. O tal vez... De pronto, vio que se abría la ventana y se asomaba un señor. Se quedó sin movimientos, mirándola, sin acertar a nada, una mano en la boca y la otra ajustando el pequeño pañuelo de algodón. El señor gordito la miró de pies a cabeza y le habló:

–¿Me busca usted?

–Sí, es decir, busco a don Gregorio.

–Soy yo. ¿Quiere pasar?

Ana Luisa tragó en falso, desvió las miradas y respondió:

–Es de parte de Eugenia.

Inmediatamente, don Gregorio, en persona, bajó a abrir, la invitó a entrar, rogole que se sentara y comenzó a disparar preguntas.

–No puede venir porque está muy enferma, muy grave...

Don Gregorio se sobresaltó. Mostrábase ágil y nervioso. Púsose de pie, marchó a la ventana, regresó al centro del saloncito, volvió a sentarse.

–Grave... No puede ser... ¿De verdad? Dígame usted que es lo que tiene, por favor.

–Sí, señor, está muy grave. Son consecuencias de… Usted sabe, señor, usted sabe...

–¿Consecuencias? ¿Eso dice usted? ¿Consecuencias de qué? Yo no sé nada, no sé nada, se lo aseguro… No comprendo una palabra.

Ana Luisa tuvo la intuición de que era el momento preciso de golpear. Levantó un poquito la voz, inclinó la cabeza con aire severo, se pasó la mano por la cara como para ahuyentar una sombra, y habló lo más lentamente que pudo:

–Eugenia se ha dado perfectamente cuenta de todo lo que pasó en ese almuerzo con usted. Casi se ha muerto... Como es tan nerviosa la pobre... Está furiosa con usted. Lo llama una serie de cosas malas. Dice que es un crimen que no perdonará nunca.

Don Gregorio se hacía atrás con silla y todo, levantaba las cejas, miraba hacia todos lados como encarcelado, hasta que, la voz entrabada, le suplicó:

–Despacio, por favor, despacio... Hable bajo... El sirviente... Los vecinos... Hasta la gente que pasa por la calle... Usted comprenderá.

–Sí –dijo Ana Luisa, bajando la voz–, dice que es un crimen. Le repito que está furiosa... Y asegura que en cuanto se ponga buena y salga a la calle...

–¿Qué? ¿Qué piensa hacer? Usted no la dejará, ¿no es cierto? Mire, estoy muy arrepentido. Es que yo la quiero, ¿sabe? La adoro... Lo que pasa es que no soy un mozo ya. Pero la quiero, la quiero mucho... Yo se lo pedí... Además, me he consultado: no le podía pasar nada grave, no era como para morirse... Yo... Usted podrá convencer a su amiga.

–Eugenia es mi hermana, señor.

–¡Oh! ¡Su hermana! Perdón... Perdón... ¿Qué puedo hacer?

Ana Luisa vaciló. Tenía la certeza que el momento había llegado, pero no sabía dar el ataque final. Se ajustó las manos. Lo miró dos veces seguidas con fijeza y las dos desvió las miradas. Él insistió. La curva de su cuerpo se humillaba ante esa muchacha joven. Tenía razón: había cometido una

locura, en su afán de guardarla para sí. El señor gordito expresaba una cosa tan rara en los ojos y en el tenue temblor da sus palabras, que Ana Luisa se sintió compadecida. Empero, hizo un esfuerzo, que ella llamó de crueldad, y adelantose a decir:

–Usted conoce el carácter de Eugenia: no hay quien pueda quitarle de la cabeza sus ideas. Dice que se vengará de usted, que le hará pagar muy caro el daño que quiso hacerle. Eugenia es capaz de todo, se lo prevengo.

Don Gregorio, pálido, sin esforzarse por lograr serenidad, repuso:

–Sí, sí, ya lo sé. Hasta me matará... Conozco la historia esa del joven Carbo... Es tremendo, señorita.

–No hará eso Eugenia. Usted la está juzgando mal. Eugenia no es una asesina. Se equivoca, señor. Es usted el que ha querido cometer un crimen. Y todavía viene con... ¿Sabe usted qué hará Eugenia? Irá donde su mujer, se lo dirá todo, le armará un escándalo, atormentará su vida para siempre, lo sabrán sus hijos, lo sabrá todo Guayaquil, lo perseguirá hasta que expíe usted su falta con creces... Usted no conoce a Eugenia. No sabe de lo que es capaz. No entiende lo que puede hacer una madre cuando quieren quitarle a su hijo, matándolo... Y con razón, con perfecto derecho.

Ana Luisa se sintió crecida. Estaba satisfecha. Calló, agitada, el gesto airado. Como una gran dama, pensó. Don Gregorio, en cambio, tenía la cara brillante de sudor helado. Luego se repuso un poco.

–Esto debe tener remedio, señorita, algún remedio.

–Seguramente, sí. Lo supongo por lo menos. Es que usted no se imagina en la situación en que ha colocado a la pobre Eugenia: enferma, a punto de perder la vida, sufriendo atrozmente, sin tener siquiera con qué pagar al médico ni la botica... No sé si hago mal en decírselo, pero es la verdad. ¿Es que no se ha dado cuenta usted de lo terrible que es?

Don Gregorio se asió de una esperanza. Miró hacia las ventanas y sus ojos se llenaron de luz. Entraba el sol hasta media sala, envolviéndola en un vaho denso y húmedo que se prendía de los párpados abubados. Poco a poco fue cobrando tranquilidad. Era como si se moviese entre aguas conocidas.

–Yo me haré cargo de todos los gastos –dijo con aire firme y opulento–. Aún más, le daré lo que quiera, que se vaya fuera de Guayaquil y que me perdone.

Subrayó sus últimas palabras con un vago gesto de la mano y esperó mirando fijamente a Ana Luisa.

–No sé, señor, si Eugenia quiera aceptar... Es tan caprichosa... Yo sólo he venido a advertirle que se cuide, porque conozco a mi hermana y no quisiera verla envuelta en un escándalo vulgar.

Don Gregorio se puso a hablar atropelladamente, apurado por convencerla, por terminar de una vez esa entrevista.

–No, no, usted conseguirá que su hermana acepte. ¿Quiere? Usted conseguirá que se olvide un poco de mi falta. Todo tiene remedio, y gracias a Dios, las cosas no han pasado a mayores. Lo hice porque la quería, ya se lo dije a usted. Pero, en fin, no hablemos de estas cosas. Los celos... ¡Qué sé yo! No soy joven y el amor en esta edad es siempre lleno de vericuetos, como un camino de montaña virgen, por más experiencia que uno tenga. De nada sirve. En fin, se lo voy a dar a usted, ¿quiere? Por favor, no me diga que no. Es aquí, entre nosotros, en la más grande intimidad, con el mayor secreto. Yo soy un caballero. Y a nadie más que a mí conviene el silencio. En un minuto, aquí mismo será mejor...

Con sus manos regordetas buscó entre los bolsillos de la americana, extrajo una chequera de banco, tomó la estilógrafa, pensó un instante y escribió.

–¿Lo pongo a la orden?

–¿Ah?

–Que si pongo el cheque a la orden... No sé... Es decir, si pongo el nombre de Eugenia en el cheque.

–No veo por qué. Aunque tal vez por su seguridad... Usted no me conoce...

Don Gregorio sufrió un sobresalto. No siguió escribiendo. Trató de excusarse.

–No es desconfianza, nada de eso: es la costumbre. Así será mejor. Lo pondré a la orden, a la orden...

Cuando terminó de escribir, extendió el cheque a Ana Luisa, sonrió, cruzó las manos sobre el vientre, que primero se había acomodado, tirándose las puntas del chaleco, y se quedó mirando a un punto muerto de la habitación, esperando la despedida.

–No sé si hago mal o bien, señor. Cuando se restablezca mi hermana, le haré ver que usted ha pagado todo, que ha contribuido a salvar al niño y a ella, le hablaré mucho, le diré que debe sentirse hasta grata por su generoso arrepentimiento y creo que podré conseguir... Eso sí, Eugenia no lo recibirá sino como un préstamo que pagará en cuanto le sea posible.

–¡Oh, no se preocupe! Ni hablemos de ese asunto. Lo interesante, señorita, sería que su hermana hiciera un viajecito, un paseíto. Le haría mucho bien a su salud.

Cuando Ana Luisa dio la vuelta a la esquina, no pudo reprimirse, echó una ojeada al cheque y batió las manos de alegría. ¡Seiscientos sucres! ¡Seiscientos! Rió en media calle. Apuró el andar. Llegó a casa, con las mejillas encendidas, gritando en la puerta:

–¡Eugenia! ¡Eugenia! ¡Abre!

Luego le pasó el cheque por los ojos, le bailó delante como una criatura, chilló, silbó, se contoneó de alegría, llenas de lágrimas las miradas de pura risa.

XIX

En los quince días que Francisco Pereira estuvo ausente de Guayaquil ocurrieron acontecimientos extraordinarios. Ante sus amigos, no fue muy claro el objeto de ese viaje a las poblaciones vecinas. Sólo Ana Luisa sabía la verdad: sencillamente, tratábase de tareas del partido. Retornó alegre, atezado por el sol de los campos con el espíritu fuerte, complacido de su labor, lleno de esperanzas en aquella gente que entendía tan bien las cosas que él explicaba. Es que las palabras que él les decía las tenía ya por adelantado en el corazón. Antes que, de Pereira, eran de ellos, amasadas en cada uno de sus dolores o de sus preocupaciones. Al par que hablaba, Francisco lo iba sabiendo, mirando esos ojos ávidos, esas manos levantadas en el aplauso, esas frentes morenas, densas de atención... Él mismo se embriagaba antes que nadie como una fruta en el fermento de sus deseos. Y se amarraba a su fe, navegante de un barco que no era exclusivamente el de él, por más que empuñase timones o ejercitara instrumentos. Francisco Pereira había encontrado una cifra de felicidad con la que podía hacer combinaciones ilimitadas. Y, sobre todo, había aprendido a esperar, la tarea más difícil y más ardua de cumplir.

Cuando leyó las noticias en los diarios, sintió dentro de sí un derrumbamiento. Preso del más grande temor, corrió en busca de Ana Luisa. No la saludó con la efusión de antes. La miró de frente y comenzó a decirle cosas que nunca había soñado.

–Ana Luisa, no entiendo nada. Estoy ciego. Me zumban los oídos y el corazón se me desgarra. ¿Has creído siempre en lo que te he dicho?

Ana Luisa respondió:

–Ya sé de lo que me hablas. Te esperaba. Esperaba tus palabras y tu fe. Estos últimos días me han ofuscado. Habla, Francisco.

–¿Qué te puedo decir? ¿Tendré que confesar que te he mentido? ¿Que he sido, de lo contrario, un imbécil? Lo único que puedo comprender es que no entiendo nada. Tengo la cabeza hecha un caos.

Ana Luisa permaneció en silencio. Ella también había vacilado. También, como él, estaba desorientada por los acontecimientos. Diariamente, leía en los periódicos las noticias y no podía obtener ideas claras.

–A cada momento me pregunto qué razones han obligado a realizar ese pacto. Después de que... Es absurdo. ¿Será que yo no lo entiendo? ¿Seré un imbécil? ¿No tendré suficiente capacidad política? ¡Es tremendo! Mira, Ana Luisa, yo soy afiliado al Partido Socialista, pero tenía mi fe y mis esperanzas en la Unión Soviética. Por años enteros hemos luchado contra el fascismo. Y ahora, ¿te das cuenta de lo que pasa ahora?

–Sí, me doy cuenta de que todo ha cambiado –repuso Ana Luisa.

–No sé... Después... creía que no llegaría a la invasión... Entraron a Polonia... ¿Y las nacionalidades? Llegué a apostar que la Unión Soviética no movilizaría... ¡Todo lo que voy pensando me va saliendo al revés!

–Tú siempre me has dicho las cosas claras, me lo has explicado todo tan bien ... Te esperaba, Francisco.

–Sí. Te explicaba. Me sentía poderoso, mi espíritu ágil, la dialéctica precisa, los conceptos elásticos y firmes... Entonces podía explicar... Cuando los dilemas eran dilemas. Ahora me doy cuenta de que nada de lo que te decía era mío, de que nada me pertenecía y por eso me lo han arrebatado de repente.

Calló. Ana Luisa no osó romper el silencio. Una atmósfera de inquietud, dura, como si se hubieran caído los techos más altos, los envolvía. Se miraron como atravesando paredes de humo. Él murmuró unas palabras. Y luego, exaltado, levantó la voz:

–¿Y tú no te das cuenta de que esas convicciones eran todo lo que yo poseía? Ya no tengo nada... Me siento vacío, como un simple saco, como un simple saco sucio...

–Me tienes a mí, Francisco.

–Acabaré por perderte a ti también... Tú no me sirves, Ana Luisa, tú no me sirves cuando estoy vacío, porque no tengo con qué llenar tu espíritu y se me van a secar las palabras y no te podré dar ni una sola, ni una sola... Si nada te puedo dar, nada puedo recibir de ti... No dejé de ser romántico... Lo creía... Era simple vanidad o espejismo. Lo he seguido siendo. Hoy, recién hoy, se han muerto la retórica y lo lírico en mi alma... No tengo nada que buscar, nada que investigar. Ya no podré levantar la voz entre los hombres... Un espejo sin imagen, brazos descolgados, toda la fuerza hostil de lo marchito, de lo inútil, rodeándome, cercándome... Ambos, tú y yo, somos inútiles, sin objeto, sin sentido. Tu amor... Nuestro amor... ¿No comprendes que nuestro amor, como todo mi ser, se alimentaba de esa fe que se está muriendo? ¿Que nuestros sueños se hicieron con esa lumbre? Ahora, somos náufragos, náufragos de nosotros mismos. Cuando un espíritu entero se ha formado con un solo sustento, ya no le sirve el amor... Le sobra, Ana Luisa… ¡Le sobra!

Ella se acercó. Velaba sus ojos una humedad piadosa. Pasó las manos por los cabellos de Francisco. Permanecieron largos minutos en silencio. Ninguno de los dos alzó los ojos.

Esperó. No hizo más que acariciarlo con levedad, tocando apenas sus cabellos y sus manos. De pronto, Francisco se incorporó. Voz amarga la que le brotó del pecho.

–¿Cómo podremos salvarnos, Ana Luisa?

–Sí podemos, Francisco. Espera. Debes saber esperar. Por ahora, podemos salvarnos los dos. Pero el mundo también se salvará. Volverá a surgir lleno de luz y de paz. Nunca te lo he dicho, Francisco... No me atrevía... Quería

seguir un tiempo más así contigo... Estar totalmente segura de que no íbamos al fracaso... Además... Pero nos queremos. Hoy me necesitas y te necesito como nunca... Te quiero tanto... Justamente, hoy, este día de tanto desengaño... ¿Quieres, Francisco?

–No te entiendo.

–Vámonos fuera de Guayaquil. Vámonos a vivir lejos, en el campo, donde puedas libertarte de muchas cosas y encontrarte a ti mismo. Encontrarás hombres buenos que te escuchen y volverás a hablar, a predicar, entre los pobres, entre los azotados, así, tan brillante y tan fuerte como siempre. Tienes que hacerlo.

–No podría decirles nada. Les mentiría.

–Sí, podrás, Francisco. Olvida un poco lo que está pasando. Piensa que si no lo haces tu vida carecerá de sentido... Tienes que hablar, hablar, simplemente de la justicia, de lo que siempre has hablado, en suma, hasta que...

–¿Hasta qué ...?

–Hasta que todo se pueda explicar...

–¿Pero tú crees...?

–No hablemos más de eso hoy. Espera. Nos iremos, ¿quieres?

–Sueñas, Ana Luisa. Por tanto soñar me he quebrado el alma. No sueñes, hija mía.

Ana Luisa se iluminó de sonrisas.

–No son sueños. Todo lo volveremos a construir. Hoy te devuelvo tus teorías y tus enseñanzas. No son sueños. Casémonos. Todo se salvará: es tu misma palabra... No me digas que no, Francisco, no me digas que no.

Ana Luisa andaba en los preparativos de la boda. Era bien poco lo que tenía que hacer, pero trajinaba todo el día. Y no hablaba de otra cosa que, de su gran aventura, que de su bello sueño realizado.

Eugenia la ayudaba. Todavía no habían dicho una palabra a Carmelina. Aquella noche la esperaron ceremoniosamente en la sala para anunciárselo.

–Ana Luisa se va a casar.

Se esforzaba Eugenia por dar a sus palabras un tono de seriedad. Carmelina abrió la boca y no acertó con lo que debía responder.

–Sí, Carmelina, me caso y voy a ser muy feliz. Nos vamos a Manabí. Francisco tiene amigos allá. Tú comprenderás...

Después de unos minutos, Carmelina pidió explicaciones. Se las dieron y luego dijo:

–Supongo que te casarás eclesiásticamente.

–No, no lo haré. Ni yo ni Francisco queremos eso. Sólo civilmente. No es necesario más.

Entonces se armó una disputa. Y las tres hermanas se pelearon hasta que llegó la hora de recogerse.

–Bueno, hermanita, tú también te irás pronto. Mañana me caso y enseguida saldremos de Guayaquil. Me siento nueva. Francisco será feliz. Vivirá cerca de los lugares en que aprendió a ver al mundo su verdadera cara. Todavía anda callado, con todo el peso de un fracaso en las espaldas, pero ya le pasará. Nuevos días lo renovarán. Y yo estoy segura de que volverá a hablar con los trabajadores: es lo único que le falta. Y después de todo, las cosas se han de componer. Yo siento, claro está, que no puedo pensar con suficiente claridad sin la ayuda de Francisco, pero ¿no crees tú que el mundo también puede salvarse como nosotras?

–Seguramente, Ana Luisa. Todo se salva algún día.

–No, no es eso lo que quiero decirte. No veo muy claro, pero a veces pienso que, por ahora un gran movimiento democrático, real, auténtico, nos ha de salvar de la guerra y del fascismo... Tal vez no... Lo único que puedo asegurarte es que hay que esperar. En veces, las cosas más raras se justifican. He estado leyendo mucho. Es tremendo lo que pasa... Siento dentro de mí que después las cosas serán claras y todo se podrá explicar como antes. Nada estará perdido. Es la época... Es... No te rías, pero me he enseñado a preocuparme de estas cosas. Forman parte de Francisco, de mí mismo amor... ¿No crees en lo que te digo?

Eugenia rió bulliciosa. Y, retozándole aún la última risa entre los labios, respondió:

–Yo no entiendo nada de estos asuntos, Ana Luisa.

Entonces, Ana Luisa, muy seria, se puso a dar explicaciones, largas explicaciones acerca de la política, del proletariado, de las reivindicaciones sociales, del mundo nuevo, de la guerra y de la paz, del socialismo, del comunismo, de la democracia, de los trabajadores, del capitalismo...

–Ya, por Dios, ya. Me mareas. Sabes mucho, pero no me interesa nada de eso.

Luego, Eugenia se levantó y besó a su hermana. De súbito, sin que ninguna de las dos pudiera sospecharlo, asomaron lágrimas a los ojos de Ana Luisa.

–¿Por qué lloras, hermanita?

Tardó en responder Ana Luisa. Sus grandes ojos, nublados pero fuertes, recorrieron las cuatro paredes desnudas. El silencio cala entre las dos como abrazo cálido. No dejaron de comunicarse un solo instante de corazón a corazón. Y así, sin que pudiera precisar Eugenia el momento en que su

hermana empezó a hablar, de cada sitio, de cada rincón, de cada secreto surgieron las palabras:

–No sé... Estoy pensando en que nos disolvemos...Cada una por su lado. Y esto me da una pena atroz. Se me ocurre que así pasa con todo, con el país, con el mundo... Sólo que aquí no hay ni lucha... Es como morirse de debilidad, de inercia, de no hacer... No queda nada de la familia liberal, Eugenia, de la famosa familia liberal de Carmelina... Cada una tira por su lado... No sé por qué esta frase se me viene a la cabeza a cada rato... Cada una. Como los jefes cuando han triunfado. ¿Pero es que nosotras hemos triunfado o estamos en derrota? Es lo mismo: en ambos casos, la disolución. Pero, oye, triunfaremos, y nos volveremos a unir, y seremos fuertes. No podemos quedarnos así... No subsistiríamos... A nosotras nos pasa exactamente lo que a la gran familia liberal que llama Francisco... ¡Nos deshacemos! Y la gran familia liberal, la que manda, la que gobierna, se deshace... ¡Pero no vamos a dejarnos! ¡No nos quedaremos en el aire como los señores de chistera...! ¡Tendremos nuestras bases! Yo estaré, entonces, apoyada en mi marido, tú, en tu hijo, Carmelina en sus creencias, en ese Dios que persigue con tanto ahínco... ¡Y seremos fuertes! Lo que nos ha pasado ha sido porque estábamos solas: nada nos sostenía. Creímos que la vida era una cosa que se pone a la orden, que pasa por donde una quiere. Y se nos escapó, envolviéndonos. Todo era tan artificial como las ideas de Carmelina. Será distinto después... Nos volveremos a encontrar, Eugenia.

Sobraron las palabras. Perdieron el sonido de la voz que las hizo, pero en el silencio generoso de las bocas nacieron nuevas, con figuras altas, con formas y volúmenes de una aventura fresca.

XX

Una semana ya que Ana Luisa se había marchado. Eugenia, fatigada, con el rostro envejecido se encargaba diariamente de la limpieza de la casa. En cuanto se desocupaba de esos quehaceres, se dedicaba a coser los pequeños trapitos para el hijo. Se preparaba febrilmente.

Cuando lo tuvo todo listo, pensó mucho en la entrevista que debía tener con Carmelina para despedirse. Habría llantos, disputas, insultos... Tenía que cuidarse. Y resolvió dejarle una carta.

No podía fracasarle su plan. Lo había forjado en sus horas nocturnas, trozo a trozo, prolija, fuerte, valerosa. Lo defendería con bravura. Era su batalla, se lo repetía como una obsesión. Su batalla, que tenía que ganar. Se hinchaba de anhelos, apretando los puños. Y con el misterio de esa vida que llevaba dentro de la suya, duplicaba las hazañas que pasaban por sus ojos sin sueño.

A las cinco de la tarde partió. Sobre la mesa del comedor dejó la carta. Buscó un muchacho de la calle y contrató la carga de la maleta. Caminó firme, así estuviera torpe con el peso de su vientre.

Era muy temprano aún. Pero temía encontrarse con Carmelina. Llegó al malecón y embarcó en la lancha que saldría al anochecer. Se acomodó, primera pasajera que tanto se adelantaba, en el mejor sitio, en el más abrigado. Y no habló con nadie, ni con el contador zalamero ni con los mozos que trajinaban en su presencia.

Entre eso de las seis, se descolgó el primer aguacero del invierno. Pequeñas gotas de agua, desviadas por el viento, la salpicaban. Sintió gran frescura y un loco deseo de mojarse, de correr bajo la lluvia con los pies descalzos.

Su pensamiento, entonces, se adelgazó como el filo de un cuchillo. Miró para atrás... Miró sus cosas viejas y sus cosas nuevas... Recordó a Ernesto Carbo: no se emocionó. Desfiló por sus ideas la figura cínica de Álvarez. Se dijo que marchaba sin cancelar esa deuda: hubiera querido verlo para decirle que ella lo vendió... Pero estaba aún en la cárcel. Encogió los hombros. Las noches de jarana se presentaron a sus ojos llenas de color y de humo... En desorden, a saltos, veía esos pedazos de su vida... Pedazos... Nada más que pedazos... No estaban unidos por nada... Tal vez ni le pertenecían ya... Los veía, era posible tocarlos, pero se hallaban, fuera del alma... El frasco de veneno que bebiera... Se estremeció... El doctor Ramírez... El viejo gordito y calvo... Eugenia se sobresaltó. Volvió a escuchar, como un rumor lejano, el eco de sus campanillas redondas. Hizo un ademán extraño como si pescara algo entre los dedos. De repente, de un solo golpe, se le fijó el recuerdo... En la hacienda, niña aún, buscando ya las formas de mujer, las había escuchado. Provenían de ese caballero, amigo de su papá, que la paseaba en las tardes a caballo... La sentaba en la parte delantera de la montura. Él guiaba el caballo, a paso suave y menudo, y le iba contando cosas graciosas... Y entonces, reía, reía con esa misma voz de campanillas redondas... Sus brazos, por sostener las riendas con ambas manos, rodeaban su cintura, y el agitar de sus risitas lo sentía en las costillas. Era también un señor gordito... Y las risas, como él, gorditas,

gorditas... Se parecían extraordinariamente a las de don Gregorio... Don Gregorio... ¡Pobre viejo! La figura de la vieja de manta negra la condujo por otros caminos... Se pasó la mano por la frente. Ya no sería más la rata Parrales... Ya no más... Y después de todo, crecida de orgullo, echó atrás la cabeza y musitó: ¡la rata Parrales! ¡Ninguna como ella!

La noche había caído como de sorpresa. Ni se dio cuenta exacta de cuándo comenzaron los trajines de la partida. Tuvo que dar sitio. Como por encanto, se llenó de pasajeros la lancha. Un chino tendió su hamaca sobre las bancas. Los atados de ropa se ajustaron debajo de los asientos. Una charla a gritos se escapaba por los corredores. Eugenia se escurrió como pudo en un rincón. El aguacero caía recio. El río saltaba en pequeñas olitas y la lluvia lo cubría entero igual que una membrana delgada y gris. Se acordó de los patos. De una vieja canción de los patos bajo la lluvia, del estanque, de las aguas de vidrio... Los vio caminar, cadenciosos y torpes, con los dedos entrabados. Había tenido muchos patos, había jugado con ellos... Les daba de comer... Y los volvería a tener, muchos, tantos que no los podría contar... Patos blancos y negros... Patos azules para jugar...

La lancha sufrió una sacudida. El motor, encendido, jadeó. La embarcación se abrió hasta medio río. Buscó, por mero instinto, la luna. No podía salir esa noche cerrada de lluvias. Una lámpara le daba en pleno rostro. Se hizo a un lado. Sin quererlo, levantó las manos para arreglarse en la cabeza un pañuelo que no llevaba... Las orillas del río comenzaron a juntarse, macizas, duras, tan negras...

Un hombre se acercó a cobrarle el pasaje. Ella explicó que sólo iba para Daule, que no seguiría adelante. Fueron las únicas palabras que pronunció en ese viaje. Le entraron ganas de llorar. El agua golpeaba en los costados y en veces mojaba la borda. Lanzó los ojos a la oscuridad, pero tropezaron en las tinieblas. El ruido del motor le penetraba hasta el cerebro. Y pensó en el canto de los duendes cuando se pasean por los techos y se caen de cabeza por querer caminar por el filo de las doce de la noche...

La luz de la lámpara volvió a herirla en pleno rostro. Cerró los ojos y onduló el cuerpo. Entonces, descubrió que había desviado la luz hacia el vientre. Apartó sus manos y lo dejó libre. Lo contempló, hinchado, curvo, redondo como los nidos de los pájaros en la montaña... Miró a ambos lados y rápidamente colocó los brazos encima.

Carmelina estuvo de regreso a la casa cerca de las siete de la noche. Entró, como siempre, cansada y de mal humor. Enseguida advirtió que no estaba Eugenia. Se habrá metido en la cocina, díjose. Caminó hasta el último cuarto. La llamó tres veces. ¿Dónde se habrá ido a estas horas? Últimamente, no salía a la calle, no salía... No me lo ha querido decir, ha querido engañarme la muy... Muy bien que le he visto la barriga... Pensará que... Es el colmo, es el colmo, santo Dios...

En el momento de ir a comer, vio la carta sobre la mesa. La leyó rápidamente. La volvió a leer, una, dos veces más. No probó ni un pedazo de pan. Se puso a andar por toda la casa. Abrió todas las puertas. Iba y venía de cuarto en cuarto, agitada, agarrándose el cabello. Sola, estaba sola, definitivamente sola... Tembló. Sus ojos contemplaron las sillas, las camas, la mesa, aquellos muebles, aquellas cosas de muerto,

transformadas en cadáveres. Prendió todas las luces. Buscó el rosario y se puso a rezar de prisa. Las cuentas pasaban apresuradas por la mano temblorosa. Cuando terminaba, volvía a empezar. Corrió después al zaguán y lo trancó con un palo. Cerró las ventanas. Colocó aún dos sillas como estorbo a la entrada. Sentose en la cama, las manos sobre el pecho, los ojos abiertos en desmesura.

Mas era imposible estar sin movimiento. Caminó unos pasos. Se detuvo en medio del cuarto. De súbito, miró hacia sus espaldas. Quedó moviendo la cabeza para todos lados. Le corrieron alfileres por la nuca. A cada instante, subía los hombros y miraba atrás. Tuvo frío. Se mordió las uñas. Y, como si así encontrase alivio, habló en voz alta, cada vez más alta… Habló de todo, de la señora Tarjelia, de la canallada que le habían hecho las hermanas… La habían dejado sola… Para que muriera como un perro… ¿Morir? Un grito ahogado la hizo presa. Cayó de bruces contra la cama, desbaratando las frazadas con las uñas.

Era de frío de lo que se moría… Era de frío… Se arropó. Se echó encima todas las colchas… Se iría helando poco a poco, pero todavía habría de latirle el corazón, porque ella tenía que sentir hasta el fin, hasta el fin… Esta palabra permaneció en sus oídos con un eco sordo y lejano... Fin... Se le alargarían los dedos y se le pondrían las uñas moradas... La nube gris le taparía los ojos... El fin... Se le estirarían las piernas... Y, como su padre, echaría atrás la cabeza... El fin...

De pie, en medio del cuarto, se esforzó. No era vieja. No podía morir. Cierto que su piel estaba blanda y caída. Por eso se ajustaba los vestidos y no dejaba que se notase en su cintura que engrosaba a diario... Anduvo unos pasos. Le flaquearon las piernas. Los bombillos de luz, con las huellas amarillas de las moscas, formaban largas sombras en las paredes y se movían, se balanceaban.... Un ala inmensa se abatió sobre su cabeza y fugó... Lanzó un grito agudo... El ruido que se produjo en el choque la hizo mirar... No era nada... Un murciélago... No. Era la sombra, era la sombra... ¡La sombra!

Maldita Eugenia. Maldita Ana Luisa. Eugenia, sobre todo, la había traicionado. Le quitó todo, hasta el producto de su trabajo que comía sin hacer nada, limpiando la casa a desgano... Ella se había enamorado de Vicente Zavala, pero Eugenia se lo robó, claro que se lo robó, para después dejarlo marchar... Sólo por el gusto de que ella no tuviera un enamorado... Maldita, mil veces maldita...

Lloró. Rodaron por sus mejillas lágrimas copiosas. Sintió una gran ternura y advirtió que sus maldiciones no tenían ninguna fuerza y de que no servían para nada... Puede que regrese... Sí, Eugenia, Eugenia debe regresar. La perdonaría, la abrazaría, se arrodillaría ante ella, le besaría los pies... Eugenia...

Tuvo deseos imperiosos de correr, de abrir las puertas, de salir a la calle, de pasar la noche en un parque... Oyó estremecida el ruido del aguacero. Jamás sola en la calle, jamás... Y su casa abandonada... Y la lluvia... Arreció el aguacero... Golpeaba como una gran sábana de cuero contra el techo. Caía contra las paredes. Y entre los hilos de la lluvia, hablaban, llegaban voces roncas, voces amargas... Se ahogaría, sí, tragaría agua, entraría a

torrentes, y ella tendría que treparse por los muebles, subir al techo, guarecerse en lo más alto…

A momentos, tenía la certidumbre de que caminaban en el tejado. Algunas planchas de zinc se movían. Venían por ella. Una gran figura, inmensa, le tendería las manos... Tal vez podría escapar.... Y loca, con los ojos saltados, en fiebre, se lanzó contra la pared, se entrapajó con las colchas, se hizo pequeñita, subidos los hombros, perdida la cabeza entre las manos... Se fue doblando, combada, los brazos tiesos y largos... Cayó de rodillas. Era el ahogo, el ahogo que le venía. Lo sentía como una bola caliente en la garganta... Entonces, comenzó a arrastrarse. Estiraba los brazos, impulsándose despacio, despacito... Afuera, afuera de ese cuarto... Afuera... De vez en vez, permanecía sin movimiento. Se tocaba el corazón. Todavía... Un poco más... Un poco más...

Llegó así hasta la sala, al pie de las ventanas. Allí pudo sentarse, jadeando, bañada en sudor helado. Su traje hecho pedazos... Su lengua difícil... Sus codos ardiendo... Su temblor, su temblor... Levantó las manos. Las levantaba desde el suelo como dos llamas de espanto... No veía nada... Ni una luz... Ciega, ciega... Y las manos le dolían como llenas de llagas. Le temblaban la boca y las mejillas... Se agarró del filo, de arriba, del marco de la ventana, y comenzó a izarse. Dos veces cayó. Se rompió las uñas, pero no sintió dolor. Le saltaba la piel con movimientos que no podía controlar. En los oídos, ese rumor apagado que crecía y crecía... Entendió que luchaba contra ese rumor. Había que llegar primero. Volvió a esforzarse.

Se quejó. La voz no le salía de la boca. Entraba por su garganta, regresaba para ahogarla. Pero ese grito bronco la ayudó. Se pudo agarrar sólidamente. De pie, prendida, con las manos hechas garras, abrió la ventana y echó el cuerpo hacia afuera.

El viento cayó sobre su rostro. Le golpeó en el pecho. Respiró a grandes bocanadas. La lluvia proseguía recia, pero con otro sonido al caer sobre la tierra.

Pasó la noche en la ventana, respirando la lluvia, sin atreverse ni un momento a mirar hacia adentro. Cuando apagaron los focos de la calle, se dio cuenta de que estaba amaneciendo. Había cesado de llover. El cielo añil se abría como la vela de un barco. Esperó aún. Arrastró una silla y se sentó. Los ojos se le habían ido para adentro y tenía la cara transparente.

Se preparó café cuando amaneció del todo. Y resuelta, se mudó de vestido, puso en orden sus cosas y se aprestó a salir.

Iría en busca de doña Tarjelia. Le suplicaría, se lo pediría con el ruego más hondo que pudiera encontrar en la sima oscura y trágica de sus dolores. Y doña Tarjelia habría de concedérselo. Viviría con ella. Trabajaría sólo para ella. Pensó que tendría dinero de sobra con la pensión y el trabajo. Se confortó. Sabía que su patrona se ocupaba de otros asuntos ajenos a la costura. Era así como la había metido a Eugenia por los ojos a Vicente Zavala… No importaba. Perdonaba esto, como lo perdonaba todo. Y si la obligaba, se lo ofrecería a Dios...

Sonrió. Una pequeña llama de luz saltó en sus ojos.

Dejó todo empaquetado para regresar después por sus ropas y a vender los muebles, y antes de las siete de la mañana se puso en marcha. El sol venía derecho a media calle. La humedad se perdía en pequeñas vibraciones olorosas. Menudas gotas brillantes colgaban de las ventanas. Cerró la puerta de un brusco tirón. Ya había caminado algunos pasos, cuando regresó como si la hubieran advertido. No le quedaban fuerzas para encolerizarse. Ni hizo más que morder sus labios. Le subió por el rostro una ola de sangre. Un segundo permaneció rígida. Justamente, al pie de las ventanas, los muchachos habían dibujado con tiza tres grandes ratas y escrito, un poco más abajo, unas palabras obscenas. Carmelina se adelantó, tomó su pañuelo y frotando, frotando, comenzó a borrar.